

Gonzalo
Martré
Los líquidos
rubíes



Ave de paso
Narrativa

Los líquidos rubíes es parte del proyecto FOMENTO A LA LECTURA, cuyo objetivo es acercar al estudiante a textos literarios representativos de cada época para que desarrolle su gusto por la lectura. Es coordinado por profesores del Área de Disciplinas Humanísticas, integrantes del Programa de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Chapingo.

Consejo Editorial

Rolando Rosas Galicia
Arturo Trejo Villafuerte
Moisés Zurita Zafra
Miguel Ángel Leal Menchaca
Marco Antonio Anaya Pérez

GONZALO MARTRÉ

LOS LÍQUIDOS RUBÍES

Relatos y cuentos

México, 2007

Primera edición, *Los Endemoniados*, 1967

Segunda edición revisada por el autor, *Los líquidos rubies*, 2007

ISBN 968- 5855- 145

D.R. © Gonzalo Martré

D.R. © Molino de Letras, 2007

Miguel Negrete 336 L. 15 C. 40, CP. 56110, Texcoco. Méx.

Tel. (01 595) 955 03 50

D. R. © Asociación de Escritores Hidalguenses, A.C.

Presidente: Virgilio Guzmán

Originalmente, el título de este libro fue *Los líquidos rubies*, pero alguien opinó que era demasiado poético para unos textos de realismo tan violento. Para esta edición revisada se retoma el primer título, sin eliminar la supuesta violencia.

Los epígrafes pertenecen al Rubaiyat de Omar Khayyam, versión al inglés de Edward Fitzgerald, de ahí, versión al español de don Francisco de la Parra y G.

Editores: Moisés Zurita Zafra, Rolando Rosas Galicia
y Arturo Trejo Villafuerte.

Diseño de interiores: Patricia Castillejos Peral

Diseño de portada: José Luis Delgado

Impreso en México

Printed and made in Mexico

*Se nos fue con sus rosas el Irán. ¿Dónde ha ido el cáliz de
Djemschid? Mas la vid entre tanto
da líquidos rubies, y en flor están
ya todos los jardines que se hallan
del río a las orillas.*

RAJOJÚ

(El vino de la primavera)

*Cuando la falsa aurora su limpidez lucía, escuché
en la cantina una voz que decía:
"Si el altar ya está listo y encendido aquí dentro,
¿Por qué duermen los fieles afuera todavía?"
Pero al cantar el gallo, que el nuevo amanecer
saluda con su acento, exclaman con placer:
"¡Abridnos ya las puertas! Muy breve es nuestra estancia,
y el que una vez se marcha, ¡ya nunca ha de volver!"*

A Rodolfo Herrera Hernández, Domingo Guerrero, Álvaro Gutiérrez,
Ricardo Sarti, Fernando Jarquín, Pedro Velásquez, Daniel Villagrán y
Luis González García

Era que fue, uno de los tantos días en que íbamos al edificio de la Universidad donde nos encerrábamos para custodiarlo; esa vez entreteníamos el ocio jugando pókar junto a la puerta, en el corredor...

—El grito de guerra era de que por ningún motivo deberían de ocupar como cuartel la universidad...

Cuando le llegó su turno de examen oral a Pérez, lo llamó el maestro:

—¡Leonardo Niermann Mendelejiss!

—Presente —contestó Pérez Torres.

—Ya saben cómo es Tolón, en la secundaria no había gallo para él a pesar de ser bien chaparro...

Las voces, alterado su sonido normal por el abundante alcohol ingerido, eran emitidas con rapidez para evitar las interrupciones: cruzaban el espacio mezclándose momentáneamente con los demás ruidos de la cervecería, rebotando

en las caras de los interlocutores, ríspidas unas, otras, aturdidas; las más, agresivas, pero todas alegres se confundían en algazara juvenil destacando en el ambiente sórdido de la “La Norteña”, en esa fluidez nostálgica, paréntesis que encierra la memoria, laberinto de ayer, conjunto de pajas que nutren el nido existencial.

“La Norteña” era una cervecería pequeña, oscura y sucia como la arena de los pantanos. El olor acre del mingitorio dominaba todos los demás olores picando la nariz, pero a veces era atenuado por unas bocaranadas de olor a sebo frito que penetraban desde el puesto de tacos de tripas que a partir de las siete de la noche se establecía en la entrada; éstos, y todos los demás inconvenientes que alguien pudiese encontrar en el antro, eran fácilmente contrarrestados por los precios vigentes: una caña de medio litro, cincuenta centavos; una goya de a litro, un peso cincuenta y, una jarra de dos litros, dos cincuenta; La “goya” era una copa enorme, como pecera, la alberca de los borrachos que se torna remolino, que los absorbe y deja en realidad de asombro. Atendían un cantinero y un mesero, aquel tocado con un mandil sucio que alguna vez fue blanco, sacaba ocasionalmente de un refrigerador cervezas embotelladas, de preferencia “Sol” o “Victoria” porque la clientela era paupérrima, pero toda su atención y actividad se concentraba en las palancas de los grifos a presión de cerveza negra y clara que continuamente llenaban jarras, goyas y cañas. El mesero era un individuo astroso del cual bien se advertía que desempeñaba el último trabajo de su precaria existencia; de ahí le esperaba, con certeza, el hospital o una plancha en la morgue.

El reducido salón tenía una pequeña barra. 10 destartalados reservados y un mingitorio minúsculo cuya puerta batiendo amenazaba con desprenderse cada vez que un parroquiano la desplazaba.

La voz de Ricardo Sarti fluía a veces dándole matices ró-sáceos a su narración:

—Estaba jugando el enano “Tun Tun”, estaba Mata, el conde “Chavetas”, el ... ¿cómo se llamaba ése que tenía nombre de pueblo?

—El “Chilapa”.

—Ah si, el “Chilapa” y otros dos; de repente tocaron la puerta y todos nos levantamos a ver quien era porque bien podían ser periodistas o agentes, pero no había tal, eran tres chamacas que traía Luis Rodríguez el “Palillo” y que deseaban conocer la Universidad, una era morena muy frondosa, otra delgada y guapita y la tercera una chaparrita. las tres eran estudiantes de la escuela de comercio “Lerdo de Tejada” ubicada cerca de ahí; el conde “Chavetas” y el “Chilapa” se ofrecieron luego a guiarlas, pero la chaparrita no quiso ir y se metió con Mata al anfiteatro Bolívar, entonces la delgada tampoco quiso y salió con el “Palillo” del edificio, por cierto que al “Palillo” le propuse que a la otra, mejor se trajera a Joan Page. ¿En traje de baño? — me contestó irónico. Mejor sin él —le repliqué—. Me hizo una seña procaz y se fue, de modo que sólo la morena se aventuró con ellos y se fueron luego al primer piso, entonces nosotros seguimos jugando pókar y como a los diez minutos empezamos a oír unos gritos: ¡Auxilio! ¡auxilio!, no, no —que venían de arriba y eran por supuesto, de la morena.

En la mesa nadie se movía y claro, todos nos imaginábamos lo que estaba sucediendo, los gritos iban en aumento y parecía como si la estuvieran matando. Aunque conservábamos las cartas en la mano, suspendimos el juego y quedamos casi inmóviles, oyendo; entonces pensé en mi hermana, en mis primas, me entró lo caballeroso y sin decir nada al “Tun Tun” y a los otros, corrí hacia el segundo piso, estaban en el descanso de las escaleras chicas que conducen a la

azotea, la tenían tirada y el “Chilapa” le estaba pegando ¡con la mano cerrada!, le tenían subido el vestido hasta la cintura y ya le habían roto las pantaletas ¡Déjenla!, les ordené furioso. Tú no te metas, me respondió amenazadoramente el conde “Chavetas”, medio incorporándose, pero sin esperar más ¡rájale! que me lo descuento, el “Chilapa” también se incorporó y ya se me iba a aventar cuando llegaron Mata, el “Tun Tun” y los demás; nos separaron, la chamaca se levantó llorando y todos bajamos, Mata regañando a aquellos cabrones por su proceder que hubiera podido ocasionar un escándalo y poner en peligro la huelga, aconsejando luego a la morena para que ya no volviera por ahí. El conde “Chavetas” se fue apenas llegamos a la planta baja, pero el “Chilapa” no, porque desde hacía quince días se había cambiado al anfiteatro “Bolívar” con su cama y velices para ahorrarse lo de la renta, eso sí, prometió a Mata no volver a hacerlo y las muchachas también se fueron bien asustadas. Volvimos a la mesa y el enano “Tun Tun” hizo notar a todos que Mata traía la bragueta desabrochada y claras huellas de una masturbación: en medio de nuestras burlas explicó que la chaparrita no quiso coger con él, pero en cambio la obligó a hacerle una “chaqueta” para no dejarla “ir viva”.

Lo bueno fue que como a los tres días, tocan la puerta, volvemos a abrir y ... ¡ahí estaba la morena con otra! El “Chilapa” me volteó a ver con una sonrisa sarcástica dirigiéndome un apabullante: ¿Lo ves, pendejo?

Una catarata de carcajadas interrumpió el relato de Sarti, las goyas chocaron en el centro y ríos de cerveza se deslizaron tumultuosos por las gargantas sedientas; todos querían hablar a la vez, las voces se entrecruzaban en desconcierto, las voces inconclusas, las mentes selladas por tantos pecados no cometidos; en el rincón del reservado, Mario destapó

cuidadosamente un garrafón de vidrio y sirvió un vaso de rojo líquido que centelleó al quebrarse la mortecina luz en su superficie. El vaso cumplió su ronda embriagante en las bocas de la celebración.

Una voz sin sonido se desliza entre los sonidos de las voces, la estancia de la vida fluyendo, como las acequias fluyen al borde del sendero, un recuerdo hace eflorescencia y se prende en el oleaje espumoso y ambarino de una goya:

...Lo que más me impresionó al llegar a la Prepa, fueron los ojos de Martha, sus ojos grandes de color café claro, de pestañas oscuras, largas y rizadas; sus ojos eran profundos, su frente despejada, amplia, noble, aunque su cara no era un óvalo perfecto ni su nariz totalmente recta, el conjunto, incluyendo una boca de sonrisa fácil y luminosa era de extraordinaria belleza y tal vez por lo mismo, por carecer de líneas clásicas llamaba la atención que a pesar de ello la armonía de los componentes de ese rostro resultara tan equilibrada produciendo una aura de atracción; la piel de su cutis era perfecta, así como una cabellera suavemente ondulada, ligeramente rubia, que le caía sobre los hombros.

Era una hada, derrochaba amabilidad y gracia con todos los del grupo, no distinguía a ricos ni pobres, guapos o feos, y muy pronto se ganó la admiración de los muchachos y un poco de envidia por parte de las muchachas

“La Norteña” estaba ubicada en la calle de El Carmen, entre Colombia y Venezuela, justamente enfrente del popular cine Goya, a una cuadra y media de la calle de San Ildefonso.

En 1948, en aquella hora, las calles del Carmen y San Ildefonso eran oscuras y solitarias, pero ésta última durante el día y en periodo de clases (sobre todo la cuadra entre Argentina y el Carmen) hervía de estudiantes que en ella pa-

saban sus horas libres, imposibilitados de hacerlo adentro del plantel, porque permanecer en un corredor o en el patio era exponerse a recibir un cubetazo de agua, orines o algo peor. Los estudiantes de preparatoria eran algo serio, totalmente desaprensivos habían hecho de esa calle su feudo y la gente prefería dar un rodeo antes de atravesarla, ya sea a pie o en coche. No podían cinco mil estudiantes recibir clase en el viejo colegio de San Ildefonso al mismo tiempo, por lo que un porcentaje considerable siempre estaba libre y por lo general sus ocios los ocupaban con atropellos a granel.

—Para el tercer día de la huelga contra el rector Salvador Zubirán, a mí me tocó relevar a los ocupantes del edificio de la Prepa y la Universidad a las seis de la mañana del lunes, pero por más que le hice —explicó Álvaro Gutiérrez “El Galgo”, atrayendo hacia él la atención— no pude llegar sino hasta las siete y cuando llegué ya había una fila de granaderos del lado de Argentina y otra del lado del Carmen y no dejaban pasar a nadie, porque hacía pocas horas los agentes de la Judicial habían desalojado los edificios de Leyes, Prepa y Universidad y dentro estaba lleno de granaderos y agentes.

—Cierto —recordó Mario— A las 4:30 de la madrugada salimos de la Universidad.

—Nos empezamos a juntar en la esquina de la Secretaría de Educación a esperar a que dieran las 8, cuando llegaban el grueso de los estudiantes y por supuesto los del Comité Central de Huelga, Helio Mendoza, Portillo, Hugo Ponce de León y otros. Todavía durante dos horas más siguieron llegando del barrio estudiantil, de Leyes, Medicina e Iniciación, creciendo a momentos la inquietud y la ira, y el grito de guerra era de que por ningún motivo deberían de hacer cuartel la Universidad, que estaban pisoteando la Autonomía Universitaria las sucias botas de los granaderos, los eternos “Obreros de la Infamia” y todo universitario que

amara su escuela debería de luchar por recobrar los edificios.

La concentración mayor se logró por el lado de Argentina y se suspendió el tráfico desde el Zócalo; nos tomamos del brazo y formamos un ariete humano frente a la valla de granaderos, los cuales a una orden calaron bayonetas y adoptaron posición de ataque; entonces el oleaje humano perdió intensidad. Cerca de 20 minutos permanecemos frente a las puntas de las bayonetas sin poder dar paso ni para atrás ni para adelante y soportando los insultos de los "azules" que querían ensartar a unos cuantos, cuando de pronto la presión disminuyó y todos nos replegamos hacia los lados siguiendo el movimiento de los que estaban más atrás. Alguien se había apoderado de un camión materialista cargado de ladrillos y abrió una profunda y ancha brecha entre aquel mar humano y sin medir consecuencias ni tentarse el corazón embistió la valla policiaca y la rompió desbordándose la gente; al ver eso, la otra concentración que había en el Carmen también destrozó la valla y ya la policía fue incapaz de controlar la situación y se llenó toda la calle de muchachos. Los granaderos se metieron rápidamente a los edificios de Prepa y Leyes y junto con los agentes dejaron caer una lluvia de ladrillos sobre los de abajo.

Nuestra situación era desventajosa y el número de descalabrados aumentaba pavorosamente, pero el muchacho del camión, lo volteó y reculando empezó a golpear contra la puerta de Leyes ¡y va contra la puerta de Leyes!, hasta que llegó el momento en que ésta se levantó de la parte de abajo y todos empezaron a colarse, entonces el comandante de la policía salió y dijo: momento muchachos, ya vamos a ver cómo arreglamos esto. Nada, —dijeron los líderes—, el único arreglo es que ustedes salen y se van, y el metedero de gente continuaba, pero afuera un escuadrón de motociclistas de

tránsito comenzó a recorrer a velocidad escalofriante la calle, tratando de barrer con los muchachos, pero había ya mucho “parque” y los motociclistas tuvieron que retirarse ante la ladrilliza que se les tupió. Atrás de los motociclistas llegó volando el general Topete, Jefe de la Policía, porque ya le habían ganado la guerra y luego tuvo una serie de pláticas con los dirigentes a quienes trataba de imponerles ciertas condiciones para dejarles los edificios, pero éstos no cedían; ya en última instancia Topete dijo que la única condición necesaria era que respetaran a la policía, que le evitaran el bochorno público permitiendo que los granaderos salieran en orden y sin abuchearlos; la muchachada no aceptaba ni esto, pero al fin cedió y los granaderos se marcharon de Leyes; ¡pero quedaban los de Prepa todavía! Entonces le dijimos a Topete que deberían de salir los de Prepa también y el repuso que lo esperaríamos y se metió pero no salió, y claro, se caldearon los ánimos otra vez y de nuevo se reanudó la ladrilliza, pero esta vez más tupida porque los policías de adentro estaban furiosos por haber perdido Leyes, yo creo que pensaron que ya que se iban, de una vez se acabarían el parque.

Yo iba corriendo por la acera opuesta, junto a la miscelánea “Pánuco” cuando de repente me alcanzó un tabicazo en la cabeza que me tiró semiinconsciente, junto a mí se deshacían hechos polvo los trozos de tabique y pensé que de quedarme no saldría vivo, así que como pude, a gatas, alcancé la puerta de una vecindad y me refugié en ella; una de las señoras que ahí vivía me sostuvo y me dijo: “Véngase joven lo voy a curar”, sangraba bastante y gracias a que fue ladrillo y no piedra les puedo contar esto, ya me llevaban al interior cuando entraron dos agentes y le dijeron: “No, nosotros lo vamos a curar”, pero salieron otras mujeres y dijeron que aquellos eran agentes y se armó un forcejo conmigo. ganan-

do al fin ellas, porque más y más estudiantes entraban a cubrirse de la granizada de ladrillos y optaron por soltarme. Me hicieron una cura de caballo y me estuve como media hora en su casa. En ese lapso cesó la ladrilliza y Topete entregó la Prepa de modo que cuando salí, los granaderos ya iban subiendo a las “Julias” y casi todos los muchachos estaban adentro. Y ya iba atravesando hacia la puerta y que me ven otra vez los dos agentes y claro, que me agarran “Vente, ora sí te vamos a curar”, me dijeron y ya me llevaban, pero me vio Juan José Castillo Mota y les pidió que me soltaran y no querían, entonces Mota fue a donde estaban las ambulancias estacionadas y los ambulantes me rescataron alegando que estaba herido y que no me podían llevar, los agentes insistían, pero al fin me dejaron entrar a la ambulancia donde había otros heridos. Entonces la ambulancia arrancó y 3 o 4 cuadras adelante me bajaron y así pude huir.

El relato de “El Galgo” fue interrumpido varias veces por risas y brindis, y a duras penas se hacía oír. Al terminar, el “Pipi”, primo del Huévero, abrazó su guitarra y todos se pusieron a cantar las canciones de moda, alternando los boleros nostálgicos de Lara, Roque Carbajo y los Panchos con los tangos de la vieja guardia, muy especialmente *Sentimiento Gaucho* y *Adiós Muchachos*; unas goyas se vaciaban y otras se llenaban; subrepticamente, bajo la mesa, el vaso de rojo vino cumplía su ronda ascendiendo y descendiendo de boca en boca.

Las notas de la *Cumparsita* en las cuerdas de la vieja guitarra, hacen vibrar de nuevo la voz silente que escapa otra vez al ruido, somos canción en la penumbra, la escritura vierte su sabia infinita en cada huella al ruido, y el ensueño vuelve a velar esa mirada:

...Aquella admiración que sentía por Martha muy pronto se trocó en atracción y una vez conocidos todos, procuré

ser uno de sus amigos más asiduos. No pasó mucho tiempo sin que surgiera su primer pretendiente del grupo, un mantecoso judío de pies planos que empezó a acompañarla a mañana y tarde en las clases y fuera de ellas, día con día, semana a semana, sin amenguar la sonrisa de ella ni su atención. Todos estábamos pelones por la novatada y el carecer de pelo no me favorecía, que digamos, debido a ello permanecí al margen y así, poco después de las vacaciones de Semana Santa, el baboso de Abraham Prenska puso fin a su acoso y dejó de acompañarla.

Ya no tenía el pelo tan corto, de modo que tomé turno en el asedio acrecentando nuestra amistad. Descubrí que además de belleza y amabilidad poseía gran inteligencia y talento artístico, su facilidad para dibujar era pasmosa, su cultura aún cuando en formación, ya era de notarse.

Me atraía pero no me quitaba el sueño; la admiraba, pero no la prefería a mis habituales amigos; el saberla ausente el fin de semana no me restaba apetito; me gustaba, ¡cómo no!, pero no estaba enamorado de ella, sin embargo imaginarla como novia era placentero y me fijé una fecha para “cantarle” sin preocuparme mayormente de lo que resultara, la palabra sólo es el carácter del cielo y bordamos con alondras los abismos.

Recuerdo y siento lo ocurrido ese día, como los veo, como siento esa nostalgia y esta borrachera ahorita mismo; en la sinfonola del “Pánuco”, se oía constantemente “El muchacho de la trompeta” (Swing de Ray Montoya), mientras esperaba la salida de la clase de dibujo que las muchachas de mi grupo, el E-1, recibían los sábados a las once de la mañana; salió ella y me apresuré a alcanzarla porque vivía ahí nomás a la vueltecita de la Prepa, en Soledad 31; desde el mismo segundo en que la alcancé y saludé, la saliva huyó de mis carrillos, la lengua se me convirtió en estopa

y las piernas tomaron consistencia de hilacho; palidecí y a duras penas pude iniciar la conversación; casi al llegar a la esquina de Soledad y Correo Mayor hice un esfuerzo supremo y la invité a que fuéramos al Jardín de Palacio, ella me preguntó el motivo y yo le dije que deseaba hablarle de algo que tal vez llevara algún tiempo y que ahí con calma podría decírselo; no quiso, nos detuvimos y me invitó a que se lo dijera allí mismo en la calle, sobre la banqueta, estorbando el paso a la gente, obstruyendo el sendero cubierto del silencioso ruido; armándome de un valor espartano le pedí que fuera mi novia sin más prólogo, puesto que al negarse a ir al jardín había cortado de golpe mis intenciones de hacer un ambiente romántico adecuado, le dejé ir la declaración de golpe; dudó dos o tres segundos antes de contestarme, no daba crédito al oído, me midió con la mirada durante otro par de segundos, quizá nunca me había visto antes, tal vez jamás existí para ella, pero en esta ocasión se fijó en mi cara flaca, angulosa, en mis espinillas, en mi cuerpo sumamente delgado, en mi poblado bigote que seguramente encontró ridículo, en mi ropa pobre y tal vez sucia, en mis zapatos lamentables, vio directamente a mis ojos, a la misma altura de los suyos, leyó en ellos mi turbación y no pudiendo aguantarse más estalló en una sonora carcajada que nunca podré olvidar; inteligente, se dio cuenta al instante de la befa hiriente, trató de componer con artificio la respuesta negativa: por lo pronto ella no pensaba tener novio, estaba dedicada a estudiar y los novios quitan el tiempo, además, estaba muy chica todavía y juzgaba que para noviar faltaba bastante, de ninguna manera debería tomarlo a mal, podríamos continuar siendo buenos amigos, es más, podríamos ser mejores amigos, pero debería de olvidar eso del noviazgo, definitivamente no podría ser. Se desmoronó la luz ante mis sentidos atónitos, la hoguera se

extinguió dejándome a merced del calosfrío del viento en esa calle que, de pronto, se tornó sombría y con una sonrisa estúpida, falsa apariencia de comprensión y estoicismo me despedí de ella.

La calle del Carmen desapareció al converger un golpe y un grito:

—Eh tú, no te duermas, sirve más Rajojú—.

“El Pipi” había complacido a todos y ahora demandaba más vino, la guitarra enmudeció y siguió la plática y la bebida; al reservado de enfrente llegaron tres muchachos a los que todos conocían de vista, pidieron una jarra y empezaron a beber con entusiasmo.

La mesa rebosaba de goyas vacías y el garrafón de Rajojú se vaciaba con rapidez mientras el tiempo avanzaba hacia la media noche.

—Realmente llegaban unos tipos estrafalarios al billar de Argentina —ponderaba Rodolfo Herrera “El Huévoro”—, eran de lo más transas que he conocido. “El Príncipe”, por ejemplo, ya me habían advertido “El Chícharo” y “El Jarocho” que con “El Príncipe” no fuera ni a la esquina, pero yo era perro y me gustaba que me vieran con la gente “grande” del barrio estudiantil, y una vez me dijo “El Príncipe”: Acompáñame a comprar unos zapatos —traía unos dadísimos y nos metimos a una zapatería de Argentina; hizo que le bajaran varios pares y escogió los mejores, se los puso y empezó a andar para probárselos, andando y probando se llegó hasta la puerta y ¡ponle!, que se echa a correr cuando yo tranquilamente sentado lo veía evolucionar.

El dueño quiso agarrarme y me escapé por un pelito de rana, metiéndome a la Prepa en donde no se atrevió a entrar.

Ruidosas carcajadas corearon y festejaron la puntada.

—Lo que tampoco olvido —indicó el “Huévoro” sonriente—, fue cuando Pérez Torres entró de emergente por Niermann en el exámen de Inglés.

—Fue muy bueno eso —interrumpió José Ceballos “El Colas”, cuyo apodo correspondía a unas nalgas poco usuales para varón.

Cuando le tocó turno a Pérez, de examen oral, lo llamó el maestro:

Leonardo Niermann Mendelejiss. Presente, contestó Pérez y se acercó; ¿usted es Leonardo Mendelejiss?; sí, dijo Pérez; pero cómo, si usted está más prieto que un zanate; pues yo soy Niermann; y por qué está tan prieto; es que nací en Marruecos; y no tuvo más remedio que examinarlo.

—Eso me recuerda la chinga que tú me acomodaste cuando me llevaste de emergente con el “Toluco” Estrada Ocampo —le dijo Mario a Sarti.

—Ah sí, que friega —admitió Sarti— llevo ya a éste a un examen parcial de Química, que a mí no me entraba para nada, y a la hora de pasar lista lo ve el “Toluco” y le pregunta; ¿Usted es Sarti?; sí, le dice; nunca lo he visto en mi clase, muéstreme su credencial; y se la entrega (previamente arreglada por el “Chícharo”), parece que sí, siéntese en mi mesa que me lo voy a fichar.

—Y me tuve que mamar todo un curso extra de química con el “Toluco” hasta el examen final —exclamó Mario.

—¿Y nunca los denunciaron?

—Partida de madre que se llevaba el que se atreviera —alardeó Sarti.

—Ese “Chícharo” es vaciado —apuntó el “Galgo”.

—Hacc poco —recordó el “Negro” Becerra— lo fui a buscar a Leyes para que me arreglara la credencial para una emergencia de Física y ahí estaba en la puerta con unos amigos. Iba a tener un examen con el profesor Mario de la Cueva, y

uno de sus cuatachos le preguntó cómo se sentía; ¡me dicen el Chato de la Cueva, ojetes!!; les contestó a grito pelado y en ese momento pasaba el aludido, que lo agarra de un brazo y que le dice: usted va a ser el primero, compañero “de la Cueva”.

—¿Y pasó? —preguntó el “Galgo”.

—¡Qué va a pasar, sacó tres!

—Otra vez me lo encontré en “La Playa” —continuó el “Huévoro” con el tema del “Chícharo”— tanto él como el “Jarocho” Juan y el “Gallo” estaban tocados y tenían reunidos a su alrededor a todos los padrotes y raterillos que defendían, eran como veinte cabrones, ya les había echado un discurso en latín que según él era la esencia misma de la vida, entonces el “Tarifas”, a nombre del gremio le pidió que lo tradujera; con mucho gusto ciudadano; les dijo; todo lo anterior quiere decir, ¡¡Adentro pitotón!!

—Y sus máximas —citó Domingo Guerrero, el más gordo del grupo y a quien apodaban por lo mismo el “Oso”— como aquella inolvidable de: *No hay que acomplejarse, ni ante los peligros más inminentes, ni ante las situaciones más adversas.*

—Muy sabia por cierto —concedieron algunos. Muy serio, Becerra propuso:

—Por los tiempo idos

—*Oh, témpora, oh more* —remató el brindis Mario a quien se le habían pegado algunos latinajos de su maestro “El Chícharo”.

A lo cual maliciosamente quiso apuntar José —Cómo dice el “Chícharo”.

“El Pipi”, que deseaba oír más aventuras, se permitió sugerir:

—¿Por qué no cuentan cada uno la mejor impresión, o el recuerdo más vívido de estos años de Preparatoria?

Pueblan los sueños, las vidas que dejamos tras las vidas, son breve instante los recuerdos para vivir lo frágil, para saberse tan pequeños, tan vulnerables, breves y pequeños. El golpazo fue muy rápido y maquinalmente volví a la Prepa, poco a poco comprendí la causa de su risa, todo se fue con el deseo insatisfecho del amor adolescente frustrado, había yo hecho un ridículo que ni el más incompetente de los payasos, de la carpa más miserable, del país más subdesarrollado se hubiera atrevido a hacer, y decidí salvar aunque fuera unas cuantas tablas del horroroso naufragio.

Tanto "El Colas", como el "Glostora", el "Cuñado", el "Gori" Vargas y yo, nos habíamos hecho populares y simpáticos en el grupo escribiendo dizque un periodiquito donde se comentaban los sucesos más sobresalientes de la semana, todo el grupo cooperaba con un diez o un veinte para el material y nuestras puntadas constituían la delicia de todos, eran en realidad dos o tres cuartillas escritas a máquina con copias en papel carbón. Eran los esbozos de una vocación dormida, de una invitación secreta, de un sueño no soñado aún.

Troté al escritorio público de Justo Sierra y yo sólo me aventé la edición de ese fin de semana, insertando cuidadosamente un comentario acerca de una apuesta entre los mencionados y yo, sobre una declaración de amor a Martha, apuesta que anunciaba la había ganado por atreverme a efectuarla.

El lunes siguiente a la segunda hora repartí las hojas, pero tanto Rangel como Díaz, me llamaron aparte y me dieron por separado la versión de mi declaración que les había contado Martha a sus novias del grupo antes de leer ellas las hojas; según eso, Martha les había contado que el sábado a medio día, después de salir de dibujo, recibió la sorpresa más agradable de su vida, porque yo, haciéndole

el honor de fijarme en ella quería ser su novio; ella, naturalmente, tan poquita cosa, me lo agradeció mucho pero no se había atrevido a darme el sí, por considerar que no me merecía, que yo debía de buscar a una chica de más altos vuelos, a mi nivel, a mi nivel...y en el nivel real fui el hazme-rreír del grupo.

Se puede celebrar de distintas maneras el haber terminado la Preparatoria. Quien tenga la oportunidad dejará que su padre lo envíe a Acapulco bien previsto de dinero para poder enganchar alguna golfa. O bien, se sangra al país de divisas, acompañando a “mami” del “otro lado” para surtirse de ropa a fin de lucir convenientemente en la Facultad. Si no se pertenece a la oligarquía sexenal en turno, pero se tienen medios, se puede hacer una fiesta en casa para presentar al nuevo bachiller, recibirá uno abrazos de todas las nenas quinceañeras y de una que otra mamá apetecible aún, se oirán los inevitables comentarios sobre el rápido pasar del tiempo, la formalidad del joven a quien jamás se sorprendió en el billar, ¡bueno!, no habrá peligro de que papá cuente cuantas veces nos sorprendió haciéndonos la puñeta, pues mamá le habrá prohibido que se emborrache; nos encontrarán muy altos o muy chaparros, pero de esto último nos consolarán diciéndonos que todavía nos falta crecer... ¡en mañas solamente!, y la mamá de la beba acudirá también a la fiesta haciéndose la desentendida de cuando nos sorprendió en el cine estudiando “anatomía” con su hija.

Pero si se es hijo de un oficial tercero de la oficina de Aguas del Departamento Central o de un obrero eventual de la Palmolive, entonces se puede escoger entre un viaje a ... Xochimilco o un par de zapatos en Tepito, o hacer tres comidas al día por una semana entera, ir al cine Mina o al Carpio donde por cuarenta centavos, se ven cinco películas, más cortadas que el chivo entregado por un tranviario sema-

nariamente a la “vieja”; o bien... emborracharse, en alguna piquera:

Esta última decisión fue tomada por aquel grupo de amigos que amaba entrañablemente la Escuela Preparatoria Uno de la UNAM, tanto, que habían permanecido en ella 3 o 4 años, cuando el bachillerato se hacía en dos.

Después de varias discusiones al respecto sostenidas en los pasillos de Prepa (En aquel entonces la única, la de San Ildefonso), se señaló el día: 11 de diciembre de 1948, la hora: las ocho de la noche; el lugar: cervecería “La Norteña”, a escasa cuadra y media del plantel, justo frente al viejo cine “Goya”, sobre la calle de El Carmen.

El “Oso”, tras de beber sin respirar una “goya” entera, golpeó con ésta la mesa varias veces reclamando atención hasta lograrlo, los del reservado vecino también callaron para oír mejor:

Estaba en primer año por primera vez y me gustaba mucho visitar el grupo de “Tolón” que era de Biológicas, porque había muchachas guapas, elemento que en mi grupo escaseaba como el agua en el desierto, y por la misma razón lo frecuentaban dos de los pistoleros universitarios más desalmados a quienes todos ustedes conocen, el “Aracuán” y el “Fakir”; el primero, enamoraba a Alicia, una de las chicas más guapas del plantel y el segundo lo acompañaba para el caso de que hubiera pleito; ya “Tolón” estaba fastidiado de que los dos tipos siempre golpeaban a alguien del grupo por el menor motivo; nadie podía ver de frente al psicópata “Aracuán” porque cuando menos se llevaba una cachetada y no se podía lucir un buen reloj o una buena pluma porque se corría el riesgo de perderlos a sus manos y, es más, ni siquiera dinero arriba de un peso se podía llevar porque corría igual suerte y como ya era muy conocido su sistema de golpear en montón y sin piedad, pues tenían al grupo aterrori-

zudo; la pobre de Alicia tenía que condescender con ellos y platicar so pena de que alguien del grupo pagara bien caro un desdén suyo.

La purita suerte había determinado que “Tolón” no hubiera sido víctima hasta el momento de los desmanes de los pistolos, pero él ya pensaba que no tardaría mucho, iban seguido y ya casi conocían a todos los del grupo y en una ocasión en que el grupo estaba esperando entrar a clase en el mero rincón del tercer patio, en el segundo piso, “Tolón” para su desgracia se hallaba platicando con Alicia y yo que no tenía clases fui a verlo; delante de mí iban los dos malditos y “Tolón” no se había dado cuenta ni tampoco Alicia, llegó el Aracuán junto a ellos y dándole un terrible empujón a “Tolón” le dijo: con mi novia no platica ningún perro – ya saben como es “Tolón” –, en la secundaria no había gallo para él a pesar de ser bien chaparro. Así que sin decir nada se le dejó ir al “Aracuán” y se trenzaron en una pelea de la cual a los primeros golpes le partió una ceja a aquel, el “Fakir” se le aventó entonces, pero a mi compadrito “Tolón” no lo iba yo a dejar solo, de modo que como éste no esperaba una reacción así, lo cogí de sorpresa y le di un terrible descontón que lo atarantó, de inmediato lo pesqué por detrás y le puse la “china” y lo inmovilicé impidiendo además que le chiflara a los otros pistoleros, que por fortuna, casi siempre se mantenían jugando frontón en el segundo patio. Aunque “Tolón” se llevó algunos golpes de consideración, la paliza que le propinó al “Aracuán” fue de órdago. Mientras, el “Fakir” hacía esfuerzos desesperados por soltarse me tiraba taconazos a las espinillas y cuando me alcanzaba a rozar, apretaba un poco la “china” y luego se aquietaba. Por fin el “Aracuán” dijo que ya estaba bien, se recargó en la pared y repitió que ya estaba bien, sangrando de boca y ceja y sin aire, se recargó en la pared y dijo que ya

estaba bien, entre jadeos de agotamiento, pero el “Fakir” estaba entero y era un peligro soltarlo porque de inmediato iría por ayuda, así que “Tolón” se acercó y sin decir agua va le mandó un óper que al noquearlo, por poco me noquea a mí, entonces nos echamos a correr y no paramos hasta que agarramos el camión de Tacuba. Nunca volvieron a pararse por el grupo, pero por las dudas,”Tolón” y yo íbamos armados a clases, su venganza podría ser matarnos con las vísceras reventadas a patadas por todos ellos.

Uno de los tres muchachos que oían desde la otra mesa lo que el “Oso” Domingo decía, se paró emocionado con una enorme jarra rebosante de espuma y mirándolo fijamente exclamó con teatralidad:

Te felicito cuate, y a ti y a tus amigos no tengo más que ofrecerles –y azotó la jarra en nuestra mesa derramando por lo menos la tercera parte del líquido, a continuación agregó–, venga un abrazo.

El “Oso” se abrió paso y en el pasillo se abrazaron calurosamente, tanto el “Huévoro” como Mario cambiaron con él y sus amigos frases de reconocimiento mutuo y vinieron las presentaciones:

Se imponía que alguien los invitara, lo hizo el “Huévoro”:

–Estamos celebrando nuestra salida de Prepa, y de todo corazón los invitamos a nuestra mesa.

–Casualmente nosotros celebramos lo mismo; unamos nuestra alegría.

Arrimaron otra mesa y el mesero trajo dos jarras gigantes de cerveza, eran ya las doce pasadas y alguien sintió hambre, encargaron dos docenas de tacos de tripas con salsa de cascabel, y rota la secuencia de impresiones, todos se dispusieron a cantar otra vez, recorrieron el repertorio de “Los Panchos”, en aquel entonces en su época de oro, especial-

mente se cantó *No me quieras tanto*, también cantaron las canciones de Claudio Estrada, paisano y gran amigo del “Pipi”; mientras unos cantaban otros le entraban con fe a los tacos. enchilándose ferozmente y acudiendo en demanda de más cervezas para apagar el fuego que abrasaba la lengua y los labios; pidieron más tacos, cantaron más canciones, los minutos y las horas siguieron corriendo, el Rajojú tocaba ya a su fin y la borrachera corría con una euforia desbordante. Pedro “El Grillas”, uno de los agregados, el hombre de la sonrisa irresistible le dio un respiro al “Pipi” y empezó a contar cuentos colorados. En el estado en que ya todos se encontraban hasta el cuento más zafio arrancaba lágrimas de risa.

La odié a partir de ese minuto, de esa hora, de ese día; su bello rostro ahora se me antojaba como una máscara para ocultar su malvado ego, su otrora cálida voz me sonaba áspera y sus ojos, sus irresistibles ojos, se transformaron para mí en dos diabólicos pozos de vanidad y soberbia. Nunca olvidaré la calle donde descubri mi estado miserable.

Mas ese odio no se conformaba con una vida latente, no quería haber sido dado a luz para morir luego o más tarde en vano; ese odio reclamaba venganza y la venganza se fijó en mí como único medio de satisfacerlo, y la venganza se trasmutó en obsesión, la obsesión me sacó de quicio, me hizo perder la noción de los valores, la proporción de las relaciones humanas y fijó como meta únicamente ¡devolverle centuplicada la humillación recibida!, dobligar su altivez, exhibir su hipocresía. ¿Cómo olvidar esa calle, si se encuentra aquí, franqueando la puerta de este tugurio? La venganza es un volar febril de vivo fuego, es gota sutil de pronto vuelo.

Una buena borrachera era una aventura excepcional: Para los pocos que ya se la habían puesto constituía la repetición de un placer no por conocido, menos agradable, y para los que no sabían de las delicias del alcohol era una tentación muy grande y muy de acuerdo con el espíritu de la despedida; el adiós a la dorada primera juventud para entrar en el mundo del adulto incluyendo sus vicios.

Sentir el suave mareo por vez primera, dejar mezclarse los vapores en el torrente escarlata que los lleva hasta el cerebro, experimentar, al conjuro del divino fluido la transfiguración del día y de la noche, ¡Oh magia del licor!, si somos desgraciados haznos felices, si somos felices, revive nuestras pasadas desgracias o exacerba nuestra felicidad.

¿Quién de los ahí presentes saldría marcado con la eterna afición? Así que pasen más años tal vez en el curso de otros relatos se podrá averiguar.

Sarti, el más experimentado del grupo en esos menesteres, propuso que compráramos un galón de Rajojú; una extraña mezcla de membrillo, zaraza, vino tinto, ron y jerez, que él cotidianamente compraba para los oficiales quintos del archivo de Hacienda donde trabajaba y que introducía en grandes botellas de tinta "Rajojú", de donde se derivó el nombre del brebaje preparado en una vinatería de la Merced. La propuesta fue aceptada con alegría por aquellos a los cuales aún se les atragantaba el amargor de la cerveza y vieron en el Rajojú un medio de embriagarse dulcemente al describir Sarti su delicioso sabor, preferido sobre las bebidas de marca, por los viejitos del archivo.

Acordaron también que el "Huévoro" llevara a su primo el "Pipi", porque aún cuando éste no era preparatoriano, sabía tocar muy bien la guitarra y esto daría un matiz bohemio a la proyectada despedida. La botella de Rajojú sería pasada

a la cantina por Sarti, a quien la práctica le había enseñado una docena de trucos para hacerlo furtivamente.

Sarti y Mario llegaron los primeros, Sarti llevaba un gran abrigo con pretexto del fuerte frío reinante y en él hábilmente disimulado el Rajojú. Ocuparon un reservado y pidieron para empezar unas "goyas" de cerveza clara; después llegaron "El Colas", "El Oso", el "Huévoro" con el "Pipi", más tarde el "Negro" Becerra y el "Galgo"; habían sido invitados dos o tres amigos más, pero no fueron.

Muy pronto la mesa rebosaba de "goyas", alguien pidió también refrescos para disponer de vasos para el Rajojú, el cual se hallaba convenientemente dispuesto entre los pliegues del abrigo de Sarti y colocado con discreción entre los pies. Al principio la charla versó sobre el tema obligado de los pasados exámenes, pero al cabo de media hora, una "goya" y media y una probadita de Rajojú, el asunto fue agotado y como es natural en un festejo de tal naturaleza, la conversación fue derivando hacia otros temas más amables.

Recordaron desde el momento de hacer cola para la inscripción, cuando llegaban a las cuatro de la madrugada al dispensario antituberculoso situado en Justo Sierra y el Carmen, creyendo ser los primeros en formar y encontraban que ya había cincuenta estudiantes en la fila por lo menos, de los cuales veinte habían pasado la noche envueltos en cobijas y protegiéndose del frío, bien con fogatas, bien los más avezados con una botella de tequila; los tumultos a la hora de repartir las fichas, y luego el temor de ser rapados antes de siquiera estar inscritos, la llegada de los temidos "pistoleros" que al filo de las ocho de la mañana se ocupaban de desvalijar a todos y de dejarlos con las bolsas vacías, esos y docenas de incidentes más, a veces chuscos, a veces crueles y que sucedían en esas frías y oscuras madrugadas del dis-

pensario fueron los que iniciaron el desfile de recuerdos de la despedida:

—Entre el “Negro” Gómez, el “Pelón” Barragán y yo —empezó a recordar el “Colas”—, organizamos un sistema efectivo que nos permitía adquirir diariamente entre 5 y 10 pesos; por las buenas les pedíamos a los perros en ciernes, para nuestro desayuno, y al que se resistía, el “Pelón” le administraba un bien calculado gancho al hígado que siempre daba sus resultados.

—Los más duros de pelar eran los judíos —afirmó el “Huévoro”.

En efecto continuó el “Colas” —resistían los ganchos del “Pelón” y no llevaban ni reloj ni plumas, pero entonces cuando terminaban su examen, los llevábamos a las vecindades del rumbo donde los obligábamos a quitarse los zapatos y los calcetines; y ahí invariablemente escondían por lo menos un par de billetes.

Después se pasó a recordar los desfiles:

—El “Oso” y yo nos salvamos de que nos pelaran y del desfile —declaró orgullosamente Sarti

Nosotros no —confesó el “Colas”—, ni lo deseábamos: participar en el desfile de perros de Prepa es una experiencia tal vez desagradable en el momento, pero paradójicamente, muy agradable de recordar.

Sobre todo —terció el “Galgo”— porque al año siguiente se puede con toda satisfacción aplicar los mismos rigores sin cargo de conciencia.

Cómo olvidar —mencionó el “Huévoro”—, que a las doce del día puedes pasearte por Madero armado de un bote de agua sucia y mojando a las viejas más encopetadas, a los viejos más tiesos, a las gringas y a los gringos, ¡y a todo el mundo!

El gremio de los mirones –agregó alegremente el “Negro” Becerra– resiente fuertes bajas por gripas y catarras; este año, en el desfile de Arquitectura, en la Avenida Juárez, estaban viendo el desfile dos señoras de “puritita parada”, nadie se había atrevido a mojarlas y conste que la descubierta del desfile que es la más salvaje las había respetado; no sé como me di cuenta de que en el portón del edificio de “La Nacional” estaba una cubeta de agua sucia que un mozo descuidadamente abandonó para ver el desfile; me fui tras ellas y ¡¡chíngale!! que me las baño, ni se dieron cuenta quién había sido, pero sí supe que era gente influyente, porque al terminar el desfile un comandante de azules fue a la Prepa acompañado de un tipo que decía haber visto al autor del desaguisado; discutían el caso con “Palillo” en medio del primer patio y yo me acerqué a ellos para darle la razón al policía que se mostraba furioso, cuando del tercer piso nos cayó una cubetada de agua sucia.

La anécdota provocó la risa en el grupo, bebieron la segunda “goya” y pidieron otras; el Rajojú fue trasegado otra vez con cautela y la combinación Rajojú–cerveza empezó a hacer su efecto; perdido el orden cronológico de los recuerdos se pasaba de una anécdota a otra indistintamente. ¿Quiénes éramos? ¿Seres deformes y perversos poblando los subterráneos universitarios? ¿Íbamos hacia lo desconocido sin saber el punto de partida y el por qué del viaje?

Inicié mi campaña destilando cicuta para Martha en los dos números siguientes del “Ladrido del perro”, que así habíamos bautizado a las dos hojitas mecanografiadas que tan populares nos habían hecho, y a ella la puse en observación constante para captar desde sus mínimos errores, traía yo emponzoñada la sangre. Jamás pudo aducir que había sido insultada soez o procazmente; su propia inteligencia fue mi aliada pues captaba con eficiencia las indi-

rectas, veladas alusiones con tendencia a ridiculizarla, asimilaba con aparente indiferencia las metáforas, parábolas, paradojas y símiles en las que una persona parecida notablemente a ella salía mal parada. Todo ello era posible gracias a que seguíamos hablándonos como si nada ocurriera: ella encasillada como orgullosa reina en su torre y yo removiendo piedra a piedra los cimientos de su altiva firmeza. Era yo un animal selvático enfermo y no había Virgilio que se apiadara de mis huesos.

Así pasaron dos meses de sátira impresa, hasta que una vez coincidimos en llegar los primeros a clase de física con Mosqueira y con bastante anticipación; solos los dos, abrí las palpitaciones de su negro corazón, extendí ante sus ojos el vasto panorama de mi humillación y el más vasto aún de mi venganza. Lo sucedido hasta el momento no era nada comparado con lo que le aguardaba, machacaba una y otra vez sobre el tema de su maldad que no conocía límites. A nuestros pies, huesos, cantera humedecida, más abajo, la calle que da a Catedral, con su fluir multicolor de paraguas. Junto, el patio donde viviré siempre.

Ya habían llegado varios compañeros del grupo que a distancia prudente oían lo que le decía, ella no replicaba, impertérrita me oía pero ligeros taconazos de impaciencia o cólera la denunciaban. Al fin no pudo más, ¡Se desmoronó! La arrogante diosa se convirtió en ser humano y lloró, un llanto silencioso, tal vez de rabia, tal vez de desesperación, tal vez por verse humillada, abandonada, porque sus amigos nos contemplaban a distancia, se hacían los desentendidos. ¡Al fin saboreaba la victoria! Sentí más mío el cielo, pero de puro nublado lo veía azul desde esa balconada; ella, entre sollozos me pidió que nunca más le hablara que no me le acercara porque me odiaba y despreciaba. Todo eso ocurrió fuera del tiempo, en una pequeña isla, en

un mundo sin fin que retengo en mis manos, narrador omnisciente.... que no sé.

En diversa forma convinieron que la proposición del “Pipi” era muy acertada y decidieron seguir orden de colocación, de izquierda a derecha; empezó el “Huévoro”, el más antiguo de todos en la Prepa y a quien se colocó el sobrenombre por apócope de Huevos de Oro (un individuo con talegas muy pesadas, un flojonazo) el famoso “Huévoro” empezó a evocar:

Faltaban unos diez días para las vacaciones de semana santa de 1945 y ya la gente estaba inquieta por iniciarlas, yo era perro y estaba muy tranquilo parado en el segundo patio, cuando unos cuates vinieron y me dijeron que querían hacerle una broma a un compañero, que fuera a la puerta de determinado salón y gritara con todas mis fuerzas “¡Megaterio, ya está el agua para tu lavativa!”, pero lo que ignoraba era que Megaterio era un maestro de Cosmografía a quien ponía fuera de sí el tal grito, yo fui y a toda capacidad grité; casi de inmediato salió Megaterio hecho una furia y con una pistola en la mano; me agarró de un brazo y me preguntó quién había sido: “Pus un muchacho que se echó a correr”, le contesté temeroso; se acercó al barandal y para desquitar su coraje disparó dos tiros al aire. “Estos cabrones”, musitó entre dientes y sin siquiera regresar al salón por sus listas, se fue hecho un basilisco a la dirección; al tiempo que se oyeron los disparos alguien gritó: ¡Vacaciones! Otra voz no menos estentórea y entusiasta le hizo coro y en menos de dos minutos todo mundo gritaba ¡vacaciones, vacaciones!; unos se movilizaron hacia la calle a detener coches y a sacar dinero para los cuates, otros ahí mismo en los corredores nos quitaban el dinero a los perros para el mismo fin, y para la hora siguiente, se generalizó el estallido de los cohetes, comparable sólo en intensidad y frecuencia a un 15 de Sep-

tiembre en el Zócalo; el humo azul y el olor picante de la pólvora se metía por puertas y ventanas en los salones impidiendo las clases y hacia las 12 del día apareció un pizarrón en la puerta general anunciando que se adelantaban las vacaciones de semana santa ¡apenas tres semanas de haberse iniciado los cursos!

Entonces sí que sufría uno siendo perro, desde el primer día de clases se cernía la amenaza del tradicional desfile de perros y a diario había simulacros para abatir nuestra moral; luego, si los de Ingeniería, Leyes, Medicina o Arquitectura querían hacer más lucido su propio desfile, pues venían por perros, en los pasillos se organizaban carreras empujando por el suelo monedas con la nariz y al que perdía le quitaban todo cuanto llevaba o si no, los subían a un camión a cantar y pedir dinero, y así era el martirio hasta junio, cuando el pelo crecía y no era posible distinguir entre perros y veteranos.

El “Pipi” volvió a la carga con su guitarra y se arrancó con “La bamba”, todos coreaban el son y “El Oso” Domingo, sin poder contenerse se subió a la mesa y lo zapateó a su gusto. Eran las tres de la madrugada y el cantinero juzgó prudente terminar el festejo porque ya nada más ellos quedaban en la cantina. Se pagó la cuenta y los alegres amigos tomaron por la calle de San Ildefonso, para ver y tocar “por última vez” las vetustas y venerables piedras de la siempre inolvidable *Alma Mater* de la Universidad y ahí, en la merita puerta, el “Galgo” y Mario vomitaron hasta el hígado. Efectuada esa inaplazable necesidad, continuó el grupo de alegres borrachos por las calles de Cuba con el ánimo de ir hacia los cabaretuchos de Santa María la Redonda, pero en Brasil, el Huévoro y su primo el “Pipi” tomaron un coche para su casa porque estaban que se caían; al llegar a la esquina con Bolívar, Pedro “El Grillas”, Daniel “El Negro Ferro-

carrilero” y “El Profesor” declararon que ya no podían más y se quedaron abrazados como hermanitos; al llegar a Santa María alcanzó a los restantes el camión de Tacuba y el “Oso” y el “Negro” se fueron en él; el “Galgo” propuso entonces que mejor fueran a los cabarets de Guerrero, así que dando tumbos y haciendo esos doblaron a la izquierda y luego siguieron por la Avenida Hidalgo hasta llegar al Jardín de San Fernando; el “Colas” vivía ahí cerca y decidió ir a su casa. Los tres últimos se acercaron al puesto de tacos de cabeza que ostentaba una calavera que bien podía ser de res, caballo o burro, los acicateó un poco el hambre y reuniendo entre todos los últimos dos pesos le entraron a la taquiza; al terminar cayeron en la cuenta de que no les quedaba ni siquiera un miserable diez para echarse un raspado en el Atzimba o en el Olímpico, así que ya no tuvo caso seguir por Guerrero.

Sarti vivía a media cuadra del Jardín de San Fernando y los invitó a quedarse en su cuarto; llegaron a la enorme privada y por fin hasta el fondo, a la escalera que los conduciría al sueño reparador que ya estaban deseando urgentemente. Pero la puerta del pasillo donde empezaba la escalera estaba cerrada, y Sarti no traía llave, así que se sentaron en el quicio a esperar que algún madrugador les abriera; Sarti ofreció cigarros, Mario los rechazó:

—No los soporto, vomitaría otra vez —explicó.

Mi gran victoria, ¡uhmm! Mi gran derrota. Porque al saberla perdida, al ver sus grandes ojos arrasados en lágrimas, percibi muy claramente un sentimiento contrario al odio, lo que hasta hacía unos minutos había tomado por odio, era amor impotente, y entonces supe que estaba ignominiosamente enamorado de ella, ¡hasta la médula!, profunda, definitiva e irremediablemente enamorado. Callé. Graznidos de cuervos arrebataron la voz de mi garganta,

humedecieron mis ojos, atados al escorzo del remordimiento.

No era piedad lo que comprimía mi corazón y nublaba mi vista, era un intenso sufrimiento amoroso que me laceraba el pecho y arrancaba, pese a mis desesperados esfuerzos para mantener la figura, milímetro a milímetro una capa de llanto. Entonces me di la vuelta bruscamente y no entré a clase; estremecimiento tras estremecimiento dejé a mis pasos fluir sobre la soledad del corredor de sombra bajo la sombra del enorme portal del cielo, salí a la calle en donde fui saludando por las alegres notas del ya muy rayado disco del "Muchacho de la trompeta" que a todo volumen salían de la sinfonola del "Pánuco" por enésima vez; ya en la calle, ahora sí, las lágrimas empezaron a escurrir de mis ojos, gruesas, saladas, vertidas por todo eso que representaba el noviazgo imposible con Martha, por las utópicas conversaciones y caricias en los soleados barandales de la Prepa, por los furtivos mimos en las clases de matemáticas del severo maestro Minor, por las tardes de cine en que las manos se buscan y los labios se encuentran, por los paseos en las umbrías avenidas de Chapultepec (los brazos entrelazados en la cintura, la mirada posándose en la mirada), por la aventura en las entrañas de acero de la cúpula del Monumento a la Revolución (la ciudad a los pies, el amor y la juventud en la cima), por el solaz de saborear una nieve en una sola copa (Los Panchos, Glenn Miller y Tommy Dorsey en la sinfonola), por la tensión de los exámenes que se prepararon juntos (la angustia del interrogatorio, la alegría sin límites del "pase"), por los bailes inolvidables en que la magia de la pintura transformaba a una adolescente en una mujer (Everett Hogland tocando un arreglo a la Fantasía Improntu), por todo eso que no fue y no sería porque ya estaba más lejano que la estrella Vega. Y las lágrimas siguie-

ron escurriendo como las de ahorita, tal como ahora ya va para tres años, ya va para la eternidad...

La intensa oscuridad que reinaba en el quicio de la puerta impedía que los otros dos amigos vieran su llanto, además el frío y la horrenda borrachera había hecho que se arrebujaran con sus sacos sintiendo el transcurrir interminable de los minutos.

Pero el frío y la cruda que se iba dejando sentir los mantenía despiertos, y de pronto, Sarti cayó en la cuenta de algo:

Todos estuvimos muy contentos, todos contamos nuestros recuerdos más queridos, menos tú Mario, ¿por qué no nos cuentas algo!

Sí—consintió éste— verán ustedes, lo que más me impresionó al llegar a la Prepa, fueron los ojos de Martha...

¡TEQUILA!

Más que el reino de Kaus, más aún que el reino de Thus, y más que el trono de Kobad, vale una copa de tequila. Vale más, cuando amanece el día, el eructo de un beodo, que el rezo de un hipócrita.

A la memoria de Jorge Ballesteros Prieto, Roberto Barragán,
Batamba y Silvestre Méndez.

Un fuerte temporal azota las costas del Golfo y envía sobre Córdoba legiones de nubes y viento cargado de humedad y frío. Cae pertinaz llovizna sobre los hombros de un joven que camina hacia los portales, entra al hotel Manzur y pregunta por alguien en la administración. Recibe una respuesta negativa y sale hacia la tienda “El Borrego” en donde compra un litro de tequila. El chipi chipi lo tiene semi empapado y lo moja más aún mientras espera el autobús urbano que lo llevará a la estación del ferrocarril. Piensa que de seguir así el temporal durante la próxima semana deslucirá al Carnaval de Veracruz y él con sus amigos no se divertirán plenamente.

Cuando llega a la estación se dirige a una tienducha y compra limones y sal, en seguida se mete al hotel Imperial, donde se aloja.

En la década de los cincuenta, el hotel Imperial cayó en franca decadencia pasando a ser un hotel de tercera categoría, bueno únicamente para alojar a campesinos, viajeros de comercio en derrota, pirujas y estudiantes pobretones.

A esta última categoría pertenece el grupo de pasantes de química que tiene el hotel como sede durante el inicio de su virtualmente primer empleo de tipo profesional: verificadores de la calidad del azúcar por cuenta de la Secretaría de Industria y Comercio.

Se encuentran reunidos en el cuarto donde se alojan dos de ellos, y están ateridos por el frío y fastidiados por la inactividad a que los condena la obligada espera del ingeniero Ballesteros, supervisor de la Secretaría, quien les ha anunciado su arribo para ese día con la nueva de traerles su primera quincena que se encuentra atrasada ya. De la llegada oportuna de los cheques depende que vayan o no al Carnaval Jarocho que se inició ya precisamente ese viernes 13 de febrero de 1953.

Al entrar al cuarto es recibido con ansiosas preguntas acerca de su misión, para las cuales tiene una sola respuesta:

–El Jorobado de Oro no ha llegado, pero está en Tehuacán y habló al hotel Manzur anunciando que vendrá en el curso del día.

–Como a él le pagan puntualmente –menciona iracundo Roberto “El Cabrilla”.

–Pero traje la botella –los consuela el recién llegado.

–Sólo nos hubiera faltado eso para completar este hermosísimo día; ¡qué se te hubiera olvidado!

Abren la botella y traen vasos de otro cuarto, cortan cuidadosamente los limones, colocan sal al alcance de todos.

Es de mañana y las perspectivas para el resto del día son sombrías; ninguno de los ahí presentes distingue entre un caballo y un alfil, para ellos el ajedrez es juego prohibido. Dominan los naipes y el cubilete, pero jugar de a pellizco no ofrece atractivos y sus pláticas naturalmente siempre versan sobre temas fáciles como el trabajo, la escuela o las chicas. La perspectiva del próximo Carnaval los tiene impacientes, al menos la mitad nunca ha estado en uno. Las primeras copas tienen la virtud de tocarles la fibra de la nostalgia y poco a poco las lenguas se van soltando para pintar escenas que por lo frescas los enternece como a unos imbéciles, ya en ocasiones están a punto de reventar de la risa y ya en otras se

abstraen en recuerdos personales poniendo cara de estúpidos.

—¿Te acuerdas —dice sonriente el Cabrilla a Armando cuando incendiamos el manteado del Casino Veracruzano?—

—¡Ah sí! —responde éste con regocijo— y que agarrón le dieron al imbécil del Peso.

—Las pinches viejas corrían como locas —tercia Hugo.

—Sí cabrones —recuerda José apodado el Colas— y ni cuenta se daban cuando ustedes les agarraban las nalgas o las chichis.

—Cuéntame mejor cuando la razia en los Eloínes, cuando se llevaron a la Coneja al Carmen —pide el Colas— ya que aún cuando he oído hablar del asunto, no estoy bien informado.

—Este pendejo —lo apostrofa Armando— nunca se juntó con nosotros y ahora quiere que le contemos lo que seguramente le causa envidia no haber vivido.

—Bueno, no sean cabrones, cuéntenme como estuvo eso —insiste.

—Vas a ver —accede Armando— estábamos el Flaco Mena, el Peso, el Cabrilla, la Coneja y yo, todos bien pedos. ¡Ah! también estaba el Pájaro; eran como las dos de la madrugada y el ambiente estaba a todísima madre. Batamba y Choco bien mariguanos estaban tocando un bembé de maravilla, nos acompañaban tres golfas que habíamos ligado ahí mismo y que estaban tanto o más borrachas que nosotros. El hijo de la chingada del Pájaro le pidió a Batamba un pegue de la verde y les dio las tres a las golfas. El pendejo de la Coneja tomó la colilla y para impresionarnos se la fumó. Entonces una de las golfas se empezó a desnudar y quería hacer un *strip tease*, pero el Flaco no la dejó levantarse, la corrió para lo más oscuro de nuestra mesa y ahí la acabó de encuear. Al pendejo de la Coneja se le cruzó la mota y se

puso el vestido de la vieja. El Flaco se la quería coger ahí, pero las otras dos se opusieron y entonces el Flaco se encabronó y se levantó. Desde hacía un rato nos había estado chingando con un pinche gringo que llevaba dos güeras, ¡pero cueros! y quería quitarle una, la mejor; fue a donde estaba el gringo y le jaló una vieja. El cabrón del gringo, borracho y nada pendejo, se paró como chingadazo. Yo estaba observando al Flaco que ustedes ya saben es alto, ¡pues el gringo le sacaba por lo menos una cabeza! Empezaron de inmediato los chingadazos, tuve que jalar de los pelos al Pájaro, el cual no veía ni oía otra cosa ni quería saber más que mamarle los senos a la encuerada, lo mismo que tú cabrón (dirigiéndose al Cabrilla) que la estabas dedeando, y junto con el Peso y la Coneja que olvidó quitarse el vestido, nos fuimos tras el gringo, que resultó ser nada menos que Gary Cooper, al cual le dimos la paliza de su vida, —Armando hace una pausa para empujarse una copa de tequila, ocasión que aprovecha el Cabrilla para proseguir el delicioso relato:

—Entonces llegó la policía repartiendo macanazos para imponer el orden. Todos nos pudimos zafar menos la Coneja, que se atoró con el vestido y lo agarraron. Al prenderse las luces directas, había también cinco putos vestidos de mujer y pintados. Naturalmente a ese pendejo lo formaron con ellos ¡y al Carmen! Los cabrones periodistas que llegaron los bautizaron a su capricho y a la Coneja le pusieron “La Morocha”.

—Le avisamos por teléfono a su padre —continúa alegremente Armando— y llegó muy temprano a sacarlo, pero los hijos de su puta madre de los policías, no dejaban que los putos se quitaran los vestidos, y cuando llegó el pinche viejo se encontró a su hijo vestido de mujer y todo el mundo le decía la Morocha, ¡esa Morocha a la reja con todo y chivas! Órale Morocha, ay le habla su novio! Ándale Morocha, Mo-

rochita, regálame un cigarro; el pobre señor azorado contempló las fachas de su hijo, no acertaba a pronunciar palabra, hasta que por fin poniéndose lívido de vergüenza, dijo: “Rediez, que por aquí no hay quién sea mi hijo” y dándose media vuelta salió lo más rápido que pudo en medio de las chifletas de los detenidos. Al fin tuvimos que ir a sacarlo más tarde.

—¿Pero después?... —apunta el Colas.

—Tú ni fuiste, pendejo, ni hables —le increpa de improviso Armando.

La actitud de Armando confirma lo que ya se sabe de él; cuando se le trepan las copas se pone imposible de altanero, siempre está en un tris de armar una bronca con sus amigos, pero con los desconocidos que aciertan a encontrarse presentes, es casi seguro que la arma y se le desencadena el bruto, el hombre de las cavernas cuya obsesión es golpear, demoler, destruir, no importa por qué ni en dónde, sin embargo no se puede decir que enloquece, más bien que fermenta en él un espíritu de imitación hacia personalidades negativas del cine, villanos del Oeste o de las ciudades, en la interpretación de vendavales humanos que todo lo arrasan y todo lo pueden. Por eso le dicen “El Armando Broncas”.

En realidad, él mismo está consciente de que su actitud no es más que una interpretación escénica, en la cual es admirado por un público que son sus amigos y que no pocas veces arrastra a sus aventuras. Hacer lo que la mayoría de las gentes sobrias o borrachas no se atreven, destacar firmemente en el conjunto en que se mueve, dejar boquiabiertas a las chicas con su audacia y a los amigos con su valor, esa es su meta, ese su triunfo. Producto de la clase media trata a toda costa de alcanzar niveles superiores y cuando sobrio, frecuenta amigos hijos de ricos, los cuales desde luego se sienten felices de alternar con una celebridad como él. No es

mal parecido, de estatura mediana y complexión atlética, por su modo de ser le dicen además el “Chico Malo” del equipo de futbol americano de la UNAM. Hugo prosigue muy animado:

—Después de aquel juego de campeonato de intermedia en Monterrey contra los del Tec, fuimos al hotel, todos estábamos encabronados y decidimos ir con las putas, algunos se fueron a la “zona”, este hijo de la chingada (señalando a Armando) este otro (señala al Cabrilla) el Flaco, el Peso, el Guayabo, la Coneja, el Pájaro y yo, a instancias de este último que conocía bien los burdeles de la ciudad, nos fuimos al mejor, donde era muy bien recibido y donde seguramente nos atenderían como a príncipes. Como siempre, el dinero escaseaba y el que lo llevaba no quería gastarlo.

Hacia un calor de la chingada y nos prepararon una mesita en el patio que muy pronto estuvo colmada de botellas de whiskey y botana. De inmediato se nos arrimaron las putas, que a decir verdad, estaban a toda madre, “Cariño —me dijo una güera estupenda— me das un cigarro”, aunque el pretexto para acercárseme era tan viejo como el vicio de fumar, la güera me gustó y la senté conmigo, enseguida enseñó el cobre “no me gusta el guisqui amorcito, quiero un coñac”

—Pide lo que quieras primor, no hay problema —claro está que yo sabía que iba a fichar tragando cognac falsificado en cantidades industriales, pero no me importaba pues veía a los muchachos hacer lo mismo, por lo que deduje que la cosa iba a ser corrida. Aunque molido por el juego, pensé que la güera estaba muy bien, y decidí que me ocuparía con ella, para lo cual inicié el trabajo ímprobo de calentarla con el único objeto de calentarme yo.

Hugo, sin ser precisamente un muchacho brillante en sus estudios (ninguno de los de ahí reunidos lo son), pasa mal que bien sus materias y al igual que los demás, atraído por el

señuelo del dorado que nos pintó la Coneja, ha aceptado el nombramiento de Químico Calificador de azúcar (Califa como más tarde se autollamaran) con la esperanza de hacerse de unos centavos transando calidades con los ingenios. Su origen es también modesto, hijo de ferrocarrilero, miembro de una familia numerosa, lucha por salir del medio en que siempre ha vivido y aparentemente lo consigue cuando se encuentra en el círculo de sus amistades de la escuela. Sin embargo, al igual que los demás se ha amoldado a un modo de ser totalmente vacío. Se mueve en un ambiente donde todos imitan a todos pero él posiblemente es el más imitador, ya que no aporta nada nuevo a los modismos, costumbres o simplemente bromas que los demás aceptan. Al igual que todos ellos, se puede contar con él para una parranda, para un favor sin importancia, pero jamás se presta a un acto de verdadera amistad. Es un tipo feo, con algo de simiesco en sus facciones pero posee una ruda complexión atlética.

La concurrencia revierte al escuchar estruendosa cargada cuando Hugo dice:

—Acababa de ocuparme por segunda vez con la güera, que aunque descubrí que tenía los senos caídos, de todos modos sabía su oficio, y ya ella me estaba cobrando el importe de los dos palos, “Son ciento cincuenta querido” allí abajo te los doy, le contesté; “No dámelos de una vez, que tengo que pagar cincuenta de la recámara”; vi que estaba disolviendo su permanganato en el irrigador. “Ahorita que salgas de lavarte te los doy” le prometí: “ándale pues”, dijo y se metió al baño a lavarse el mono, que por cierto, se lo había dejado bien sucio. Dejó la puerta entornada y yo me asomé a espiarla. Como lo esperaba, ella me ordenó cerrar, por lo que así lo hice, pero la atranqué por fuera y salí al patio a avisarles a los muchachos que la puta ya me estaba cobrando y que no iba a pagarle. Casi todos se habían ocupado ya.

pero como ellas no habían recibido su lana, todas tenían una cara de la chingada. El portero cerró la puerta con llave para no dejarnos salir, entonces ya descaradamente nos levantamos y éste cabrón (señalando a Armando) cargó contra la puerta arrancándola al primer golpe: la madrota gritaba, los meseros nos querían detener y nosotros los golpeábamos, las putas se nos colgaron de la ropa para no dejarnos ir y a cabronazos nos desembarazamos de ellas, el Pájaro, el Pelón Barragán y no sé quién más no alcanzaron a salir y huyeron por una casa vecina saltándose por el jardín. Hasta balazos les tiraron.

—¡Pendejo! —exclama despectivamente el Cabrilla mientras apura su copa de tequila— el mejor burdelazo lo dimos en Boturini —agrega.

—¿Donde había *show*? —inquire el Colas.

—Exactamente.

—¿Quiénes iban?

—Iban Pipo, Pancho Garcia, Toño Alvarado y yo. Llegamos a la hora del cinito, recuerdo que costaba la función cinco pesos, por supuesto ya íbamos bien mamados, y también en esa ocasión íbamos dispuestos a no pagar un peso para coger.

—¿Qué películas exhibían ese día? —pregunta el Colas anhelante.

—Exhibían la de la gitana que se metía un plátano y luego se la cogía el gitano, la de la vieja que se dejaba coger por un perro, la de los cazadores que se encuentran en el bosque a dos viejas haciendo tortillas y ellos se las cogen, y la del ladrón que tiene que cogerse a un vejestorio cuando es sorprendido robando.

—¿Cuándo viene lo del *show*?

—Luego viene; como recordarán, enseguida del cinito retiraban la pantalla y sacaban un sofá para el *show*; éste era

gratis y su finalidad era calentar a los parroquianos para que se ocuparan enseguida; además que así el burdel cobraba fama y categoría. Nos sentamos tranquilamente a verlo teniendo en la mano nuestro vino y entonces el encargado anunció la primera parte: tortillas a cargo de las dos mejores putas del local, a mí francamente el asunto no me atraía, pero Pipo y Pancho García se comían con los ojos el espectáculo. Después de que se estuvieron sobando y restregando un buen rato, aparentando un placer que estaban muy lejos de sentir, se separaron y el encargado pidió un voluntario que se dejara cachondear por las putas y cuyo premio consistía en coger gratis, pero delante del público. El Cabrilla hace una pausa para echarse otra de tequila y aprovecha para ir al baño y dejarlos con el suspenso; en realidad Roberto es el más equilibrado de los ahí presentes, los acompaña siempre en sus juergas y aventuras pero no gusta de llegar a los extremos; a la par que con el tiempo los demás exageran su conducta, él se percata de la realidad y toma la vida más en serio. Sin salirse de su modo de ser, sabe infundir en quienes lo rodean un ambiente de alegría y animosidad pegajosa que lo convierte en elemento indispensable de toda reunión; de estatura mediana, cara más bien alargada, moreno claro, no mal parecido. Tuvo en el Colas su más fiel imitador.

—No acababa el encargado de pedir al voluntario, cuando ya Pancho García estaba junto al sofá. Una le quitó los zapatos y calcetines, otra la camisa y para poner un poco de suspenso a la escena, le dejaron los pantalones, desabrochando únicamente la bragueta. Recuerden que las dos putas se hallaban encueradas, lo recostaron en medio de las dos y empezaron a acariciarlo lentamente, una de ellas le empezó a hurgar la verga con el objeto de entiesársela y otra a acariciarlo y besarlo por la espalda. Pasado un buen rato de estos

arrumacos entre las dos le zafaron los pantalones y siguieron las caricias hasta que perfectamente erecta, Pancho, mostró su verga. El público ya excitado, empezó a pedir a las rameras “un solo de clarinete” entonces una de ellas hundió su cabeza entre las piernas de Pancho. Esto motivó una oleada de gritos eróticos y los más calientes, entre ellos nosotros, arrimamos nuestras sillas para ver de cerca la faena. Entre tanto la otra restregaba su sexo en las piernas de Pancho el cual todavía estaba en actitud pasiva. Nos encontrábamos a un metro del espectáculo y podíamos ver como Pancho se estremecía de placer próximo ya al orgasmo, por lo que instamos a la “clarinetista” que lo dejara descansar; al incorporarse ella, Pancho se acababa solo y entonces tomó la iniciativa por su cuenta, ofreciéndonos un espectáculo digno de París. Se desentendió de la otra puta la cual hizo mutis y se colocó en posición de 69 (Pancho García conocía sesenta y nueve posiciones para el acto sexual, la única que no había practicado en su vida era la normal); ¡Los parroquianos aullaban emocionados!, con suma maestría fue buscando con la lengua el gastado clítoris de la ramera y luego que lo encontró lo empezó a trabajar de un modo tan experimentado, que la hetaira puso los ojos en blanco del placer tan inusitado y salvaje que sentía; a Pipo se le salían los ojos de las órbitas no dando crédito a lo que veía pues según él, ese trabajo nadie lo practicaba con su perfección; trayendo entonces una servilleta que se puso a modo de babero, exclamó, colérico: “Este socio me esta acomplejando” y puesto que en ese momento la dama ocupaba la posición de arriba, abriéndole las nalgas, Pipo le buscó el ano y con la lengua ejecutó un beso negro, que ha quedado en la historia de la crápula como el mejor ejecutado en México por individuo alguno. Naturalmente, la puta se desmayó del intenso placer doblemente provocado y hasta

la madrota del burdel, emocionada y con lágrimas en los ojos, nos ofreció bebida gratis y un sueldo por si queríamos hacernos cargo para siempre del show; Pancho iba ya a decir que sí, pero Pipo y yo lo convencimos de que eso era acorrientarse y solamente le aceptamos la bebida prometida para ese momento. De cualquier manera, la madrota agradecida —pues nuestra actuación le daba prestigio a la casa—, nos mandó cuatro putas completamente gratuitas con la condición de que les echáramos solamente un palo, ya que esa noche la clientela estaba enardecida y ni las recámaras ni las putas daban abasto.

En el fondo late siempre el impulso de hacer las cosas prohibidas, sobre todo aquellas relacionadas con el sexo, también quisieras robar doscientos millones a un banco pero te detiene no tu conciencia, que te lo previene como algo incorrecto, sino el temor a perder la vida en el asalto o a pasar una veintena de años en chinga si te atrapan, y ni la dorada perspectiva de comodidades y placeres que se te presenta hace que te olvides de los dos peligros nombrados. Pero con el sexo es distinto; primero, la prohibición es implícita y salvo el adulterio y la violación, para lo demás no hay castigo; segundo, la conciencia se debilita notablemente a medida que el deseo sexual crece, de ahí que solamente conciencias superdotadas resisten la terrible tentación de saber que se siente al practicar un *cunilingus* doble o una *fellatio*.

Los hipócritas, gazmoños y otros que por conveniencia propia jamás aceptan haber practicado un refinamiento sexual en su vida, son víctimas del subconsciente al declarar su pureza, éste les juega una mala pasada haciendo llegar a su boca el sabor *sui generis* del último clitoris que ensalivaron.

—¿Es malo lo que acaba de contar Roberto?

—No.

El famoso sesenta y nueve no produce el cáncer, ni la cirrosis, ni la pulmonía, ni la sífilis, arterioesclerosis, poliomeilitis, tuberculosis, ni el infarto, sarampión, mal de ojos, mal de pinto, bocio, lumbago, no causa hábito pernicioso ni embota los sentidos ni debilita el organismo ni lleva a la tumba. Ayuda a que la población del mundo no crezca tan desmesuradamente aprisa. Hugo ha pedido al Colas que relate algo, mientras el Cabrilla regresa con más tequila.

—Historias de burdeles y de broncas, como en las que ustedes han participado, mucho temo que no pueda contarlas, porque en realidad el grupo de amigos con los que me junto en México, no somos afectos a ello —sostiene con énfasis.

—Porque son un montón de desnutridos y nunca traen un peso en la bolsa —recalca el Armando Broncas.

—Tal vez —reconoce el Colas con acritud y visiblemente molesto por lo dicho por Armando, que precisamente arde por ser cierto— pero te aseguro que aún cuando nosotros no andamos golpeando a Juan de la chingada ni cogiéndonos cuanta vieja pasa a nuestro lado, hacemos e hicimos hazañas de más categoría que las de ustedes.

—¿Y a qué llamas tú mas categoría? ¡Imbécil! —replica Armando despectivo.

—Por ejemplo, en 1950, juramos no pagar la entrada durante todo ese año, en ningún espectáculo, fuera de la índole que fuera; ya sé y no me interrumpas, que ustedes también han entrado sin pagar a muchas partes, pero lo han hecho la mayor parte de las veces empleando la fuerza bruta, y ocasionalmente; pero planeado y llevado a cabo con sistema, como nosotros lo hicimos ¡eso nunca! y menos durante todo un año.

—Pendejadas, —comenta despectivo Armando.

—Ya verás tú si lo son; todo comenzó cuando el Viejo, abominablemente enamorado de una chica de Artes Plásticas, chica que tú, estúpido, no conociste, como tampoco conociste el ambiente de Prepa, cosa por la cual desmereces notablemente, ya que el tipo que no estuvo en Prepa en esa época no puede decir que ha vivido su vida completa, ¿verdad muchachos?

—Claro —afirman los demás, incluyendo al Cabrilla quien ha entrado cuando el Colas termina su ameno relato y aprovecha para nuevas copas, cortar los limones, espolvorear sal y finalmente, empujarse un buen trago, con grandes demostraciones y exclamaciones clásicas del bebedor de tequila.

Maldiciendo al Norte y al retraso del Jorobado de Oro, factores que quizá les impidan ir al Carnaval, prosigue el Colas

—Decía que el Viejo, abominablemente enamorado de esta chica, supo que acudiría al Gran Baile Anual de Máscaras de la Academia de San Carlos, baile cuya entrada costaba cincuenta pesos, pero que lo mismo daba costara cinco mil o cinco millones, la suma era para su siempre roto bolsillo, fabulosa. Pero, razonando con lógica después de mesarse los cabellos por falta de recursos, pensó atinadamente que había muchos medios para ir al dichoso baile sin necesidad de gastar tan enorme suma, y para el efecto, consiguió aquí y allí que le prestaran ropa adecuada; quien le prestó el traje negro, quien más la corbata de moño, aquel los zapatos de charol y otro más la camisa de etiqueta; pero para qué aburrirles con detalles, básteles saber que por una casa vecina brincó a la azotea de la Academia y de ahí, tras mucho batallar con las puertas clausuradas, al fin pudo abrirse paso y ver de cerca a su amada.

—¡Bailó toda la noche con ella! —concluye el Cabrilla emocionado.

—Ni una sola pieza, lo odiaba sinceramente —aclara el Colas— tal vez lo despreciaba nada más, el caso es que cuando le pidió la pieza, ella con su voz suave, pastosa y mirándolo desde el fondo de sus ojos, en los cuales apareció brillando una lucecita de burla, una lucecita maliciosa de revancha cumplida le dijo: ¡no!, simple y llanamente.

—Por supuesto, —tercia Hugo— el Viejo la pateó allí mismo.

—¿Patearías tú a tu madre?

—No, desde luego.

—¿El Viejo patearía a su madre?

—Me parece que tampoco.

—Pues menos iba a patear a Martha, de la cual estaba terrible y repugnantemente enamorado; pero eso fue el principio, días más tarde, el Viejo nos hacía una descripción entusiasta de dicho baile y de la forma como se introdujo. Contagiados del entusiasmo agarramos la onda y, en la temporada de posadas, nos dedicamos a colarnos a las mejores, y más tarde para el año siguiente, fue todo dedicarnos en un afán de superación a deslizarnos en todas partes: cines, teatros, espectáculos deportivos, bailes, kermesses y hasta a conciertos; en este renglón quien más destacó fue el Viejo al cual le entró de pronto una afición a la ópera y música sinfónica, que afortunadamente no nos contagió a nosotros. Nuestra palomilla empezó a crecer, pero los de planta éramos el Huévero, el Viejo, el Negro Becerra, el Cuino Marín, el Gordo Flores, Sarti, Alvaro y yo. Además se nos unían en ocasiones diversos tipos. Nuestra apoteosis la tuvimos cuando llegó a México, Pérez Prado, el Rey del Mambo. Recuerdo que debutó en el salón Brasil, un domingo por la

tarde como los novilleros, y en la batahola que se armó al entrar, nosotros nos colamos limpiamente, avanzó hasta el estrado donde ya lo esperaba su orquesta y atacó decidido los compases de "Que rico el Mambo", y ahí mismo estrenó uno tras otro, varios de los mambos que más tarde lo harían famoso en el mundo entero, Mambo Núm. 8, Mambo en Sax, Mambo Núm. 5, etc.; después de la ejecución de cada pieza, el público pedía su autógrafo a Dámaso. Él usaba una boina vasca, la cual se quitó y escribiendo en el forro su firma, la aventó al público de la pista. La gente se atropellaba por obtenerla, luego se quitó la corbata, más tarde la camisa y al final calcetines y zapatos corrieron la misma suerte. Fue una apoteosis completa; lo adoptamos como Tío de la palomilla y le caímos en gracia, esa particularidad motivó que se acordara de nosotros más tarde. A partir de entonces y durante todo el tiempo que Pérez Prado estuvo en México no faltábamos a ninguno de los bailes donde él tocaba y por lo menos asistíamos tres o cuatro veces a la semana al Teatro Margo, donde todas las noches constituía el número más fuerte del espectáculo. Naturalmente, no pagábamos.

Interrumpe el Colas su relato y se entretiene en cortar más limones. Armando aprovecha la pausa para decir:

—Tu cuento es como para adormecer bebés y mandarlos a la cama y antes que sigas con tus ñoñerías y se me vaya la onda, les voy a contar una anécdota corta pero sustanciosa, un sucedido a nuestro amigo el Pájaro, quien ya debe estar en Veracruz, uno de tantos, que de esos posee un acervo fabuloso:

—Por ejemplo, aquel que oí una vez de labios del Pájaro, quien casi con lágrimas en los ojos, producidas por su estrepitosa y sarcástica risa, relataba cómo estando en una ocasión junto con Pipo en el cine cachondeando a una estudiante de la escuela llamada Flor, él trabajando con los

dedos índice y anular el clítoris de ella a la vez que le besaba la oreja derecha y Pipó del otro lado, con la mano izquierda acariciando los senos y besando la oreja izquierda. Ella besaba ya a uno ya a otro, con lo cual la saliva circulaba de continuo por las tres bocas. La chica estaba que ardía por los cachondos frotos del Pájaro y su respiración se iba haciendo cada vez más entrecortada y anhelante; Pipó notó que la chica iba a “venirse” por lo que decidió aumentarle el placer y con su mano derecha tanteó las nalgas de ella introduciendo su dedo anular suave pero firmemente por el ano. Efectivamente ella sintió un placer que parecía que el mundo se le venía encima, pero (he aquí donde el Pájaro se desternillaba de risa) lo malo era que andaba un poco suelta de los intestinos, en el mismo momento del deleite exoneró un buen chorro de mierdaapestosa, de la cual gran parte quedó en la mano de Pipó y éste se puso furioso y así, con la mano escuiriendo cagada, cacheteó inmisericorde a la pobre Flor que poco se había dado cuenta de lo sucedido.

Antes de continuar y carcajeándose, el Colas se acerca a la cama y jalando la colcha quita la cobija y se enrolla en ella para combatir el frío con mas efectividad, enseguida prosigue:

—Nuestra técnica para entrar al cine sin pagar tal vez era vieja, y por eso mismo se había dejado de usar durante muchos años, pero nosotros la desempolvamos y la pusimos de moda nuevamente; siempre en número de dos y excepcionalmente de tres, aprovechábamos el lapso del intermedio, precisamente cuando estaba saliendo más gente y fingiendo una aflicción aguda, acudíamos con el que recoge los boletos a rogarle nos permitiera la entrada pues acabábamos de dejar olvidada nuestra Anatomía (en tiempo de secas) o nuestras gabardinas (en tiempo de lluvias), si dicho empleado nos pedía depositáramos el valor del boleto con él, nues-

tra angustia crecía y se le hacía ver que no teníamos ya ni quinto; a veces accedía pronto a dejarnos pasar, en ocasiones, receloso solamente dejaba entrar a uno y el que a la puerta se quedaba, discretamente se ponía a ver los cartelones y poco a poco se esfumaba; así, con ligeras variantes casi siempre lográbamos nuestro objetivo, sin embargo, pasados unos meses las dificultades se fueron haciendo cada vez más y más fuertes y a veces unos a veces otros, éramos rechazados en la entrada. Entonces vino nuestra segunda grilla, la cual consistía en las clásicas “gracias” las que dábamos al entrar llevando ostensiblemente en la mano un helado, un paquete de palomitas, de cigarros o de chocolates, los cuales se suponía acabábamos de salir a comprar; también esta grilla comenzó a quemarse y pusimos en práctica la tercera: entrábamos de prisa y con una ancha sonrisa en la boca, saludábamos a la pasadita a cualquiera de los empleados de la puerta colándonos entre la gente que salía y sin hacer caso alguno “espere” u “oiga” que se nos gritaba a destiempo para desgracia de ellos. Y al final, ya cuando ni esta argucia nos daba resultado, acudimos a las puertas de escape, los domingos cuando había mucho público y era menester desalojar la sala rápidamente, estas se abrían en el intermedio y entonces nos confundíamos entre el gentío y a poco estábamos muy cómodos instalados disfrutando de la película.

Otro de los espectáculos en los que por sistema no pagábamos la entrada, era el fútbol americano, del cual nos ingeniábamos por medio de los boletos, que, como ustedes saben muy bien son largos como los de los toros y con un talón desprendible. Con las prisas de la entrada, los recogedores, apenas franqueada la puerta, tiraban al suelo los pedazos que les quedaban en las manos, pedazos que uno de nosotros o algún amigo que ya estaba adentro, levantaba y

nos daba por alguna reja solitaria; entonces armábamos con los mejores trozos, boletos cuya diferencia estaba en el número de serie, pero en el cual desde luego, no se iban a andar fijando los recogedores y de esa manera siempre entrábamos tranquilamente.

Pero en lo que hicimos una verdadera especialidad fue en la entrada al teatro Margo; al principio Pérez Prado nos obsequiaba con pases que escribía en una página de agenda, de algún cuaderno nuestro, en un boleto de camión, en una servilleta, ¡en lo que fuera! y eran perfectamente admitidos en el pórtico de entrada. Presumíamos con nuestros pases a los compañeros (inclusive ustedes llegaron en varias ocasiones a servirse de ellos), pero no siempre podíamos localizar a tiempo a Dámaso y algunas veces tuvimos que regresarnos a casa. Fue el Viejo quien tuvo la brillante idea de falsificar los pases y utilizando uno que Dámaso había escrito en su cuaderno de Físico-Química, empezó a calcarlos y ya después fue tanta su práctica, que sin necesidad de tener la firma a la vista, expedía pases como expedir programas, todos buenos. Así asistimos a los estrenos de más mambos, el de la Universidad, el del Ruletero, el de la Chulalinda, mambo a la Kenton, etcétera. Éramos la más entusiasta porra que tuvo alguna vez artista en México. Decididamente, la época de Pérez Prado fue para nosotros ¡a toda madre!

—Me acuerdo —dice el Cabrilla— aquella vez que fuimos con ustedes al Margo cuando como fin de fiesta invitaron a los presentes a bailar con las vedettes en el escenario.

—¡Ah sí! —se vanagloria el Colas— algunas semanas de la temporada se montó ese número y mientras duró, nosotros íbamos casi a diario y éramos los primeros que nos aventábamos a las tablas; duró bastante tiempo eso, hasta que el Huévoro, que siempre se ponía al lado de Kippy Casado, le dió por ejecutar un paso que nos había enseñado el Chicharo

y que consistía en principio en acercar la lengua lo más posible a las nalgas de la pareja, ejecutando a la vez un movimiento de rotación de ella alrededor de él y el como centro, sacando unos ojos de poseído.

–Ese paso se lo vi una vez al Viejo –afirma el Cabrilla.

–De entre nosotros, solamente el Huévero y el Viejo lo ejecutaban y eso nada más en “La Playa”, pero esa vez, viendo el Huévero tan guapa y tan buenota a Kippy, no se contuvo. La galería festejó ruidosamente el paso y exigió que saliera María Victoria a bailar con el Huévero, pues con esos vestidos ajustaditos que usaba y la nalga tan parada que ponía, saldría más lucido el asunto. Pero la cantante del puñado no estaba y se armó un escándalo tremendo, nosotros bajamos del escenario y el Huévero quedó en escena pues el público así lo exigía. Finalmente el animador llevó al Huévero tras las bambalinas y para calmar a la Gayola, salieron las Dolly Sisters a bailar mambo con él.

Esa fue la última vez que el público subió a bailar a escena. Todos se ponen a comentar al unísono la época del mambo, que recién esta muriendo y aprovechan para seguir saboreando el tequila, cada vez más sabroso. Vuelven a increpar al Norte y al supervisor Ballesteros. Ya ven difícil ir al Carnaval.

–Volviendo a los Eloines, donde pasamos noches muy buenas –farfulla Armando muy borracho después que regresa de la administración a donde ha ido a preguntar por teléfono si ya había llegado el Jorobado de Oro–. las mejores noches del México nocturno, me acuerdo de aquella vez en que el estúpido de Pancho García la regó con las viejas del Ballet de Walter Nicks.

–¡Pero que hombre tan imbécil era ese Pancho! –interrumpe Roberto iracundo.

—Las ligamos también en el Eloines, después de la función del Lírico; todo el mundo empezó a tomar y como siempre, nadie llevaba un peso.

—Nadie llevaba feria —reconoce Hugo con voz placentera.

—Por ahí de las tres y media, ya estaban borrachas y aceptaron que fuéramos a su depa, pero nosotros nos hacíamos pendejos con la cuenta y entonces ellas pagaron —dice Armando.

—Y ese estúpido de Pancho, pensó que por carita y güerito las iba a poder padrotear y apenas saliendo les exigió cincuenta pesos para comprarse unos carrujos de mota en Garibaldi —añade el Cabrilla.

—¡Eran unas negras divinas! —corta Hugo radiante.

—Pero no pendejas, apenas si entendían el español; Pancho les gritaba ¡money!, ¡money!, y la que las dirigía se negó a dárselo, entonces éste se enfureció y quiso pegarles y que se asustan.

Las remembranzas del gracioso lance las hacían alternadas, los tres habían estado en él.

—Hasta que el Flaco Mena agarró a Pancho, lo cacheteó y a empujones lo metió a los Eloines.

—¡Otro poco y se nos van vivas!

—El Flaco, en su mal inglés, tuvo que explicarles que era un pobre tarado a quien ni conocíamos.

Hugo, ya con la insistencia del beodo repite enfáticamente:

—¡Pero que imbécil era ese Pancho García!

—Este cabrón frío —dice Armando manifiestamente borracho—, me recuerda una vez que el Pájaro y yo estábamos en México con una onda fría de la puta madre, y decidimos irnos para Acapulco, pero de luna de miel. Fuimos al Río Rosa por un par de putillas conocidas nuestras y a las que les

prometimos pagarles una cabeza grande por el fin de semana a cada una. Naturalmente que aceptaron contentísimas y nos fuimos en un carro que traía el Pájaro, propiedad del "Picudo" Murillo, un primo suyo de Jalapa. Nos hospedamos en el Hotel Club de Caza y Pesca, ellas llevaron sus mejores garritas y les prohibimos hablar en el hotel para que no se les fuera a notar lo putas; nos dimos una vida de príncipes, nos registramos con el nombre de los imbéciles de Langarica y Dondé, ricos de la escuela cuyos apellidos eran muy conocidos y aquello sí que fue partir el queso, nos llevaban el desayuno a la cama, pedíamos lo mejor y exigíamos servicio eficiente y de altura. Si salíamos de pesca, que en realidad no era pesca tomar y coger en el mar, ¡que lo carguen a la cuenta!, en la tienda del hotel nos equipamos con unas camisitas muy buenas y hasta las putas compraron ropa; ¡cargadas a la cuenta!, una noche nos metimos al Bum Bum y fue eso tragar vino a lo jijo de la chingada, las putas se empedaron de lo lindo y a la hora de pagar la cuenta, pues ni modo de cargarla como hacíamos en el hotel; entre el Pájaro y yo, sólo juntamos como ciento cincuenta pesos y alegábamos que la chequera estaba en el cuarto y que nos dejaran ir por ella. El encargado no cedía, nos ofendimos y llamamos a Barney, al cual le ofrecimos dejar algo en prenda para el otro día, relojes no, alegamos que se habían quedado en el casillero del hotel, que veníamos de la Playa.

¿Podría admitir mientras una llanta de refacción? allá afuera estaba el coche. El estúpido de Barney asintió, y allí fue el Pájaro por ella. Me cagaba de la risa cuando lo vi venir, bien pedo, rodando la puta llanta, que además de recubierta, traía dentro un huarache. Soltóla en medio de la pista ofendidísimo por lo que se le hacía. Al otro día dijimos, a primera hora vendríamos a rescatarla, y muy temprano, mientras las putas dormían la mona, y después de dejarlas

bien cogidas, hicimos un pequeño bulto con nuestra ropa y no paramos sino hasta México.

Según relata lo anterior, es tanta la gracia que le hace a Armando recordar su “acapulcazo”, que las lágrimas se le ruedan de la risa, y acompaña su relato con estentóreas carcajadas.

—Lo mejor fue, cuando los detectives del hotel agarraron a los dos imbéciles cuyos nombres habíamos dado y los hicieron pagar quisieran o no. Ja, ja, ja, ja!!!!

—¿Y las putas? —pregunta alguien.

—Las soltaron y se quedaron a trabajar en una “casa” de Acapulco para costearse el pasaje de regreso, ja, ja, ja, ja.

Contagiados por la hilaridad de Armando, y por la borrachera que a esas horas ya es de pronóstico reservado, todos irrumpen en risas a cual más fuerte y larga; después de un buen rato de reír a mandíbula batiente, se calman un tanto y Hugo toma la iniciativa:

—Eso me recuerda una cosa parecida, lo de Aurora Muñoz, la de Filosofía.

—¡Ah sí, cuéntaselos! —aprueba Armando.

—Esta pinche vieja ya me traía, riquilla, presumida y muy guapa. La hija de su puta madre ya me había dado varios cortones muy feos, por lo que decidí darle una lección y me arrastré ante ella, insistiendo en invitarla a comer varias veces. Al fin un día aceptó de mala gana, con el fin pensé, de darme un escarmiento, pero lo que no se imaginaba la pen-deja ésta que el escarmiento se lo iba a dar yo. Fuimos al Focolare y la infeliz se mandó pidiendo de lo más caro, ordené a mi vez vinos importados, a lo cual ella me miraba con un airecito que quería decir: “¡Este pobre idiota a quien cree que esta impresionando!” Terminábamos la comida y estábamos en lo del café y el coñaquito, cuando la providencia vino en mi ayuda para lograr la consumación perfecta de mi

venganza. Resulta que la tipa ve salir a unos amigos suyos y se levanta a saludarlos, momento de maravilla que aproveché para abrir disimuladamente su bolsa y “volarle” todo el dinero que traía, no era mucho, unos cincuenta pesos.

Al regresar le dije que me excusara un momento, que también yo había visto entrar a un amigo mío al bar y que lo saludaría en cosa de segundos. Fui al bar y como ella no se dignaba siquiera seguirme con la mirada, tranquilamente me fui a mi casa.

Nuevamente celebran alborozadísimos la feliz ocurrencia, el Colas se quita la cobija y se levanta agregando con gozo:

—Le ha de haber dado una diarrea pútrida, del puro coraje.

—Cuando me la volví a encontrar no me aguantaba la risa y en su chingada cara me carcajeaba —declara Hugo con risa placentera.

Por tercera vez los ataca un acceso de hilaridad que dura varios minutos, al fin, uno a uno van callando; el Colas continúa de pie, tiritando de frío.

—Este frío no se me quita con nada, esperen, tengo un remedio para combatirlo —anuncia contento.

Se acerca despacio al buró, que es de madera delgada, lo ve, lo estudia y le lanza un terrible puntapié que le deshace un costado, luego lo voltea y al grito de ¡¡chingue a su madre!! sorraja otra patada deshaciendo el otro lado. lo levanta y con las manos trata de separar las patas, pero estas se resisten, se voltea hacia los demás:

—¡Ayúdenme, cabrones!

Se incorporan y entre todos forcejean con el maltrecho mueble, hasta que lo reducen a trozos. Cuando una parte se resiste, se animan unos a otros maldiciendo al por mayor. El Colas junta los pedazos en el piso (es de mosaico) y sacando

la papelería oficial les prende fuego. Pronto hay una confortadora fogata, a cuyo alrededor se juntan calentándose las manos alegremente: pero no va a durar mucho el fuego, porque el mueble es chico, por lo que se levantan y la emprenden a patadas contra el ropero para hacer rajadas de leña. El Cabrilla también se acerca como de rayo a sacar la ropa antes de que vaya a parar al fuego y la lleva al cuarto de baño. Cuando regresa los encuentra a todos en la frenética tarea de reducir el ropero a astillas, cosa que logran en pocos minutos. Están felices de la vida calentándose y contando con una buena provisión de leña, cuando hace su aparición el administrador atraídos él y un mozo por el ruido y el humo que sale del cuarto:

—¿Qué pasa aquí? —se mesa los cabellos.

—Nada, véngase a calentar, viejo jijo de la chingada.

—Apaguen eso, que me van a quemar el hotel.

—No se quema, no esté chingando.

—Orita voy a llamar a la policía.

—Bueno, lo vamos a apagar, no haga tanto escándalo.

Alguien toma la jarra del agua y vierte el líquido sobre el fuego, éste chisporrotea y empieza a echar humo.

—Más agua.

Otro viaje con la jarra, más humo, más cenizas.

—¡Bueno ya lo estamos apagando, vete!

—Van a tener que pagar los muebles.

—Si hombre, pero vete.

El encargado no se va sino hasta no ver el fuego totalmente apagado y con una última advertencia se despide:

—Si no me pagan los muebles esta semana, los consigno por daños y perjuicios y solamente no los corro porque me deben ya mucho y me tienen que pagar hasta el último centavo.

—Si pero ya lárgate.

El hombre se da media vuelta hecho una furia, pero regresa un segundo después.

—Ni crean que les voy a mandar hacer la limpieza, ¡limpian ustedes!

—Ahorita le vamos a limpiar —sugiere Armando— ¡vas a ver de que manera!

Va al lavabo, tapa el desagüe, y abre todas las llaves, lo mismo hace en la tina de baño.

—El agua todo lo limpia —sentencia— ahora, vamos a otro lado.

El Jorobado de Oro, poco antes increpado en ausencia por su tardanza, los contempla desde el marco de la puerta mefistofélicamente y cuando lo descubren lo reciben felices al ver el abanico de cheques de la Tesorería destinado a ellos y lo ovacionan cuando los invita:

—Muchachos, el Norte no levanta, ¡vámonos todos a casa de la Paca, yo pago! —invita Ballesteros.

—¡ Y luego vámonos al Carnaval, con Norte o sin Norte! —grita el Armando Broncas loco de la alegría.

RON CUBILETE

Veloz, muy veloz marcha la caravana de la vida. Que ni uno solo de tus alientos sea exhalado sin experimentar un placer. ¿Para qué ocuparte del mañana de tus invitados? Ea, sírveme otra cuba, que la noche avanza.

A Lupiskaya y Lili Marlene

La gasolina gorgoreaba atropelladamente llenando el tanque del pequeño automóvil; el chofer veía el contador de la bomba. Una vez lleno el depósito, el empleado revisó el agua y el aceite, enseguida se puso a limpiar el parabrisas cuidadosamente.

Pagó Medrano y dio propina con largueza, dio vuelta al encendido del motor y arrancó con un gran ruido en el escape; la neblina y llovizna propias de Xalapa hicieron que entrara en la carretera con precaución tomando la ruta hacia Banderilla con lentitud y acelerando al llegar a las pequeñas rectas que se encuentran antes del cruce con el ferrocarril; luego empezó a ascender hacia Perote, a los dos o tres kilómetros de recorrido encontró algunos bancos densos de neblina y prefirió situarse tras de las luces posteriores de un automóvil que le precedía a una veintena de metros, faro guía inmejorable para salvar las curvas encadenadas interminablemente.

La difusa luz tenue filtrada a través de la neblina hacía suponer la inminente caída de la noche pero en realidad sólo eran las dos de la tarde, y Medrano mentalmente discurría acerca de lo engañosos que pueden ser a veces los sentidos.

Felipe Medrano era delgado, blanco, de pelo negro, cejijunto, nariz aguileña y bigote fino, encajaba perfectamente en el biotipo de gente bien parecida de los Altos de Jalisco,

de donde era oriundo. No mostraba gran pericia en la conducción y se hallaba algo nervioso.

Atravesó Medrano el pueblo de Acajete, convertido en un caserío fantasma cuyas señales de vida eran unas cuantas luces amarillentas que aparecían y desaparecían con rapidez por entre la niebla; continuó la subida con visibilidad cada metro menor.

Iba crudo Felipe Medrano y la tensión del manejo en esas condiciones aumentó su sed y su nerviosismo; con la mano derecha alcanzó una botella de ron que reposaba en el asiento contiguo y le dio un trago rápido. Se sintió mejor y echando un vistazo relámpago a la botella de etiqueta amarilla que nuevamente yacía en el asiento de cuero negro, esbozó una imperceptible sonrisa:

Asociación

Se habían vaciado muchas botellas de Ron Cubilete el día anterior por la noche en su casamiento por el civil, tizne y carbones quedaron en la fiesta, ennegrecidos montoncillos de huesos, el bajel, los velos y los remos reducidos a cenizas. Medrano pensaba que se había casado al fin, a la edad de 36 años por muchas razones: la primera, porque había encontrado la mujer ideal para hacerlo; antes conoció algunas, hasta más bonitas que ésta, sin embargo el “qué” y el “cuál” que hace preferir a una mujer de entre una docena o un ciento lo halló en la ahora su esposa y no en las otras. La segunda, porque al fin sus negocios habían llegado a un punto de estabilidad que permitía establecer un hogar decoroso.

Miró Medrano amorosamente al panel de instrumentos del coche y se sintió feliz. Correteaba aún las luces rojas de su ocasional guía y algunos desgarrones en la niebla le per-

mitían ver trozos de carretera mojada serpenteando entre bosques de coníferas.

Mujeres

Viéndolo bien, Medrano tenía poco de conocerla, apenas seis meses antes se la había presentado Elio en una fiesta en Martínez de la Torre; era algo así como una prima lejana que vivía en Xalapa. Le interesó desde un principio y la atracción fue mutua, descubrió afinidad en muchos gustos e ideas y... ¡qué caray!, no pudo contra ella, cacareó y se le aflemó el corazón. Rindió las armas que otros defendieron, las antiguas lanzas vencedoras, las rápidas navajas y escudos. Depuso todo cuanto era, vencido. Medrano ya no estaba para largos noviazgos ceremoniosos de adolescentes y a la tercera visita en Xalapa formalizaron el compromiso.

Sentía un poco de compasión Medrano por el dolor ocasionado a la viuda, tuvo que decírselo poco antes, haría una semana más o menos; ella ya se había hecho a la idea de amar a un solterón empedernido y debió de repetírselo:

–Sí, me caso –ratificó.

–¿Por qué? –se limitó a preguntar asombrada.

–Algún día me tenía que casar.

–¿Y yo?

–Bueno, si lo deseas te compraré tu parte del negocio.

–No me refiero a eso.

–Pues lo otro se acabó.

–¿La conozco?

–Sí, es la prima de Elio.

Sin duda alguna ella lo quería, mucho le ayudó en la administración del negocio y bastante lo había soportado en sus múltiples borracheras. No le armó ninguna escena violenta. Él ya lo esperaba, la conocía estoica y valiente y no dudó que aguantaría a pie firme.

—Pensaré lo del negocio —convino ella con voz agitada en donde se adivinaba el llanto inminente— ya te avisaré en un par de meses.

Se fue sin derramar una lágrima en su presencia para después a solas llorar su desesperación.

En la boda estuvieron presentes los amigos de Mahuixtlán, Independencia, Libertad y naturalmente, los Flores llevaron varias cajas de Cubilete.

La novia tenía 12 años menos que él y la viuda en cambio 10 más; la elección no fue difícil. La fiesta se prolongó demasiado y él tomó mucho.

Por fin el coche guía de Medrano encumbró y tras de algunas curvas llegaron a la pequeña recta de Las Vigas. Tenía una relativa visibilidad pues la neblina en ese tramo era menos densa, así que aceleró y a 70 Kph fácilmente rebasó levantando cortinas de agua pulverizada con sus llantas, dejó atrás Las Vigas y comenzó el descenso con curvas entre el bosque bajando la velocidad.

El despacho

Tenía Medrano un hermoso despacho, estaba orgulloso con él porque la decoración era idea suya y había resultado muy original.

Era céntrico, a media cuadra de Bucareli y a una y media de Reforma y sin embargo era barato porque tenía renta congelada.

Era muy pequeño; constaba de un recibidor, un estrecho pasillo a donde daba el baño y la cocina que ya no era cocina sino su recámara, y al fondo estaba su privado que tenía el mismo tamaño del recibidor. En realidad fue un minúsculo departamento que él había transformado en un elegante despacho alfombrado con el mejor material del mercado nacional.

En el recibidor había dos escritorios con sus máquinas de escribir y una de calcular. También estaban Hermila y Elena, sus dos secretarias, ambas muy jóvenes, ambas muy bonitas; Hermila un bibelot rubio, Elena con un rostro de gran parecido a la Loren. Había dos sofás modernos, de la línea "H", un librero y un par de archiveros metálicos; tenía las paredes materialmente tapizadas de óleos. El pequeño cuarto que fue la cocina era un minúsculo recibidor ajuareado con muebles de hule espuma que en la noche le servían de cama.

En la oficina habían más óleos, un aparato estereofónico, un televisor, un acuario y dos o tres mármoles de corte clásico comprados en un remate del Monte de Piedad.

No era Medrano un anacoreta precisamente, pero en la segunda mitad del año en que las actividades decaían por la naturaleza misma del negocio, no tenía necesidad de salir y por semanas permanecía en sus oficinas, donde se hallaba a sus enteras anchas. Era en esa época cuando pensaba más en su terruño jalisciense, en especial en su abuela. De su abuela heredó el amor por las flores, ella cultivaba un jardín precioso. En la cocina de humo la veía. Humo en el fulgor de su mirada clara. Cómo olvidar, doña Altagracia, el humo negro de tu trenza, el aroma dulzón de tu cigarro y las ollas hirvientes como soles que incandescían en su crisol de barro, planetas en sazón, nuestros frijoles.

A las nueve de la mañana llegaba Hermila, encargada de despertarlo por el interfono; ya sea crudo o no, se ponía su bata de seda y hacía que la rubia le llevara un café negro. Eso lo reanimaba y sin quitarse la bata Medrano iba al recibidor a ventilar algunos asuntos con ella. Como a las diez empezaban a llegar los amigos y clientes y entre las dos secretarias les ofrecían café, cerveza o cubas; si el ambiente se

ponía bueno, él entraba al festejo y si no, se retiraba a su privado a platicar u oír música.

Algunas veces, por la noche, cuando ya se habían ido las secretarias y quedaban los amigos de más confianza, Felipe Medrano llamaba por teléfono a un par de mujeres conocidas con las que remataban el festejo.

La neblina se iba haciendo más ligera y las curvas más escasas a medida que Medrano ascendía hacia Perote. Cuando llegó a esta población le atenaceaba la sed, por lo que se detuvo en una tienda a comprar un refresco. Al bajar de su auto el intenso frío y la llovizna le azotaron el rostro y se apresuró a comprar una *Cocacola* grande de la cual derramó la mitad del líquido y lo substituyó con ron; enseguida Medrano se acomodó en su auto, apuró un buen trago, aseguró la botella y arrancó de nueva cuenta.

El paisaje iba cambiando y el clima también. A un par de kilómetros adelante de Perote cesó la lluvia y las nubes fueron quedando más hacia arriba; entró acelerando a un columpio y, al llegar a la cresta Medrano contempló una larga recta de unos 10 kilómetros de longitud, cuyo extremo opuesto estaba iluminado por los rayos del sol, e insensiblemente fue aumentando la velocidad hasta alcanzar 120 Kph.

La Chata

Felipe Medrano, natural de Los Altos de Jalisco, frunció el ceño al pensar en ello:

Ese asunto había sido una estupidez desde el principio al final. Hermila la llevó para que la sustituyera mientras se operaba el apéndice y resultó que tampoco era mal parecida.

Su manía por las flores había contribuido en no poco, en el patio común del edificio hizo su jardín. En la imposibilidad de romper los mosaicos del piso, Medrano puso mace-

tas. Tartamudea macetas el corredor. Soliloquio de flores amaestradas y plantas de emergencia. Hay algunas que alivian con sólo pronunciarlas: Sangredecristo, contrahierba blanca, hojasanta, maíz del manso, yerba del cáncer, tapacola, pulmonaria. Nostalgia del jardín alteño en su niñez. Para calmar los nervios el tumbavaqueros. Para los cólicos el mil en rama. También están las otras que simplemente curan la soledad como pensamientos, geranios, alhelíes, hortensias y agapandos. El himenoclasta que un día fue, renueva el vicio pueril de hurgar en la trastienda de una flor para sorber su perla de rocío; era un pequeño placer regarlas, podarlas, espulgarlas y contemplarlas.

Medrano, llegado desde Los Altos, se había levantado tarde y crudo, como a las doce del día; la Chata le llevó su café y más tarde, como a la una, un par de huevos tibios. Salió a regar las plantas y de pronto decidió ir a Xochimilco a comprar dos o tres macetas. En aquella época no poseía este auto, tenía otro, nuevo también pero grande y no sabía manejar por lo que siempre empleaba un chofer.

Pudo haber dicho Medrano a la miniatura de la Loren que lo acompañara (siempre se arrepintió de no haberlo hecho así) pero con Elena había ya platicado cientos de veces y la Chata estaba de novedad, así que a ella la llevó.

Algunas cosas que no terminan bien, principian como juego; en Xochimilco les sorprendió la hora de comer y entraron en un restaurante: pidieron aperitivos, se "picaron" y la siguieron, luego optaron por ir a Cuernavaca y jugando, jugando pasaron una auténtica luna de miel pero sin estreno porque la Chata ya había hecho su debut con un novio listo desde hacía un par de años. A su regreso a México, dos días después el hombre de Los Altos hubo de explicarle a la viuda lo ocurrido y la Chata no volvió a la oficina, un tanto por los celos de ella y otro porque habiéndose él mismo pro-

puesto no enredarse jamás con las secretarias, había quebrantado su propia disposición. Pero el juego continuó un par de meses y un buen día recibió la noticia de que iba a ser padre. Se negó a admitir su dudosa paternidad hasta que a su debido tiempo la naturaleza le mostró lo contrario. Aceptó el hijo pero no a la madre; no quiso entrelazar más historias ni palabras vanas para lograr una efímera eternidad de tarde; en suma, asumió su responsabilidad paterna y fijó una pensión.

Terminó la recta y atravesó el pueblo de Alchichica, pasó junto a su laguna quieta y fría alojada en un cráter de origen remoto y misterioso; inmediatamente después entró a otra recta en columpio que tendría unos 15 kilómetros de longitud, al otro lado el sol resplandecía iluminando las montañas llamadas "Las derrumbadas" y hacia la izquierda se alcanzaba a ver el cono helado del pico de Orizaba; los campos se hallaban arados y listos para la siembra de otoño, un viento moderado levantaba pequeños remolinos y el auto rojo alcanzó nuevamente los 125 Kph. Al pasar los pequeños cerros de origen volcánico que preceden a las derrumbadas se echó otro trago y se sintió mejor, más seguro.

El ambiente

Ahora ya casado el alteño proyectó vivir con su esposa en una casa, dejar su vida de sibarita y abandonar el ambiente de fiestas que tanta celebridad le daban a él y a su despacho, como aquella infausta borrachera de hacía no más de un par de meses cuyo recuerdo lo aguijoneaba.

Felipe Medrano ya tenía dos o tres días de andar suelto del estómago y se levantó malhumorado y muy temprano a esperar impaciente a que llegara Hermila o Elena. Cuando llegó ésta le ordenó:

—Mire Elena, agarre un chingado traste y váyase a comprar medio kilo de masa.

—Sí señor —respondió esta sin inmutarse por el ex—abrupto de su jefe muy natural en él, y de los cajones de su territorio en donde guardaban todos los trastos y platos, sacó una cacerola de aluminio y se fue por la masa.

A poco llegó Hermila y extrañada al verlo despierto tan temprano se apresuró a sacar la cafetera eléctrica de un archivero y a ofrecerle una taza:

—No quiero —enfaticó Medrano y a continuación explicó—estoy esperando a Elena que fue por masa para hacerme un atole.

—¿Con leche? —quiso saber la rubia.

—Con agua, no sea usted pendeja. —¿qué no vé que estoy malo del estómago?

Entre ambas le hicieron el atole, bien espeso como él lo quería y bien caliente; llenó un vaso hasta las dos terceras partes y el resto lo completó con vino tinto. Mientras que él se tomaba lentamente el atole que había adquirido un hermoso color violeta, Hermila levantó las frazadas y la almohada y las guardó en otro archivero que servía de clóset. Acto seguido del cajón inferior del mismo archivero sacó una aspiradora eléctrica e inició el aseo de todo el despacho, mientras Elena en el baño llenaba el refrigerador de cocas y cervezas.

Continuó Medrano en bata fumando y bebiendo su “cura de cruda” y se ensimismó en la contemplación de las evoluciones de los peces tropicales alrededor de los pulpos de hule, las algas sintéticas y las piedrecillas coloridas. En un hilo de tinta el hombre que bajó de Los Altos escucha viejas voces de un pasado no muy interminable. Las voces de la vida son murmullos de una margarita ajada que no se deja acariciar. No quiere más recuerdos que los ya perdidos.

Una hora más tarde llegaron Alberto Scully y De la Parra. Como era aún temprano sólo pidieron café, De la Parra lo notó un poco agüitado y le preguntó si estaba enfermo.

—Tengo una cabrona diarrea desde antier que me puse un pedo gigante con los Orozco —confesó.

—Es que no comes y te debilitas —advirtió oportunamente Scully— y así es natural que te enfermes, hasta te puede salir una úlcera.

—Bah, ya una vez la tuve, o me dijeron los médicos que la tenía, porque durante meses traje clavado un pinche dolor en la boca del estómago que no se me quitaba con nada; me prohibieron que tragara vino, chile, grasa y otras pendejadas, hasta que ya pasado un buen tiempo y viendo que la cosa seguía, me aburrí y me puse un santo pedo de un mes con botana de birria, carnitas, cueritos y chiles curtidos y se fue a la chingada la mentada úlcera.

Siguieron hilvanando chismes y anécdotas del mundo azucarero, más tarde llegaron La Máscara, el Campeche, Darío Flores, la Mula Vargas, Mario Jasso y otros 5 o 6 más y para las doce las cervezas circulaban como billete de a peso en día de feria. Medrano se resistió un poco a tomar, pero De la Parra y la Máscara insistieron arguyendo razones de peso como las de que un clavo saca otro clavo y que para todo mal, mezcal, para todo bien, también, y sin vacilar mucho se tomó la primera cuba.

Continuó en el privado con Scully, De la Parra, la Máscara y Mario Jasso y los demás permanecieron en el recibidor; a la primera cuba siguió la segunda y a poco la tercera.

—Como dice el dicho —se dirigió a sus amigos— una no es ninguna, dos son la mitad de una y tres son una y como una no es ninguna...

—Volvemos a empezar —concluyó la Máscara cuyos dientes defectuosos hacían que pronunciara como gachupín las “eses”.

—Pero tienes que comer algo —porfió Scully.

—Vamos a hacer la botana —convino él aguijoneado ya por el hambre y llamó a Hermila por el interfono.

Hermila abrió la puerta corrediza *fitting home* y apareció en el marco con toda su espléndida belleza rubia; en la penumbra del despacho sus ojos azul oscuro brillaban duros y relampagueantes, siempre a la defensiva de los “lobos” mayores y menores acechando a diario y siempre rechazándolos con una sonrisa helada.

—Dígame.

—Váyase por dos kilos de carne molida, pero de la buena. ¿Tenemos cebollas, limones, aceite de olivo, ajos, orégano y pimienta?

—Todo menos cebollas y limones.

—Se trae unas dos cebollas y muchos limones.

—Sí señor —contestó ella— pero ahí está el cobrador de los muebles —avisó señalando el terno de cuero rojo en que se hallaban sentados los amigos.

—¿Qué le dijo?

—Que ya vencieron dos letras

—Contéstele que si el acero, se vence, como no quiere que un pinche par de papeles no se venzan también.

Se festejó alegremente su ocurrencia y siguieron bebiendo, la rubia se retiró a capotear al cobrador.

Personalmente, el hombre caído de Los Altos se ocupó de la confección de la botana: a la carne cruda molida le agregó la cebolla picada, dos o tres dientes de ajo, orégano, bastante pimienta, el jugo de dos docenas de limones y 5 o 6 chiles de árbol picados, al final le puso el aceite de olivo y previo aseo de las manos lo mezcló todo concienzudamente

hasta que adquirió el color de la carne cocida; destapó una caja de galletas saladas y todos ávidamente se sirvieron con generosidad.

Bebieron más, comieron poco y hablaron mal de los ausentes.

—¿Saben que a Ernesto Portepetit le van a dar la ampliación del ingenio San Francisco? —alguien difundió la noticia.

—¿A ese raterazo? —indagó incrédulo Flores.

—Ni más ni menos —corroboró la Máscara.

—Pero si ya una vez la hizo y le partió la madre al ingenio por dos zafras consecutivas.

—Es este negocio del azúcar tan bonito —pontificó Medrano— que de quienes en él están, hasta el más pendejo es astrónomo y el más tullido, equilibrista.

Ya cerca de las cinco de la tarde llegó Veytez y tuvieron que salirse del privado y acomodarse en el recibidor porque este hacía gala de una voz como claxon de máquina diesel y aturdía hasta al más sordo. Todo marchó bien, hasta que a Veytez borracho ya, se le ocurrió afirmar que los productos que vendía eran mejores que los de Medrano:

—Tal vez —contemporizó él— pero vendo más.

—Porque agarras a tus clientes borrachos, míralos.

—Tú ni borrachos, pendejo.

—En calidad yo te mido el aceite.

—No digas que me mides el aceite, a mi ningún hijo de la chingada me mide el aceite.

Ambos se midieron tratando de aplastarse con la mirada, dejaron los vasos a un lado y cerraron los puños.

—¡Ay mojo! —retumbó Veytez— te lo mido en cualquier terreno, pinche flaco hijo de puta.

No esperó más Medrano y de un manotazo le tiró los lentes que afortunadamente no se rompieron debido a la alfombra.

—Eso ningún cabrón me lo hace —gritó Veytez al mismo tiempo que lo zarandeaba de la bata.

La Máscara y el Campeche intervinieron para separarlos y en el forcejeo la bata de Medrano se desgarró y quedó casi desnudo. Contemplado el incidente a la distancia de un año parecía una estupidez, pero en aquella ocasión estaba cegado por la furia y el alcohol y sólo pensó en ir por su pistola para enredársela por las orejas. Al seguir jaloneándose en medio de las conminaciones autoritarias de ¡cálmate, cálmate! quedó desnudo completamente pero libre, y corrió a su privado a sacar la pistola. Veytez no quería irse pero casi a empujones lo echaron afuera, sin embargo declaró que estaría esperándolo media hora en la esquina porque él era muy macho y a nadie temía.

Buscó frenético Medrano en los cajones mientras su estereó a todo volumen ensordecía y ya en el paroxismo del furor, en un arranque de ira, cogió el brazo del tocadiscos y de un brutal tirón lo desprendió; encontró la pistola y al no ver a Veytez en el recibidor se desquitó con las cubiertas de vidrio de los escritorios, hizo pedazos dos o tres cuadros y al fin fue sometido por los amigos.

Calmaron a Medrano y se fueron yendo todos con excepción de Mario Jasso quien decidió cuidarlo un rato más para evitar más destrozos.

Un poco más tarde llegó el licenciado Mora y Mario Jasso lo puso al tanto de lo ocurrido; entonces Morita fue por su guitarra y Jasso pidió al bar del Emporio dos putas conocidas. Al llegar cerraron la puerta y apagaron todas las luces excepto las del privado que tenía cegada la ventana del patio y se aislaron por completo.

Primero cantaron algunas canciones, muy pronto las chicas quedaron en cueros y trataron de bailar, el tocadiscos roto no fue obstáculo porque Morita dominaba la guitarra muy bien. Después de la calma vuelve la calma y lo inunda todo y todo es agua y lodo y olor a flores. Arranca Medrano, el de Los Altos, las costras de la historia que dejan en su cuerpo las marcas de los tiempos.

Mientras Morita enlazaba en la guitarra un danzón tras otro, Felipe Medrano y Jasso bailaban acompasadamente con las hetairas. El tiempo se deslizó, se fracturó y de todo ello había quedado una impresión de un sucedido irreal, onírico, pero estupendamente bello.

Ya había Medrano cruzado las derrumbadas y al doblar una curva tuvo frente a sí la visión completa del páramo de Zacatepec, viejo lecho reseco de una laguna en agonía que se mostraba a sus ojos reverberante de luz amarilla. En pocos minutos el carro rojo bajó acercándose a la gasolinera donde se bifurcaba el camino, meditó Medrano unos instantes: si tomaba a la derecha vía Texcoco, se encontraría con cuarenta kilómetros de tráfico intenso en el último tramo; siguiendo recto llegaría a Puebla y luego tendría 135 kilómetros para manejar cómodamente por la "súper". Al consultar el reloj del auto vio que eran las 15:45, ante él se extendía una recta de cerca de veinte kilómetros hacia el Seco y optó por ésta; también sintió la necesidad de un gran trago y lo apuró dejando su improvisada cuba casi terminada. Alegremente aumentó el volumen a la radio y hundió el acelerador; a los pocos segundos viajaba a 130 y desde ahí podía contemplar a la izquierda el pico de Orizaba ahora coronado de nubes y al frente y a lo lejos los volcanes desdibujados en contra de un horizonte pizarroso. Prestó atención Medrano a la radio y un tedioso anuncio del próximo magno sorteo de la Lotería Nacional le trajo a la memoria el pasado

15 de septiembre. Una breve carcajada pintó su cara de pícaro alegría mientras recordaba:

Fiesta nacional

Sólo Medrano, las chicas y el chofer disfrutaban del asueto y ninguno había llegado a verlo, comió temprano y ahora disfrutaba de música en la íntima soledad de su privado. Tenía cerrado el despacho y alguien tocó el timbre con insistencia, entonces medio amodorrado fue a abrir para encontrarse con el Negro Bacardí que ni era negro ni se apellidaba Bacardí, era un azucarero jarocho charolado a quien conoció en sus años de estudiante en la Escuela de Azucareros de Guadalajara y cuya afición a dicho ron le había ganado el mote desde los ingenios de Sinaloa hasta los de Campeche.

Platicando y bebiendo pasaron el resto de la tarde y cerca de las diez de la noche Bacardí le propuso ir a oír el “grito” en el Zócalo; estaban ya a medioschiles pero la propuesta no fue del todo de su agrado:

—No quiero hacerle al pendejo —declaró.

—¿No eres patriota? ¿No eres de Jalisco?

—¡Qué no eres patriota ni de Jalisco ni qué mis huevos!, no voy porque aquí lo podemos ver por televisión.

—No es lo mismo.

—Claro, aquí es más cómodo.

—Bueno, ¿has ido alguna vez?

—Una vez en Tepatitlán, cuando era chico.

—No es lo mismo. Entonces no sabes de lo que te pierdes.

—¿Por qué?

—Se divierte uno.

Admitió Medrano romper la rutina a costa de sacrificar la indolente comodidad y curioso quiso conocer y experimentar una masiva verbena popular ciento por ciento.

—Vamos pues a ver que clase de diversión te gusta.

Salieron; una fina llovizna caía mojando apenas la calle, pero Bacardí propuso:

—Mejor nos vamos en tu coche, ¿dónde lo tienes?

—Aquí en el estacionamiento de junto, pero no lo saco.

—¿Por qué?

—No sé manejar.

—¿Qué? —exclamó incrédulo Bacardí.

—Mira —explicó pacientemente— hay dos cosas que nunca haré: casarme y aprender a manejar. El día en que me case, ¡me chingo! Y el día en que aprenda a manejar, con los pedotes que me pongo, ¡me mato!, tenlo por seguro.

Caminando por Bucareli llegaron hasta el Caballito, doblaron por la Avenida Juárez, la cual estaba pletórica de transeúntes, en su mayoría de clase humilde y que marchaban hacia la Alameda y al Zócalo. La llovizna prácticamente cesó de molestarlos; corrían raudos a su lado los grandes coches negros con la imprescindible tarjeta tricolor que ostentaba el mágico letrero “Recepción en Palacio” que obligaban a los “Tamarindos” escupir el pulmón por el silbato pitando como enloquecidos para dejarles el paso franco.

Los grandes coches negros de la gran familia revolucionaria surcando como negros y azulados escarabajos brillantes un mar de hormigas pequeñas e indefensas, tal vez hambrientas, pero contentas de no haber sido devoradas, contentas de que las hubieran dejado vivir un poco más.

Sí, esa noche Medrano y Bacardí habían sido un par de pequeñas hormigas—hombre, hormigas—pueblo, hormigas—raza, un par de pendejos, en suma.

Caminando, caminando llegaron a Madero donde el tráfico de autos estaba desviado hacia Tacuba. La fisonomía de la calle estaba alterada, había muchos puestos en las aceras donde se vendían cascos militares de cartón, modernos y

estilo káiser, espadas de plástico, pistolas de barro y de plástico, confeti, serpentinas, máscaras, espanta suegras, huevos rellenos con agua o confeti, silbatos de lámina, silbatos de plástico y mil chucherías más.

- Caminando, caminando llegaron a Palma donde una línea de granaderos “pasaba a la báscula” a toda alma que iba al Zócalo.

–Agarra tu cartera –le advirtió Bacardí– porque con el pretexto de ver si portas armas, te la roban.

Libraron la revisión sin contratiempos y desembocaron en la gran plaza hecha una refulgente ascua, merced a los millares de pequeños reflectores dispuestos para resaltar los detalles arquitectónicos de la gran catedral y los demás edificios.

Había prohibición de quemar cohetes, las legendarias “noches libres” eran ya cosa del pasado, pero aún así los vendedores se las ingeniaban para pasarlos y cientos de ellos estallaban por segundo. Desde hacía 24 horas se había implantado la Ley Seca en toda la ciudad, pero la mayoría de la gente andaba ebria y los orgullosísimos gritos de “Viva México, hijos de la chingada” eran coreados con calor y entusiasmo. Un murmullo procedente de cien mil bocas por lo menos, atronaba los ámbitos de la plaza como si fuera el zumbido de una colmena gigantesca.

A las once salió el presidente López Mateos a dar el grito. Después se cantó el himno nacional y el patriotismo alcanzó su máximo nivel: todos miraban a su alrededor para descubrir al desgraciado que no cantara y partirle la madre ahí mismo.

Luego se retiró el presidente del balcón y ardieron los castillos. En un ángulo de la plaza, junto a la calle de 5 de Febrero, Medrano y Bacardí discutían:

–Yo también voy a dar el grito.

—No —trataba de disuadirlo Bacardí— ni te van a oír.

Pero Felipe Medrano le quitó un cajón a un vendedor de confeti y trepado en él comenzó gritando con todas sus fuerzas:

—¡Pueblo de mierda, ha llegado el momento en que sacudas tu eterna pereza, en que te dejes de pendejadas y despiertes tu conciencia, hoy dormida por las almibaradas palabras de esos cabrones que en este momento se regodean ahí arriba con caviar y champaña adquiridos con el sudor de los campesinos y la dignidad de los obreros!

Los más cercanos empezaron a hacerle rueda y el gremio de los mirones pronto formó una masa considerable remolineando para acercarse a oír al enardecido Medrano que seguía vociferando:

—Pesano mucho sobre ti los 300 años de esclavitud. ¿Dónde están los huevos de Hidalgo, de Juárez, de Zapata y de Villa? ¿Qué ya se los cortaron a los ejidatarios que despoja un borrachín en el agrario? ¿Qué han hecho una capada colectiva a los obreros que obedecen como borregos a esos ventrudos líderes que ya llevan 30 años vendiendo huelgas, comprando curules con su abyecta sumisión y dejando apalear y encarcelar a las pocas voces dignas que se levantan?

¿De qué modo demuestras, pueblo infeliz y sometido, tu virilidad, tu machismo, tu mexicanismo?

¡Embruteciéndote de cerveza, derrochando tu mísero salario y dándole de chingadazos a la vieja hasta hacerla abortar!

Pero que el patrón no te levante la voz o te vea feo el liderzuelo ¡porque te cagas del susto!

¡Pueblo desgraciado que te crees mexicano!

¡Mexicano es el que hace valer sus derechos con la razón o con el fusil!

¡Mexicano es el que espontáneamente sale a saludar a un presidente digno como De Gaulle y se queda en casa cuando se trata de adular al sucio gringo o a sus abyectos lacayos como Prado y Betancourt!

¡Mexicano es el que piensa y se libera, mas no el que se humilla y se esconde!

Algunos esbirros notaron el insólito tumulto y se fueron abriendo paso entre la gente. A medida que percibían el sentido de la perorata empezaron a silbar y a desconcertar al público con frases malintencionadas:

—Ese que está junto a él es cubano, son agentes de Castro, son comunistas, quieren hacer de México otra Cuba, son castristas, uno es ruso y el otro es cubano, son agitadores comunistas profesionales, quieren matar al señor presidente, son comunistas, llegaron en un coche de la embajada Rusa, los conocemos, vienen de Cuba, hay que detenerlos.

Los gritos, desde luego no habían intimidado al garboso jalisciense y había seguido adelante con su oratoria fogosa a pesar de que Bacardí lo jalaba de los pantalones y le pedía callara. Los agentes y varios hombres azuzados por ellos se aproximaban peligrosamente y estaban a unos 3 o 4 metros cuando de pronto se soltó un chubasco tremendo que desbandó al auditorio en todas direcciones, Bacardí de un enérgico jalón lo bajó de su improvisada tribuna y corriendo en un momento se perdieron en la muchedumbre que buscaba refugio en los portales.

Ya se acercaba Medrano a San Salvador el Seco, soltó el acelerador y aplicó levemente los frenos para no entrar en la población a demasiada velocidad.

Sonrió para sí y murmuró entre dientes:

—¡Pueblo de mierda!

Subió en segunda Medrano la loma donde se ubica el Seco, lo dejó atrás y luego enfiló hacia un bosque distante

unos doce kilómetros; la carretera se retorció entre milpas y magueyales.

Sus negocios

Confesaba Medrano que su sistema de ventas no era original, pero la forma exquisita de aplicarlo lo llevó al éxito. Los dos o tres productos que fabricaba eran prácticamente uno solo con distinto nombre y precio.

El cebo para atraer a la clientela era su despacho.

La política de brazos abiertos indiscriminadamente, le había rendido óptimos frutos. Ahí era bien recibido desde el humilde “segundo” del minúsculo ingenio Guadalupe hasta el famoso Juan Montalvo del ingenio San Cristóbal, el más grande del mundo.

El recibir y atender a errantes técnicos del azúcar que no sólo querían beber gratis sino que también le pedían prestado para comer, le había conferido la muy merecida fama de ser el “amigo de todos”. El “segundo” de ayer podía ser el superintendente de hoy y el gerente de mañana. De hecho ya había sucedido, la PIRSA había dejado de ser el refugio de los parias de tiempo muerto y ya lo visitaban gerentes y superintendentes de ingenios de importancia. Para todos había un café, una cerveza o una cuba y desde luego un par de sonrisas por parte de Hermila Monroe y Elena Loren. No ignoraba que algunos de sus clientes empezaron a frecuentarlo por hacerle la lucha a ese par de joyas. Se podían decir delante de ellas las obscenidades y leperadas más gruesas sin que se alteraran en lo más mínimo. Pero cuando alguien las invitaba al cine, al teatro, a cenar o a la cama, recibían una helada pero cortés negativa.

Podía ese hombre de Los Altos presumir su despacho como una especie de agencia de colocaciones gratuitas, pues de julio a noviembre quien no alcanzaba un contrato en

la bolsa de trabajo del café Sorrento, lo conseguía en la PIRSA.

Quien ahí iba podía usar libremente sus teléfonos, lo mismo para pedir un par de tortas a la vuelta que para hablar a su familia en Los Mochis. Inclusive muchos daban su número telefónico para recibir recados y hacer negocios. Como los Flores, para no ir más lejos, quienes usaban el despacho y sus secretarias para recibir pedidos de su Ron Cubilete destilado en el río Kilate de Martínez de la Torre; él jamás les había pedido o cobrado algo, pero en cambio siempre lo tenían bien surtido de ron gratuitamente ¡y vaya que se consumía en el despacho!

¡La gente de los ingenios bebe en grande!

A ciertos amigos les chocaba la gran cantidad de cuadros en las paredes. Pero éste era otro cebo; Medrano siempre elogiaba sus óleos, y si a alguien le gustaba una tela la desprendía de inmediato y se la obsequiaba. Tenía un pintor trabajando para él todo el año.

Algunos óleos habían sido lastimosamente sacrificados con precaristas dispuestos a venderlos o empeñarlos para comer, pero otros en cambio le habían ganado el título de amigo para gente importante.

Tal vez debió haberse casado con Hermila o con Elena, pero ambas eran de acero, un acero forjado por él mismo a través de años de observaciones cónicas y consejos crudos. No pocas veces una u otra se le habían acercado para saber su opinión acerca de tal o cual pretendiente:

—Ese es casado, lo único que quiere es meterle a usted la verga.

—Dice que se va a divorciar —objetaban

—Déjese de pendejadas. Ensucia usted los calzones cada mes, ¿y todavía cree en los Reyes Magos?

Así solían ser las contestaciones de Medrano.

El coche rojo dejó atrás el bosque y se acercó a Acatzingo; antes de llegar al pueblo cuyas torres distinguía ya, vació en su garganta lo que quedaba en la botella. Después de Acatzingo no había pendientes, la carretera estaba bordeada por cercas de piedra o de magueyes y verdes pirules; a la derecha la Malinche se perfilaba contra un cielo azul y sin nubes.

La lucha

Hacía diez años todo era diferente. Los productos de Medrano y su sistema habían sido combatidos a todo lo largo y ancho de los ingenios del país por la mafia corrupta de la Secretaría de Economía, encabezada por los ingenieros Arturo Ruiz y Jorge Ballesteros Prieto, detrás de quienes, jugando un doble alevé papel corrupto como defensor de los ingenios pero en realidad extorsionador de los mismos, se hallaba el jefe químico del laboratorio de UNPASA, Ignacio Gurza, quien rechazaba el uso de los clarificantes de la PIRSA porque facilitaban a los ingenios evadir la extorsión de que eran víctimas por parte de los químicos calificadores de calidad comandados por Ruiz y Ballesteros y manipulados por él.

Ingenio que compraba a Medrano productos clarificantes, ingenio sabotado mediante los inspectores de normas de calidad del azúcar. Uno a uno fue perdiendo sus clientes y estuvo al borde de la quiebra. Quedó finalmente reducido a tres clientes y a una situación miserable.

Entonces en el despacho no había alfombras, ni cuadros, ni pecera, ¡ni nada! Dormía en un catre rodeado de cuñetes de cartón y cerros de carbonatos en los rincones.

Durante el día Medrano hacía sus mezclas con pala y Hermila le ayudaba a llenar los cuñetes y etiquetarlos. Terminaban la jornada blancos de polvo y apestando a sudor.

Por fortuna las chambas oficiales son efímeras. Cierto que Felipe Medrano no contribuyó en nada para la caída del trío corrupto, sólo esperó pacientemente; primero se fue Ruiz, luego Ballesteros, y quienes los sucedieron lo dejaron respirar un par de años concediéndole la gracia de su indiferencia; pero éstos también se fueron y los recién llegados eliminaron a Gurza; los hizo Medrano sus amigos y ya sin obstáculos su negocio tomó el rumbo ascendente pero también éstos se fueron y sus reemplazantes lo ignoraron y el negocio fue floreciendo hasta crecer como actualmente estaba, y prometía crecer aún más.

Alcanzó el entronque con la carretera a Tehuacán, sorpresivamente, los frenos chirriaron y salió al acotamiento para librar un autobús directo a Puebla, avanzó un poco levantando una nube de polvo y luego por el espejo retrovisor acechó la carretera y no viendo obstáculo regresó al asfalto. Se sentía un poco mareado pero seguro. Le dio más volumen al radio y puso más atención a la carretera porque en ese tramo el tráfico se redoblaba.

Arribó Medrano a Tepeaca a las 4 de la tarde y atravesó el pueblo casi a vuelta de rueda debido al congestionamiento de tránsito en la estrecha calle principal. Salió de Tepeaca y ya no pudo adoptar una velocidad constante porque de continuo tenía que rebasar o meterse a su derecha detrás de algún lento camión. En esas condiciones llegó a Amozoc y al pasarlo sintió un poco de alivio al ver la carretera bordeada de árboles y despejada; entonces aceleró, ya no se hallaba lejos del entronque con la autopista a México, para llegar a él sólo le faltaba pasar por un pueblito cuyo nombre no recordaba en ese momento.

Muy pronto vio el pueblo que esperaba; con el rabillo del ojo observó el aviso carretero; Chachapa era su nombre. Lo

atravesó a unos 70 Kph y al salir de él aceleró hasta 110 otra vez.

La felicidad

Por fin había encontrado a la mujer deseada, sus negocios progresaban con rapidez y se veía estimado por un número bastante respetable de amigos que lo apreciaban de verdad. Su salud no podía ser mejor a pesar del alcohol ingerido durante los últimos cinco años, y no veía en el horizonte algo que pudiera empañar su felicidad conquistada a través de tanto esfuerzo.

Sus agradables pensamientos fueron interrumpidos por la súbita entrada a una curva descendente en cuyo extremo se veía un puente angosto y luego la curva que subía en dirección inversa. La dicha curva compuesta era muy corta y las pendientes también, lo cual daba muy poca visibilidad a ambos extremos desde el puente; no viendo vehículo en el carril contrario, optó por cortar la curva en medio dirigiéndose recto hacia el puente y desacelerando pero sin frenar, luego ascendió como bólido y el coche se le fue al carril de sentido contrario, justo cuando en la cima asomó la trompa de un enorme camión carguero.

Al ver Medrano el vehículo, dio un brutal acelerón para sacar el carro con un rapidísimo volantazo a su izquierda. El auto pareció dar un brinco felino hacia la enorme trompa protegida por un enrejado de gruesos tubos y se estrelló de frente un poco hacia la derecha del chofer, quien impotente vio venirle encima un relámpago rojo acompañado de un horrible crujir de lámina, hierros y vidrios rotos.

¡Había muerto Medrano instantáneamente!

Cuando estupefacto vio el camión bajando a pocos metros delante de él, quebróse con la velocidad del pensamien-

to hacia la derecha a la misma vez que aceleraba rabiosamente para no ser tocado de frente.

El chofer del camión, al iniciar la curva alcanzó a distinguir en una fracción de segundo una cara angustiada, un rayo rojo, y un tremendo impacto de frente un poco hacia su izquierda, paró casi en seco su vehículo. Bajó asustado al ver el informe montón de hierros retorcidos, lámina roja rasgada y vidrios rotos.

¡Felipe Medrano había muerto instantáneamente!

Un agudo dolor de angustia laceró su pecho cuando asombrado se precipitó contra el camión que le parecía monstruosamente enorme, puesto en la carretera por un hado maligno que se complacía en perderlo. Instintivamente presionó el pedal del freno y el auto rojo volcó al instante en locos giros rompiéndose y desgarrándose.

Apenas entraba a la curva el chofer con su camión determinó lo ineluctable del choque, "sintió" más que vio u oyó el frenazo del pequeño y costosísimo auto rojo que se le venía encima. Lo vio volcarse y aunque hizo esfuerzos desesperados por librarlo no pudo y recibió el impacto en su salpicadera izquierda rebotando de ella el cochecito hecho ya una confusa masa de hierros retorcidos, lámina desgarrada y vidrios rotos. Terminó el frenazo que había iniciado y se bajó temblando de la impresión hacia la cuneta opuesta donde alcanzó a ver en medio de los hierros los despojos de un hombre.

¡Había muerto el hombre de Los Altos instantáneamente!

MEZCAL

Aún cuando mi cabeza está turbia, llena una vez más la copa con el mezcal que da la vida a la vida misma. Sabe que el mundo es tan solo nada. Vamos, apresúrate, ya que mis días se van veloces como una ráfaga.

A Martha Llosa

Marval

Al igual que en los diez días últimos, al entrar en la cantina “El Indio” me encontré con don Benjamín Vargas. Caballero adusto, de porte solemne, don “Benja” como cariñosamente lo llamaban en Tecalitlán, hacía su aparición a las 13 horas en la bien surtida cantina de un lugareño a quien todo mundo conocía por el mote de “El Indio”, debido a su parecido con los pieles rojas que aparecen en las películas de vaqueros. Se colocaba en un extremo de la barra, del lado opuesto a la entrada, así podía dominar el salón propiamente dicho, situado a su izquierda, y parte de la plaza; la plaza típica en casi todos los pueblos de México, con su presidencia municipal, su iglesia y principales comercios, incluyendo naturalmente una cantina.

Y digo que dominaba la plaza porque la cantina del Indio no tenía puerta batiente, sino una enorme cortina de acero que al ser levantada muy de mañana (A los tecalitenses les gusta empezar a adorar a Baco antes de que el sol caliente), permitía a los parroquianos ver a las muchachas dar vueltas en el parquecito, en cuyo extremo sur tenían asiento los dos puestos fijos que expenden la mejor birria del planeta, de legítimo chivo y horneada como mandan los cánones.

Quince años tenía don Benja de inspector de la Sociedad Distribuidora de Alcohol del Occidente y su trabajo consistía en vigilar la producción de alcohol del Ingenio Guadalupe que se hallaba no muy distante de la población. Todos los

días don Benja abordaba un “libre”, porque a últimas fechas sus piernas no le respondían, y a las ocho de la mañana se presentaba en la destilería a despachar las aportaciones de alcohol y poner los libros (tanto el Diario de Fabricación como el Diario de Entradas y Salidas) al corriente. A las 12 estaba de vuelta en el Hotel San Francisco, único hotel de la población en donde ocupaba un cuarto en compañía de su esposa, que por lo visto fue un señor “cuero” en sus mocedades; escribía en máquina su informe diario e iba a depositarlo al correo. Al regreso cogía rumbo derecho con el Indio, se posesionaba de su sitio favorito y aquel sin mediar orden alguna le servía.

Don Benja no era fiel a ningún aguardiente en especial; eso sí, durante largas temporadas se aficionaba a una marca que cambiaba sin razón aparente.

Por lo regular ingería un mínimo de media botella y dependía que la terminara o no, de que sus escuchas o interlocutores fueran de charla amena; nunca se entretenía más allá de las seis de la tarde, porque a las ocho debía “cortar el día” en la fábrica. Si alguna vez, al calor de la charla olvidaba la hora, su esposa le enviaba algún chiquillo para recordarle sus obligaciones y, fiel a su deber suspendía el trago y se iba a dormir la mona.

En esa temporada a don Benja le había dado por tomar mezcal de Mazamitla, destilado de olla y hecho con agave silvestre, yo lo acompañaba en las primeras 3 o 4 copas, luego me batía en retirada hacia el restaurante o hacia algún puesto de birria.

Era último día de mi estancia en Tecalitlán y el gusanillo del trago bailaba una danza frenética en mi paladar, por lo que me situé junto a don Benja con el ánimo de tomar al parejo. Al verme me saludó como siempre, muy respetuoso:

—Muy buenas tardes, señor Martré.

—Qué tal don Benja —le contesté efusivamente.

—Qué va usted a tomar.

—Lo mismo que usted.

—Don Benja, hombre que ya había cumplido los 50 años, tenía como norma nunca aceptar que le pagaran su trago, pero jamás pagaba el de otros. Siempre, aún muy bebido, mantenía la ecuanimidad y la compostura. Alto, moreno, delgado, usaba lentes sin arillo ligeramente verdosos y su cabello era no muy gris, pero no muy abundante ya.

Indicó al Indio que me sirviera de la misma botella e iniciamos una charla banal acerca del tiempo, de los borrachos y matones que eran los tecalitenses, y de los terribles efectos del ponche de granada.

—Hay de ponches a ponches —pontificó don Benja con acento que revelaba su amplia documentación al respecto— el que se hace con base de tequila, que sí es de buen tequila, hecho de puro maguey, es el mejor ponche que se puede obtener; está también el hecho con mezcal de Mazamitla o de Valle de Juárez que es un poco más rasposo, y el hecho de aguardiente de caña o de alcohol simple, que son los más corrientes y de los que venden en México.

—Usted de cuál toma —inquirí curioso.

—Sólo el hecho en casa, Martré, en la casa de usted en Guadalajara tengo cinco granados en mi pequeña huerta. Año con año desgrano cuidadosamente sus frutos y los pongo a macerar doce meses con un buen tequila, el del “Centinela” de Arandas o el “7 Leguas” de Atotonilco, además le pongo una rajita de canela y azúcar refinada hasta alcanzar el dulzor que a mi me agrada. Al cabo del año, filtro el licor, ¡y ya está!

—El año pasado en Tamazula —recordé, al tiempo que me empujaba mi tercer mezcal junto con un cuarto de limón con sal que exprimía haciendo “cuchara” con el labio inferior—

acerté a coincidir con las fiestas del dos de febrero y ¡oiga usted! Que borracha es la gente de ese pueblo.

—Bueno —me interrumpió el Indio atento a nuestra plática —¡aquí también tenemos lo nuestro!

—Durante todo el novenario —continuó—, bebí como náufrago y al final tomé tanto ponche de granada que pasé una noche entera deponiendo y tuvo que transcurrir una semana entera para aliviarme.

—¡Qué barbaridad, Martre! —exclamó un tanto asombrado don Benja.

—Desde entonces, el ponche de granada, ¡ni olerlo! —concluí con acento terminante.

—Aquí tengo uno muy bueno —sugirió bromeando el Indio.

Iba a contestarle con una leperada cuando irrumpió en la cantina don Pepe, el Jefe de la “Subalterna” local acompañado de un militar que nos fue presentado como el capitán segundo de caballería, López. Ambos traían “media espada” adentro y se conocía que llegaban por el resto.

El jefe era un individuo de entre 40 y 50 años, bajito y rechoncho. En cambio López era alto, corpulento, de piel morena, cabello negro lacio y ojos oscuros. Vestía su uniforme y llevaba botas de montar; en su voz se traslucía la costumbre del mando, era potente y rica en matices graves.

Al terminar las presentaciones, el “Jefe” en unas cuantas palabras me explicó que el capitán comandaba la partida fija en Tecalitlán, la cual pertenecía a un regimiento de caballería con sede en Ciudad Guzmán, que habían empezado a beber en su casa y que se “picaron”, por lo que vinieron con el Indio, donde había más ambiente.

El militar lucía en el cinto una “38” con cachas de oro y nácar, una verdadera pieza mayor de la artesanía y que re-

saltaban de inmediato como cosa fuera de lugar en la apariencia general ruda y vulgar de López.

Don Benja alabó la posesión de tan bella arma.

—Y no sólo bonita, sino además buena es esta pistola —ponderó el capitán sacándola de su funda, extrayéndole el cargador, revisando la recámara y pasándola a manos de don Benja.

—El diablo siempre pone una bala adentro —aventuré a decir viendo que en las manipulaciones de don Benja a veces él cañón me mostraba su hocico ominoso.

—Dicen que el diablo carga las pistolas y los pendejos las disparan —sentenció el Indio mientras que a una seña del capitán servía una nueva ronda de mezcales.

—Pues se necesita ser muy pendejo para disparar esta pistola accidentalmente, fíjense —empezó a explicar López tomando de manos de don Benja el arma— es supermatch legítima y se conoce por dos cosas; en las cifras de las patentes hay tres números trece, en cambio la super sencilla sólo tiene uno, luego ésta tiene 4 seguros, y una vez que los tiene puestos como ahorita, ni un escuincle jugando con ella puede dispararla —a continuación quitó los 4 seguros, y los volvió a poner, accionando el gatillo y demostrando como se complementaban de manera que al final quedaba perfectamente bloqueada.

—Pero en caso de emergencia —critiqué— es muy complicado quitar los cuatro seguros.

—Los que sabemos usar armas —explicó un poco impaciente pero a la vez orgulloso el capitán— la traemos sólo con el último seguro y los pendejos, son los que necesitan los cuatro.

—¿Y cuánto vale su pistola? —inquirió don Benja

—Como valer, sin las cachas, unos cuatro mil pesos y con ellas el doble —calculó complacido el capitán.

—¿La vendería? —quise saber.

—Nunca, le tengo mucho cariño porque las cachas son regalo de un gran general. Les voy a contar por qué me las dio.

El Indio se puso a partir más limones en cuartos y los arrió junto con una nueva provisión de sal. Continuamos en la barra atentos a las palabras de López.

—Yo soy de Michoacán y desde joven me enrolé en el ejército.

Me tocó la campaña contra Cedillo en San Luis Potosí en 1938 y ascendí a cabo; durante muchos años fui cabo; cuando terminamos con una gavilla de abigeos que operaban por Huetamo y San Lucas, ascendí a sargento, fue en Huetamo que también me gané esta pistola, que era del difunto jefe de la gavilla. Una denuncia nos puso en aviso de donde acampaban y a dónde y cuándo tenían que ir, entonces les pusimos un cuatro y para su mala suerte ese día se creció el río y lo tuvieron que cruzar llevando sus “chivas” en la cabeza y como conejitos los agarramos. Yo vide muy bien cuando cayó el cabecilla y soltó su pistola. El agua bajaba puerca y nadie la vio en donde cayó, sólo vieron al hombre. El río arrastró un poco el cuerpo del herido y mi teniente que nos comandaba nomás al pasar el cuerpo le dio su tiro de gracia. Eso fue al amanecer. Por la tarde, que nos íbamos para Huetamo, regresé al río, rescaté la pistola no sin dificultad y la guardé muy bien, que si me la ve el teniente me la quita. Nosotros no salimos tan bien librados, dos muertitos, entre ellos mi sargento, y tres heridos graves. La gente de tierra caliente es muy vengativa, así que nos destacaron a otro lugar. Mi teniente se fue para México y a mi me mandaron a Paracho, ya como sargento y al frente de la partida.

Yo soy de Paracho, de modo que caí re bien, todos me conocían y me respetaban. Hasta me junté con una que me quería reharto y pronto tuvimos un chilpayate. Pero las co-

sas no andaban bien en el pueblo, la sequía había estado muy dura en el año que les cuento que fue por ahí del 55 y el agua de riego era poca y no alcanzaba. Venía de un manantial del pueblo vecino de Agua Zarca y como era natural, los de Agua Zarca querían el agua para ellos, pero los de Paracho siempre la habían usado también, y tenían derecho, pero cada semana era menos hasta que a Paracho ya no llegó nada.

La poca que salía era para regar las tierras correspondientes al ejido de Agua Zarca y los de este lado dijeron que ellos también querían de esa agua y que o se abrían los canales por la buena o se abrían por la mala. Sus milpas estaban así de chiquitas y sus gallinas y sus vacas empezaban a morir de sed. Fueron hasta Morelia los de los dos ejidos, pero el Gobernador no los recibió; luego fueron con el comisionado de Recursos Hidráulicos y éste se puso al lado de los de Agua Zarca y que el agua que quedaba era de ellos y entonces los de Paracho dijeron que sería también de ellos así fuera menester tomar las armas.

Los de Agua Zarca pidieron garantías y mi general, el comandante de la zona me ordenó que las otorgara.

Tan larga perorata merecía un trago y todos vaciamos nuestras copas. El capitán López estaba muy animado ya y nosotros, ¿por qué no confesarlo?, le habíamos tomado interés. Así que hubo bajado su mezcal y el Indio servido la copa de nueva cuenta, prosiguió su relato:

—Yo traté de convencerlos a los de Paracho que no había que hacer más que esperar a ver si llovía, pero ellos estaban necios en abrir los canales por la fuerza. Hasta el cura los sermoneó pero no quisieron entender nada de que era una prueba del señor y así las cosas mi vieja se enteró de que un domingo en la madrugada los hombres de Paracho se juntarían con sus armas e irían a las compuertas que estaban en

las afueras de Agua Zarca. De modo que el sábado le ordené al cabo que tuviera el pelotón listo y por la noche haciendo mucho ruido salimos del pueblo. Íbamos muy ordenados pasando frente a la escuela cuando nos salió mi tío Nico que era el Comisario Ejidal, hermano de mi papá y me dijo: ¿A dónde vas sargento? Me dirijo con mi tropa a defender Agua Zarca, contesté con el respeto debido. No lo puedo creer sobriño –me dijo mi tío, que resultó que venía con seis lugareños más– que vayas a favorecer a los de Agua Zarca cuando eres de aquí, de aquí son tus padres, de aquí es tu vieja, tu hijo, tus amigos y compadres. Así es tío –le advertí– pero yo recibí órdenes de defender Agua Zarca y órdenes son órdenes. Y le suplico que no se acerque por ahí, porque me va usted a obligar a disparar. Pues que le vamos a hacer sobriño, necesitamos el agua para seguir viviendo y la hemos de tomar aunque a algunos nos cueste la vida –me contestó– vete con Dios y ojalá no sea yo quien tenga que matarte. Lo mismo digo –le contesté– pero piénselo bien, no sea que más tarde vengan las lamentaciones.

Ya no me respondieron nada. Se perdieron en las sombras de la noche. Hacía un frío del carajo a campo raso y cuando llegamos a las compuertas nos encontramos con que ya estaban ahí los de Agua Zarca, cuidándolas. Les ordené retirarse y sólo hasta que me vieron encabronado se fueron a su pueblo.

Fui a echarle un vistazo al canal principal, y crioque no valía la pena morirse por el pinche hilo de agua que vi. Pero yo nunca fui campesino y por eso no los entendía. Distribuí a mi gente y dejé las guardias. También les di unas corundas para el desayuno y dos botellas de Riyitos para que no se entumieran.

A poco de haber clareado como a las seis y media, me avisaron que ya se veían venir los de Paracho.

Las compuertas están en un llano, y en este llano se pueden ver hasta las codornices, cuantimás medio centenar de hombres caminando.

Los dejé acercarse hasta el único obstáculo natural entre ellos y yo; una cerca de piedra que dividía los dos ejidos, el de Paracho y el de Agua Zarca. Estaba la tal cerca como a 100 metros de mi tropa y les grité ordenándoles que no dieran un paso delante de ella. Se pararon y se corrieron a lo largo de la cerca. Entonces mi tío gritó: Queremos el agua y vamos a ir por ella. Mejor es que se regresen –les grité también. Les damos diez minutos para que nos abran la compuerta o se vayan –volvió a gritar muy decidido mi tío Nico.

Yo ya vi que la cosa iba en serio, por lo que ordené a mi gente preparar sus armas y estar listos para la voz de fuego. Yo traía esta pistola, mi cabo Ortiz una M-1 y los otros once su fusil reglamentario. También teníamos unas granadas, pero ya hacía seis años que estaban guardadas... y francamente teníamos miedo a que nos explotaran en las manos. El cabo Ortiz quedó a un lado de nuestra línea y yo al otro.

Los diez minutos iban pasando y se me iban haciendo relargos. Luego que se hubo cumplido el plazo los más valientes saltaron la cerca, mi tío Nico, primero que todos, y muy serios, muy decididos empezaron a avanzar. Yo ya ni les quise decir nada porque en sus caras veía que venían dispuestos a todo; así que tantíé que estuvieran a unos 50 metros, hice correr la voz de que la primera descarga se hiciera a sus pies, de modo que la tierra les saltara y oyeran el rezumbido de las balas y supieran que estas eran de verdad. Eran unos 20 los que avanzaban y los más traían pistolas, que por esos rumbos no tendrá la gente para calzones, pero para pistolas sí; otros traían retrocargas, y los menos su machete.

Yo ya había visto un pinito solitario y me dije que cuando lo traspasaran ordenaría el fuego. Y no bien mi tío Nico traspasó el pinito y ordené fuego. Pero ni tantito que los asusté. Ellos contestaron luego luego y se nos dejaron venir encima corriendo y tirando al bulto. Entonces ordené fuego a discreción y luego cayeron como cinco no sé si muertos o tan sólo heridos. Ni ellos ni nosotros teníamos resguardo así que pecho a tierra se hizo la balacera. Los que quedaron tras la cerca también se descolgaron pero el Cabo Ortiz con su M-1 los empezó a tumbar por racimos, pero tío Nico traía su 30-06 que usaba para el venado y le tiró a mi cabo.

Hilario Ortiz, el cabo, deja caer su M-1 a un lado y echa a correr por entre los surcos secos, por entre la milpa raquítica, pero no levanta ni una sola nubecilla de polvo y sus gruesas botas no hacen el menor daño a las flacas y amarillas plantitas de maíz que languidecen sedientas; el Quinto Sol en su vuelo va sembrando veranos, un pájaro de fuego lo sigue, pasa por en medio de las balas y de los hombres coléricos que reclaman lo que creen suyo y sigue veloz por entre los verdes bosques de pinos que se deslizan a sus lados rápidos, más rápidos, semejando una muralla de troncos y de ramas que se entrelazan y que al cabo de un lapso indefinido no presentan hueco y constituyen una pared, astrolabio acusando tormentas o cometas, la bóveda celeste da largo vuelo al tiempo. La brújula se fatiga ante el norte rencoroso hasta que Hilario llega a la vía del ferrocarril y un impulso súbito concatenado a viejos recuerdos, restos de lo pasado en las lanzas del sueño, lo lleva por entre los rieles, sobre los durmientes, cruza cientos, miles y cientos de miles en una contracción del espacio y del tiempo hasta el paisaje que, de nuevo se abre ante él es vagamente familiar, como tejido sobre un pino funerario, y el pueblo y las gentes que en él viven y el niño picado de viruela que es él mismo hace

muchos años y que ahora contempla perseguido por un padre obrero de una fábrica de cemento, acosado por la miseria y el alcohol, tridente que roe por fuera y por dentro. El niño que se refugia en las jaras del río y que vaga junto con sus amiguitos; el niño que regañan en la escuela, el niño que tendido boca arriba flagela al cielo, el adolescente que debe de trabajar pronto y que en la estrechez del pútrido pueblo no halla otra ocupación que la de peón de albañil o de machetero en camiones repartidores de refrescos y cervezas; un tren en la mañana anuncia el averno. Rieles de la vida han abierto una grieta y por ella el adolescente que junto con esos amigos de vagancia aventura algunas raterías de poca monta, mira una vez más y por última vez el día aciago en que es emplumado junto a sus amigos y paseado por el pueblo a lomo de burro como castigo y escarmiento a su miseria. El ángel inquisidor ruega por ellos. También observa al joven que sigue siendo él mismo, aunque ahora ya es nada y nada importa, que se da de alta en la guarnición de Tula y lo vive a través de algunos años cuartelarios hasta llegar a Sinaloa donde en otro combate parecido al que acaba de abandonar, temerariamente inicia un ataque en contra de los traficantes de drogas en una solitaria colina de una sierra hostil y salvaje que ahora vuelve a ver. No quiere más recuerdos pues todos los ha perdido. Al final mira al cabo Ortiz, a él mismo destacado en Paracho recibiendo una bala de 30-06 en un ojo y dejando de ser para ser sólo un cadáver. Como bestia sin velo un árbol llora.

—Hijos de la chingada —grité— ya le dieron al cabo, ¡Fuego graneado! —ordené, mientras exponiéndome a morir yo también corrí los 20 metros que me separaban de la M-1 que había soltado el cabo y una vez que la sentí en mis manos recogí los cargadores y sintiendo mucho coraje por la muerte de uno de mis hombres, ordené atacar.

Cautivados ya por el relato del capitán, seguimos ingiriendo más mezcales. El hizo una pausa dramática remojándose el gaznate con dos “caballos” más al hilo. Continuó con la voz ronca y los ojos inyectados en sangre:

Les grité que a los quince pasos nos echáramos a tierra y disparáramos, al vernos avanzar, los otros se replegaron hasta la barda, pero alcanzamos a darle a tres o cuatro más antes de que brincaran la cerca. Allí se repusieron y como estaban en ventaja tomaron más puntería y me hirieron dos hombres más. No quise seguir atacando porque ya bien veía que no íbamos a llegar ninguno vivo a la cerca, y ordené retirarnos hasta el canal que aunque era poco resguardo era lo único que había; cargamos con los dos heridos y uno más que nos hicieron en la retirada. Pero cuando llegamos al canal ellos ya venían corriendo tras nosotros, eran cerca de 60 y ya sólo quedaban ocho que pudiéramos tirar, y no bien habíamos tomado posición cuando ya casi los teníamos encima. El terregal que se levantó no me dejaba devisar bien pero columbré un grupo de cabrones que se me echaron encima y yo les mandé un reguero de balas con la M-1 y clarito vi como la fuerza de las balas sostuvieron un cuerpo por encima de mí que me hallaba hincado y luego se desmadejó llenándome de salpicaduras de sangre y retazos de carne, cayendo a mi lado al tiempo que de la M-1 salía la última bala, y la última mirada que mi tío Nico echó a este mundo, entre espantado y agonizante fue para mí.

“Siempre había vivido Nicolás López en Michoacán siendo uno de los diez hijos de un peón acasillado de la hacienda de Huaracha y cuando llegó la bola y barrió con todo, arrastrando a su padre y hermanos mayores, su madre lo llevó a Tingüindin, la tierra de ella, con cuatro hermanos y dos hermanas todos menores que él. Pétalos de hierro sangraron los caminos de ayer, por ellos sólo regresó vivo uno de sus

hermanos, pájaro de la piel que volvía al terruño colmado de ilusiones para recibir la tierra, el pedazo de tierra pagado con la vida de su padre, sus hermanos, y la de tanta gente cabalgando en el lomo de la muerte, caída en combate. Pero la recompensa a tamaño sacrificio dilataba en llegar mes tras mes, y el campo de huesos rotos, de máscaras de dolor, ríos de sangre, parecía inacabable. En las noches claras de Tingüindin, Nicolás oía de boca de su hermano los detalles de la cruenta campaña; sobre sus 14 años llovían episodios de sus andanzas, salvando abismos de sangre, escondiéndose en cuevas oscuras donde el silencio era espacio vital, atravesando llanos llameantes y bosques petrificados por el miedo; primero con la gente de Manuel M. Dieguez y luego con la de Obregón hasta la batalla de Celaya donde fue herido y regresó a casa.

Un aciago día cae sobre Tingüindin el nefasto cristero apodado "El Chivo Encantado", se organiza una débil defensa en la que no toma parte Nicolás porque se le encomienda la custodia de sus hermanas, le dan una pistola y le ordenan matarlas si el Chivo las encuentra. Después de tres horas de lucha, el Chivo triunfa y se entrega a un saqueo desenfrenado, matando y violando en nombre del Cordero de Dios. Son tomados diez prisioneros que a las doce del día forman en el atrio de la Iglesia atados de pies y manos: un ángel terrible desciende del cielo, en su risa cruel hay toros azules, desventura de cuernos donde la sangre es gota que perfora la roca del mundo; el sanguinario Chivo se acerca lentamente al primero, desgarrar con la mano izquierda su camisa y con la derecha de certera puñalada le parte el corazón; como bestia sin velo una roca enorme llora, diabólico el ángel toca el guitarrón y la cuerda violada gime tristemente, aparta al próximo y no atiende súplicas, no oye ruegos, no ve lágrimas ni gestos implorando piedad, con

sonrisa feroz va buscando el rápido golpetear de los corazones en los pechos de sus víctimas y hunde hasta la empuñadura una filosa daga con la destreza de un matarife y la alegría de un asesino nato, en sus ojos brilla una lucecita insana y las aletillas de su nariz tiemblan de placer. Hasta la alta troje donde se esconde Nicolás llega el “para que no se olviden quien es el Chivo Encantado”.

Pasan muchos años y los facciosos vienen y se van y mueren otros como el Chivo y el Chivo mismo; Nicolás es ya hombre y casi 20 años más tarde, otro hombre también nacido en Michoacán hace justicia a los acreedores de la revolución y les da la tierra, y él recibe su parcela en Paracho. Y ahí enraiza, tiene un hijo campesino como él y dos hijas que se casan y le dan nietos.

Pero siempre hay rencillas con los del ejido vecino por el esquivo líquido; cuando el año es llovedor éstas se atenúan, pero cuando no, se ahondan, y la sequía de ahora ya va haciéndose muy larga y los del otro ejido, que tienen el manantial en su terreno, quieren toda la disponible y el comisario ejidal y los de su ejido exigen un poco de agua, sólo la necesaria para que la milpa aguante una semana más con seguro en la siguiente lloverá pero aquellos no quieren dar ni una gota, alegan que en una semana sin regar su milpa también se les perderá; entonces hay que obtenerla por la fuerza, a como haya lugar y que Dios disponga lo que tenga que suceder, y él con su rifle 30-06 mata al cabo que ya había herido y muerto a muchos de los suyos, y quiere tomar prisionero a su sobrino para quitarle su M-1 y acabar con los de Agua Zarca, pero en medio del polvo surge aquella lengua de plomo ardiente, sus vísceras estallan, crujen sus huesos, revientan sus músculos, vuela su pensamiento y al ir cayendo ve que quien lo destroza es su sobrino quien, al disparar su última bala, espantado lo mira morir.

—Viendo que había caído mi tío —continuó López muy lentamente y con la mirada vidriosa— los que lo seguían retrocedieron, pero ya no los quise perseguir y hasta dejé que levantaran sus muertos y heridos. A mí me hicieron capitán, me regalaron las cachas y me trasladaron para acá.

Gruesas lágrimas corrían por su curtido rostro moreno, tomó de encima del mostrador la tercera botella de mezcal que ya estaba por la mitad y se la bebió de un trago. Sin despedirse siquiera salió con rumbo a su cuartel.

En el vuelo de un pájaro se eterniza la tarde. Los frutos del granado reconocen su color en sí mismos. Como huerto viví largamente el sol que declinaba. El crepúsculo de aquel atardecer en Tecalitlán era rojo fuego, rojo sangre, bellísimo.

*¡Ah, confórtenme con mezcal, que desfallezco!
Y, cuando muera, laven amigos,
piadosamente mi cadáver. Entonces,
amortajado con botellas, sepúltenme hijos,
amigos míos, en una hermosa cantina.*

¡CERVEZAS!

Aprovechamos pronto de tiempo el lapso ruin de nuestra vida siempre cercana a su confín, antes que nuestro polvo descienda bajo el polvo, ¡sin cervezas y sin putas, sin cantos y... sin fin!

A la memoria de Carlos Barbero Murillo,
Armando Arellano Cassani, Pancho Becerril y Alejandro Luna.

Fragmento del diario de un extraviado:

Febrero 15 de 1953 (Domingo)

Bajamos continuamente hacia el mar, muy apretujados en el pequeño coche que “Planchet” conduce abrumado por los calificativos más fuertes que encontramos, debido al retraso que por culpa suya nos hizo perder horas de diversión en el Carnaval.

Planchet no esperaba que todos quisiéramos ir al Carnaval y al principio se opuso a que tanta gente subiera a su coche, pero Armando Arellano y el “Pelón” Barragán lo colocaron en un dilema: o nos llevaba a todos a Veracruz, o le quitábamos el coche y de todos modos nos íbamos sin él; claro que prefirió llevarnos al final de cuentas. Luna, Macías, Becerril y Torrero, viajaron en autobús pues materialmente era imposible que cupieran con nosotros.

Según dice Planchet, el Pájaro, Pancho García, Pipo, Toño Alvarado, La Coneja y el Peso, están desde ayer en Veracruz, lo cual quiere decir que asistirá en pleno la palomilla brava de la escuela que se completa con los que estamos de zafra en Córdoba.

Viajamos apretados unos contra otros y esto da lugar a que se crucen bromas obscenas; algunos tenemos nalgas

prominentes y de continuo las manos tocan el trasero de alguien, con la inmediata represión a golpes. También llevamos una botella de ron, para no perder nivel y llegar bien al puerto.

A través de la ventanilla veo el desfile del paisaje veracruzano; el cielo es azul, la cinta asfáltica se desenrolla como una serpiente a nuestro paso; me siento alegre, no es la euforia provocada por el alcohol, no, estoy contento porque he hallado el medio ideal para vivir, tengo un trabajo —más que bien son vacaciones pagadas—, y unos amigos absolutamente desaprensivos cuya única meta parece ser divertirse; con ellos se olvida uno de esas paparruchas aprendidas desde la infancia. Alcanzo a distinguir al cruzar un pueblo, una procesión religiosa, las gentes pasean una imagen y llevan también la Bandera Nacional. ambas ideas. Religión y Patria se encuentran ya muy desteñidas en mi consciente, siento que soy un ciudadano del mundo, que debo vivir para mí, no importando el lugar donde viva ¿no sería mejor que todos fuéramos así?. sin fronteras, sin divisiones ideológicas, sin fanatismo, sin castas. viviendo armónicamente, sin falsos dioses, sin falsos ideales y valores, pero sueño y, mientras, alguno me asesta un golpe que me despierta.

Contemplo las nuca y las caras de mis amigos. algunos dicen que son católicos, pero van a la iglesia sólo a ver a las chicas: otros dicen amar a México, pero no vacilarían en servir a una empresa extranjera si fueran bien pagados. aún cuando ello fuera en contra de los intereses de su país. Pero veamos, a que le llamo los intereses de mi país: ¿A los intereses de las tres grandes cadenas de bancos que operan en él, de las industrias en manos de gringos, judíos y españoles en un 90%? ¿Y el otro diez? Constituido en su abrumadora mayoría por políticos enriquecidos ilícitamente, como se vio

en el sexenio pasado “el régimen de la prosperidad”, sí, la prosperidad pero para unos cuantos. Bueno; que no se diga que estoy amargado, porque también a mí me está haciendo justicia la revolución. Pero vas a la calle de Victoria y te encuentras el comercio de material eléctrico en manos de judíos, vas a Fray Servando y la judería opera todo el comercio de fierro viejo y nuevo, estructuras y tubería; en Correo Mayor, Academia y Jesús María y toda la Merced, las narices de gancho acaparan la venta y confección de ropa, bonetería, juguetería y tlapalería; en las calles de Argentina el sweater es de judíos, grandes tiendas de regalo y joyas, diseminadas en la ciudad son de judíos y también están incrustados en la industria, los plásticos, laminadoras, en bienes raíces, son dueños de innumerables fraccionamientos y de manzanas enteras de edificios de departamentos. De los gringos ni hablar, la industria en general les pertenece, cosa archisabida, excepto petróleos. De los españoles contamos a la industria harinera, arrocería y de panificación en sus manos, y la inmensa mayoría de cantinas, hoteles de paso y cabarets son de ellos también. Los gringos, españoles y judíos, nos roban, desprecian y discriminan en nuestro propio país, así mejor dan ganas de largarse a la chingada.

Entramos a Veracruz; son las siete de la tarde o de la noche, y no veo signos que delaten la celebración de un Carnaval, tal vez estoy impresionado por las películas que he visto de los carnavales de Río de Janeiro o New Orleans y espero contemplar una muchedumbre disfrazada y luces por doquier. La avenida Díaz Mirón está con un poco más de tráfico que de costumbre, lo que se espera ver en cualquier domingo. Sin embargo, conforme avanzamos hacia el centro, veo cada vez más gente, Planchet en fila por Zaragoza y ahí nos embotellamos, el tráfico se hace lento, la calle plató-

rica de autos, todos los paseantes van hacia Independencia a presenciar el desfile de carros alegóricos. Al fin, después de un buen rato logramos dejar el coche frente a la aduana, nos dirigimos al Hotel "Diligencias" a buscar al afamado Pájaro Barbero, el cual acostumbra hospedarse ahí; Armando nos advierte que hay que buscarlo en los portales, pues sería infantil pretender encontrarlo en su cuarto. Nos dividimos en dos grupos; uno en los portales del "Diligencias" y otro en los portales restantes, acordamos que quienes encuentren primero al Pájaro, avisarán a los demás; quedo en el primer grupo y nos dirigimos a la búsqueda; tanto la Plaza de Armas como la calle están colmadas de una multitud entusiasta que arroja confeti y serpentinas apenas abres la boca, docenas de vendedores te importunan ofreciendo confeti, antifaces, sombreros, bastones, huevos, globos, serpentinas y más confeti y más serpentinas; todo el mundo habla, todo el mundo grita, todo el mundo ríe, corre, se mueve, veo docenas de bandas de encapuchados, todo es confusión. Al fin alcanzamos los portales y a codazos nos abrimos paso, Armando me dice algo, pero no le oigo, aquí el ruido es tremendo, se confunde la música del conjunto jarocho, con la de los mariachis, con la de los sones y tríos, con la marimba, con la de los espontáneos que cantan, con el pregón de los que venden, los gritos de los meseros que inquietan y de los clientes que ordenan, todo el mundo tiene que hacer algo en los portales, unos van y otros vienen, unos salen y otros entran. En las cantinas adyacentes no cabe un alfiler y sobre los espejos que las adornan campea este lema, "Servicio servido, servicio pagado". Empezamos a examinar las mesas, en todas hay gente borracha, la mayoría turistas divirtiéndose en grande; a la mitad del portal, y en un par de mesas junto a la calle alcanzo a ver la cara de Alvarado, le hago señas a Armando, indicándole el sitio y él me da a en-

tender que también lo ha visto. Nos acercamos adonde están; Armando le pide la llave del cuarto al Pájaro y subimos a dejar las maletas, Hugo se regresa a buscar a los demás, rápidamente nos bañamos, nos cambiamos y a poco nos reunimos abajo. Pero no hay mesas disponibles, queremos acomodarnos en la mesa del Pájaro, pero el espacio utilizable es reducidísimo y es obvio que ahí parados estorbamos. Hugo llega con el resto de los muchachos y la situación empeora. Roberto hace notar a Armando que en la mesa contigua sólo hay dos tipos con toda la cara de gringos, que estos han mirado insistentemente a José (este siempre ha tenido suerte con los putos, aun cuando no la aprovecha jamás) Armando decide que José y Planchet entablen plática con ellos, Planchet es el único que medio sabe inglés y José es el gancho, con cualquier pretexto se acercan y empiezan a platicar, a poco José va por dos sillas y se acomodan, enseguida cada uno de nosotros va por su silla y también nos acomodamos, pero parece que a los gringos ya no les está gustando la idea de tener tanta gente a su mesa, pero Planchet discretamente se desabrocha la bragueta y se empieza a rascar los huevos; la vista de este espectáculo borra la desconfianza de parte de ellos y somos acogidos con alegría. Pedimos cervezas heladas; empezamos a beber.

La palabra puto para denominar así al afeminado no me satisface; se le ha dado a esa clase de personas por similitud con "Putá" pero nada más equivocado, la puta es puta porque vende su cuerpo. El puto no lo vende, al contrario paga para que lo posean, en ese caso el puto es el hombre que vende sus caricias y a quien se le llama mayate, abusando de que el mísero coleóptero no puede protestar porque hayan tomado su nombre para designación tan especial. Hay muchas personas que lo comprenden así y comparten mi opinión. Éstas prefieren buscar analogías de buen gusto que

denoten cosas raras, o que suenen raramente y con las cuales designan al afeminado. Expresiones como “tomar coca-cola hervida”, “hacerle agua a la canoa”, “comer arroz con popotes”, “tener la mano caída”, “oír radio de transistores”, “ser del otro equipo”, “arrastrar la mano”, etcétera, son menos prosaicas y sustituyen con delicadeza a las usadas vulgarmente, por lo tanto, declaro abolida de este diario dicha palabreja y ¡adelante!

Platicamos a gritos. Atrás de nosotros se planta una marimba, a veces, alguien pide una pieza y la marimba la ejecuta a su mayor volumen. Cuando nadie la solicita, entonces toca algo de moda y así de continuo tenemos música. El del güiro pasa por las mesas recolectando “para la música”, de todos modos tenemos a la marimba tocando sin parar; en la mesa de enfrente un grupo de mariachis interpreta desde un vals hasta un bolero y cuando no es en la de enfrente, es en la del lado, o en la de más allá, y luego alguien llama al conjunto jarocho y se oyen las notas del “Siquisiri”, “La morena” y “El balajú”, la voz tipluda del cantante jarocho se eleva sobre el barullo y a ratos se pierde. Pasan y repasan grupos de encapuchados, generalmente visten de negro, se cubren la cabeza con una capucha que se prolonga hacia abajo en faldón y que les llega hasta los zapatos, ésta si es gente del puerto, año con año adoptan dicho disfraz para poder divertirse a gusto y lo mismo se encapuchan hombres que mujeres, pero éstas son más abundantes, generalmente los encapuchados hombres se divierten manoseando a las mujeres y no pocos aprovechan disfraz y ocasión para tomar revancha de algún agravio pasado; en cambio las mujeres que se encapuchan aprovechan su incógnito para divertirse ampliamente, sin temor a ser vistas y criticadas, escogen a los hombres que más les gustan, se dejan besar, cachondear y las que ya cogen y en su vida normal pasan

por señoritas, pueden acostarse con el que más les gusta sin inhibiciones.

Pero también se encapuchan los del otro equipo —me explica a gritos Armando—, y como todos los encapuchados aflautan la voz, antes de salir a bailar con alguno, hay que tocar cuerpo para saber a que atenerse. Pasan las horas, vaciamos botellas y botellas de cervezas, en nuestra mesa se han detenido varias veces, grupos de encapuchados, he recibido besos, no sé si de hombre o de mujer, jalones de nariz, pellizcos, coscorriones, me han dicho guapo, me han dicho feo, me han empujado, me han abrazado, me han quitado el vaso, me he levantado a bailar no sé si con hombre o con mujer, y en mis oídos tengo colgado el sonsonetito aflautado de todos ellos. Estoy borracho, nada me importa. Los gringos están felices, uno de ellos ha logrado meter la mano en la bragueta de Planchet; a Planchet nada le importa. La temperatura afuera es normal, pero en el portal el ambiente esta caldeado. La masa de gente que ahí se encuentra es como un volcán en plena erupción. Es el Carnaval del ruido, del desorden, del deseo, es la fiesta del vino y de la carne, del olor almizclado, de las miradas turbias, de los sobacos mojados. Hace un rato largo pasó el desfile y nos tuvimos que subir a las mesas para lograr ver algo.

Serían quizás unos diez carros alegóricos, cuatro o cinco bien presentados, inútil sería querer describirlos, sólo retengo una masa confusa de colores, de luces, de mujeres bellas, de carnes morenas, ¡ah, y el Rey Feo!, un auténtico jarocho flaco de personalidad avasalladora. Los del “otro lado” pasan y repasan por el portal, aprovechan la ocasión única en el año, de exhibir sus “raros” encantos sin inhibiciones, sin prejuicios, sin temor; el primero que veo va vestido al estilo cordobés, todo de blanco, pantalones ajustadísimos, chaquetín entallado, sombrero cordobés galoneado, un clavel

reventón en la boca y una varita de nardo en la mano. Es viejo, lleva pestañas postizas, los labios pintados y un discreto tono de colorete en la mejilla; se contonea salerosamente y ofrece sus sonrisas provocativas a los hombres; a su paso la gente lo florea: olé, por tu madre; adiós monumento; paso, morenaza; él agradece con una coqueta inclinación y sigue su camino. Desfilan en esa abigarrada pasarela dos, vestidos negros strapless, sus facciones son toscas, aún maquillados se ven hombrunos, en la cabeza lucen exóticos tocados con plumas y pedrería falsa, llevan guantes hasta el codo. El Pelón nalguea a uno de ellos, éste exagera los modales femeninos y le dice: "Ay, pero que grosero eres". Los de la mesa de enfrente se levantan para ver mejor a la sensación que se acerca: también son dos; visten strapless, pero sus vestidos se ven de buena tela y fina hechura, también de color negro, uno de ellos se parece asombrosamente a María Félix, obviamente usan pelucas, pero pelucas caras, su maquillaje es discreto, sus facciones bien modeladas. El desfile de putos es interminable, hay algunos que se disfrazan de mujer sin ser "de mano caída", por ejemplo las libélulas; son dos tipos con toda la facha de estibadores, gordos, altos, pesando cada uno muy bien sus 100 kilos, cada día de carnaval usan un disfraz diferente; de libélula, de bastonera, ballerina, de escolapias; imitan a los afeminados en sus maneras; Armando es quien los ha visto primero y me dice que los observe, conoce bien sus guasas. Uno de ellos se sienta en las piernas de un anciano y se hace la remolona, el pobre viejito casi se queda sin respiración mientras el gordo se empina una botella de coñac y se recarga en él, traen el disfraz de bastonera, con el bastón dan pequeños, graciosos y aparentemente inofensivos golpecitos en la cabeza de las gentes que se hallan sentadas, pero los gestos de dolor que éstos hacen, hablan a las claras de lo poco blanditos que son

los bastones. Frente a nosotros pasan de largo, no somos víctimas propicias. También las comparsas tienen como pasarela obligada los portales, he visto a todas, y dos o tres han bailado de nueva cuenta aquí, son pequeñas, mal vestidas; están compuestas de siete a diez miembros, al frente un hombre o una mujer bailando y cantando, recolectan en un sombrero billetes; le sigue la tumba, las maracas, el güiro, el cencerro y la trompeta, dos o tres más los acompañan cantando: a nosotros que tanto nos gusta la música afroantillana nos agrada que la comparsa se detenga en nuestra mesa unos minutos, entonces nos levantamos a bailar ahí mismo o encima de la mesa, con los de la comparsa, con los "Exquisitos" a la mano o entre nosotros mismos; la mejor de todas es sin duda la de Popocha, el Rey del Carnaval; tocado con sombrero carrete, delgado, bigotillo, con la alegría de mil carnavales adentro, es Popocha el digno Rey Feo de este Carnaval, ahora se acerca la comparsa de Popocha, no puedo verla aún pero ya oigo su tema musical, un sonsonete alegre que es coreado continuamente con una sola copla: "Popocha ya es, el rey del carnaval, porque así lo quiso la gente del portal" se va acercando más, le arrojan confeti y serpentinas; el piso, las mesas, los vasos, todo está lleno de confeti, cuando pasan los "enxutos", los enmascarados y las comparsas, estallan a su paso combates de confeti entre ellos y los ocupantes de las mesas, hay que tener siempre a mano dos o tres bolsas para repeler los ataques; ya Popocha esta próximo a nuestra mesa, en la anterior, donde está el Pájaro, la gente ya está levantándose para empezar la rumba, casi todas las comparsas tocan rumba por ser más universal, másailable que cualquier otro ritmo tropical. Por el extremo opuesto a donde viene Popocha se acercan los de "mano delicada" vestidos de odaliscas, éstos como todos los de su tribu, traen sus postizos bien colocados, hay dos

que están en el preciso límite, no sabes decir si son hombres o son mujeres, su disfraz es perfecto, su piel tersa, sus brazos mórbidos, su pelo parece natural; uno de ellos me pregunta si quiero bailar, por supuesto que quiero.

Popocha se detiene ante nosotros y ataca su tema con un verdadero frenesí, yo bailo con el "lilo", también Roberto, y José y Armando, y hasta Planchet, todos bailamos con los afeminados, la gente nos arroja confeti y serpentinas y nos vitorean entusiasmados. Popocha sigue su camino, los de "mirada lánguida" quieren quedarse en nuestra mesa, pero no hay lugar, se van también, pero antes nos advierten:

—Si quieren vernos, estaremos a la noche en el Rincón Brujo, no falten.

A la una de la mañana los gringos empiezan a dar muestras de querer irse; la afluencia de gente en este portal ha crecido mucho. Armando nos dice que tenemos que irnos pero sin los gringos, nos reuniremos en las calles de 5 de Mayo en el baile popular. Uno a uno nos levantamos para ir al baño y de ahí trasladarnos al baile de 5 de Mayo, realmente tengo urgencia por ir al baño, creo que en las dos últimas horas no lo he hecho, siento que mis piernas no están muy firmes que digamos, por lo que apoyándome en las gentes me llego hasta el baño. Tengo que hacer cola, espero pacientemente y al fin me toca entrar; todos los orinales están tapados, rebosan líquido que tiene todas las tonalidades del amarillo, en él sobrenadan colillas reventadas de cigarro y residuos de vómito, mi estómago está predispuesto a vaciarse por la abundancia de cervezas ingeridas y la vista y el olor de la porquería lo incitan fuertemente. Al fin cuando termino de orinar, no puedo aguantarme y vomito directamente sobre el orinal, el vomito chapalea sobre los orines y se desbordan, me arqueo dos o tres veces, me apoyo en la pared y finalmente descanso; entra Hugo y me dice: Vámo-

nos Viejo, ya sólo quedan Armando y Planchet con los gringos. Me dejo llevar por Hugo que se da cuenta del terrible pedo que traigo y me toma del brazo para ayudarme a caminar. Atrás del hotel está la calle de 5 de Mayo; empezamos a recorrerla para reunimos con los demás muchachos, en cada esquina hay un templete donde toca un Son o Danzonera; me informa Hugo que aquí el baile empezó desde las diez y que terminará a las cuatro. La calle está plétórica de encapuchados, en su mayoría mujeres que quieren divertirse a fondo. Avanzamos hacia el parque Díaz Mirón; poco a poco vamos localizando a los muchachos; algunos se encuentran ya bailando, otros se han posesionado de una mesa y siguen tomando, al fin nos topamos con Armando y Planchet.

—Como les fue —inquire Hugo—. Fue un “pollo”, cuando ya sólo quedamos los dos, esperamos a que pasara una comparsa, cuando pasó la que canta, *Mírala, que linda viene, mírala que linda va, arrollando va la comparsa, mírala que linda va*, nos paramos a bailar, quitamos el sombrero al recolector y empezamos a juntar nosotros, así nos alejamos de la mesa sin dar lugar a sospechas, cuando pasamos por la entrada del hotel, devolvimos el sombrero y nos metimos corriendo hasta el cuarto del Pájaro. Aprovechamos para bañarnos, descansar, y ya cuando salimos de nuevo, los gringos no estaban, Y ahora qué, pregunto en medio de mi pedote. Pues ahora vamos a ver que ligamos, por mí, nalga blanca y grande, aunque sea de hombre —admite rotundamente Pipo.

En la esquina de 5 de Mayo y Francisco Canal una encapuchada me detiene; es chaparrita, delgada, le miro las manos cuidadosamente y parecen ser de mujer, la invito a bailar y acepta. A la segunda pieza la repego muy bien contra mí, siento sus senos pequeños pero duros restregarse en mi pecho; a través del orificio de la capucha veo sus ojos,

me parecen bonitos, desde luego, no quiere decir como se llama, habla en falsete como sus compañeras; con tal que sea mujer, pienso, no importa como sea ni como se llame. Ella se deja querer, la invito unas cubas y no quiere, prefiere refresco, nos sentamos a la mesa y además pedimos picadas y tacos; para comerlos se levanta la parte inferior de la capucha y me convengo de que estoy junto a una mujer, la piel y la boca que alcanzo a distinguir, pertenecen a una mujer joven.

Seguimos bailando, de vez en cuando pasa alguno de los muchachos acompañado de una mujer, mi encapuchada ya no finge la voz excepto cuando alguien a quien conoce se nos acerca; su voz es agradable, voz de mujer, acento porteño; he dejado de tomar y se me está pasando el efecto de la borrachera, ahora bailo muy pegadito, pero muy pegadito a mi encapuchada, con las dos manos le ciño el talle y ella se enlaza con sus dos manos en mi cuello, de vez en cuando le levanto un poco la capucha y me prendo a su boca, por lo menos desde hace una hora tengo una erección continua y ella gusta de sentir mi verga parada al bailar. Cuando la música cesa, nos quedamos abrazados sin bailar, la gente ni nos ve, la mayor parte hace lo mismo. No me he atrevido aún a proponerle que nos acostemos, pero lo haré de un momento a otro, ambos estamos ya muy calientes y creo que no deseamos otra cosa, estoy a punto de decírselo lo único que me detiene es el pensar donde podremos hacer la cosa; de repente, llegan tres encapuchadas y le dicen a la mía que ya es hora de irse a casa. Apenas son las tres de la mañana —les digo— aún falta mucho para que salga el sol. Se ríen de mi ocurrencia pero sin dejar su voz aflautada la apremian para irse; —Sólo esta tanda y nos vamos —y ellas aceptan.

Aun cuando no coja con mi encapuchada me habré divertido lo suficiente con ella, —mañana en Villa del Mar— me

dice, pero como la voy a reconocer, —yo te reconoceré —promete.

Mi encapuchada se va con sus amigas, quise acompañarlas a su casa pero no accedieron, nos despedimos en el parque y yo regreso a buscar a los muchachos. Pronto, localizo a Armando, Planchet, el Cabrilla y Hugo que están en una mesa acompañados de cinco muchachas, según miro la cachondiza es general; Armando me ve llegar, se levanta y antes de que llegue a la mesa me dice con rapidez:

—Toma las llaves del coche de Planchet y ve por él.

—¿Todavía está en la aduana? —pregunto.

—Sí, te lo traes a esa calle —me recomienda cortante señalando una transversal a 5 de Mayo— lo estacionas en lo más oscuro y te vienes.

Así lo hago y se lo comunico a Armando.

—Está bien —me dice— dame las llaves, como no podemos llevarlas al hotel, porque ahí ha de estar ese cabrón del Pájaro, nos las vamos a coger en el coche.

—¿Están de acuerdo ellas?

—Claro —me siento junto a la que sobra y nos levantamos a bailar la última tanda que toca la danzonera, mi encapuchada es un poco más reacia que la anterior, pero sólo al principio; como última pieza de la noche el conjunto toca el danzón “Mocambo” con duración de media hora, y al terminar la pieza, por medio de una aberturita muy bien disimulada en la bata negra que la encapuchada me ha enseñado, he llegado ya a “pantás”. Seguimos bailando con música de discos, por segunda vez en la noche tengo una erección permanente y ya no veo a qué hora van a desocupar estos cabrones el coche. Por fin me llega el turno y nos vamos al coche, nos acomodamos en el asiento trasero, se nota de inmediato un fuerte olor a semen y a sexo femenino, pero en dos o tres minutos lo asimilamos y como la encapuchada no

quiere desnudarse, me tengo que conformar con alzarle el vestido, bajo este trae un fondo negro y sus pantaletas, sus piernas son morenas y duras, una gran mata de pelo negro y brillante queda al descubierto al bajarle las pantaletas y yo no espero más, yo tengo los pantalones por debajo de las rodillas y acomodándome con cierta dificultad por lo estrecho del coche, logro por fin metérselo. Quedamos exhaustos, también hemos manchado un poco la vestidura, no importa, al fin y al cabo es de Planchet.

Son las cinco de la mañana pasadas, las encapuchadas quieren irse a su casa y por supuesto, no desean que las acompañemos. Nos despedimos ahí mismo, la actividad en 5 de Mayo está agonizando, los puesteros empiezan a recoger sus fritangas y a apagar sus luces. ¿Dónde iremos? Al Rincón Brujo –propone el Pelón Barragán.

El “Rincón Brujo” es un cabaret que se encuentra en los límites de la ciudad, un gran salón descubierto por sus dos lados más largos; en las cabeceras hay estrados para las orquestas las cuales se alternan toda la noche; a la hora en que llegamos todavía esta pletórico de una clientela constituida en su mayor parte por homosexuales y putas; tras de esperar un poco, conseguimos una mesa y ordenamos un cartón de cerveza y aun cuando se nos acercan varios jotos y no pocas putas a querer sentarse con nosotros, no las admitimos, ya que nuestra intención es de no bailar ni coger; sino sólo ir a levantar presión y mitigar la sed de la naciente cruda: el Cabrilla quiere cantar, no es que tenga buena voz, pero se ha acordado de una canción muy de moda en su infancia y quiere repetirla, nosotros no queremos oír ninguna canción, pero él está necio y llama a un trío de cancioneros desvelados:

–Conocen “Mi Linda Leonor” –les pregunta -. No patrón admiten compungidos.

Bueno, denme un acompañamiento de guajira a ver... ¡eso es! y ahora ustedes –nos señala–, me van a corear con esta frase:

*–Y quiéreme, y quiéreme mi linda Leonor,
tú eres, la dueña, de mi corazón.*

Sin muchas ganas, pero por no tener otra cosa mejor que hacer, escuchamos la introducción y enseguida iniciamos la canción, empieza Roberto:

*–Leonor no me quiere,
porque soy carpintero,
mañana cambio de oficio,
¡y le pico el agujero!*

*–Y quiéreme, y quiéreme mi linda Leonor,
tú eres, la dueña, de mi corazón*

Sigue Hugo:

*–Leonor no me quiere,
porque vivo de chofer,
mañana cambio de oficio,
y me la voy a coger*

*–Y quiéreme, y quiéreme mi linda Leonor,
tú eres, la dueña, de mi corazón*

Sigue Planchet:

*Leonor no me quiere, porque los pisos yo pulo.
mañana cambio de oficio,
para picarle el culo,*

*–Y quiéreme, y quiéreme mi linda Leonor,
tu eres, la dueña, de mi corazón.*

Sigue Armando:

*-Leonor no me quiere, porque yo
trapeo con jerga,
mañana cambio de oficio,
y le meto la verga.*

*-Y quiéreme, y quiéreme mi linda Leonor,
tú eres, la dueña, de mi corazón.*

He visto llegar mi turno y ya tengo pensada mi copla; hemos acordado que quien repita una se llevará una pamba. La tonadita es muy pegajosa y no encuentro dificultad:

*-Y Leonor no me quiere, por que soy el herrero,
mañana cambio de oficio,
y le fundo el trasero.*

*-Y quiéreme, y quiéreme mi linda Leonor,
tú eres, la dueña, de mi corazón.*

Y así, una y otra vez nos va tocando el turno de cantar nuestra copla. Algunos empiezan a repetir el tema y se ganan una pamba; mientras tanto seguimos bebiendo cervezas y poco a poco la claridad del día aumenta su brillantez hasta que las luces se apagan y sale el sol.

Enseguida todos en coro y a pleno pulmón, cantamos:

*París se quema
se quema París
y todas las chicas
vienen a mí
y yo las hago...
París se quema,
se quema París...*

Febrero 16 de 1953 (Lunes)

A las 8 de la mañana llegamos a Villa del Mar, alquilamos sillas y sombrillas para descansar y dormir algo. Me sumo en un profundo sopor y casi en el acto me despierta

Hugo, protesto airadamente por la interrupción de mi sueño, pero Hugo insiste porque ya son las once de la mañana (no lo creo) y debemos ir al hotel a cambiarnos y rasurarnos porque a las doce comienza la tertulia aquí, en Villa del Mar.

Me levanto con fuerte dolor de cabeza y un vacío doloroso en el estómago y los sigo hasta el coche.

Metidos en el pequeño baño del hotel consigo bañarme con dificultad y en seguida bajamos a la cantina del Diligencias donde ya nos esperan el Pájaro y los demás ocupantes del cuarto.

El Pájaro también trae su coche y en los dos autos nos dirigimos al salón de baile de Villa del Mar. Este es un inmenso jacalón de madera construido paralelamente a la playa. Sus dos extremos están cerrados y en cada uno hay un estrado para la orquesta. En un costado está la cantina y todo el salón se halla flanqueado por mesas; el espacio de en medio es para los bailarines. Resulta insuficiente la pista destinada al baile. Los costados del salón están abiertos a la brisa y protegidos por una reja de madera que impide el acceso a los gorriones. Ordenamos un cartón de cerveza, el cual es servido con prontitud. Estamos todos reunidos, Pipo, Armando, el Pájaro, Hugo, el Cabrilla, la Coneja, el Peso; el Colas, el Pelón, Alvarado, Planchet y yo. Es un grupo selecto, con excepción de José y yo, los demás hacen el "primer equipo" de fut americano en la escuela. Compiten entre si en dureza, se gastan unas guasas abominables y se insultan en broma pero sangrientamente. Las mentadas de madre mutuas es lo más inocente que cruzan entre ellos. Dos entre todos destacan e influyen sobre los demás... Armando y Pipo: el primero es sin duda alguna el más arrojado del grupo, hercúleo, simpático cuando cuerdo, se torna violento y furioso cuando borracho. Tal vez sin proponérselo, ejerce

influencia decisiva, pero negativa, sobre los que estamos aquí, principalmente sobre aquellos sus compañeros de equipo.

Pipo ha vivido bastante en el medio artístico, es más, dirige un conjunto de música tropical que se llama “Los Diablos del Ritmo”, y tiene conceptos libérrimos sobre el amor, toca la tumba y los bongós con verdadero virtuosismo y baila “Afro” muy bien; tiene corazón de negro y no hay negro en México que no lo conozca. Todo el cinismo, mañas, refinamientos, agresividad y carencia de escrúpulos de que hacen gala, (hacemos porque estoy aprendiendo rápido), provienen de Pipo, él nos ha mostrado por primera vez el camino de la golfería, a burlarse de las putas y a despojar a los homosexuales, a fumar marihuana, bailar el bembé, a beber, en fin, toda la crápula. Pipo es el Amo, muy cierto. Vienen más cervezas, el baile se está animando y aunque no he podido localizar a mi encapuchada, no pierdo pieza. Hay abundancia de mujeres y casi todos bailamos. Ahora Pipo ha traído a la mesa a dos golfas que no vienen en plan de trabajo sino de diversión, toman asiento junto a nosotros y les pedimos cervezas. Una se llama Carmen Alvarado y la otra Élida Guillén, no son muy guapas, pero tampoco están despreciables, sobre todo quieren divertirse, las acaparan Pipo y el Pájaro.

De pronto veo una cara conocidísima y le aviso al Colas, los dos somos fanáticos del béisbol y tenemos a Beto Ávila en el pedestal de los ídolos, nos levantamos para verlo de cerca e invitarlo a que se tome algo ¡será un gran honor para nuestra mesa, tener a Beto Ávila!; accede de buena gana el gran Big Leaguer y nos acompaña, en la mesa están tan solo el Pájaro, Pipo y Armando, los demás andan bailando:

—Conoces a Beto Ávila —da por supuesto emocionado el Colas a Armando a modo de presentación.

—¿A quien? —pregunta éste con indiferencia afectada.

—A Beto Ávila.

—¿Y quién es éste señor, qué hace, qué dice, qué escribe, qué inventa?

Pipo y el Pájaro rompen en estentóreas carcajadas, la situación es embarazosa para nosotros, el pobre de Beto no sabe que hacer:

—No —agrega Armando—, no lo conozco, pero seguramente que él sí me conoce —comenta displicente, le da la espalda y se empina dos botellas de cerveza a la vez.

—Vámonos balbucea Beto todo corrido, y lo acompañamos con el grupo de amigos de donde lo trajimos.

Regresamos a la mesa a reclamarle a Armando su proceder pero ya no está, se encuentra bailando. Nos sentamos malhumorados por la pesada broma y en eso llega Planchet, todo colorado y con el hocico roto.

—¿Qué te pasó? —le pregunto.

—Unos cabrones me dieron en la madre.

—¿Por qué?

—Por una pinche vieja, no quería bailar y la saqué a huevo, entonces un cabrón me descontó y me partió el hocico, a mi vez yo le di una patada y lo deje revolcándose.

—Ve a avisarle a los muchachos, pero ya —le indico a José— parece que ahí vienen los de la bronca.

José obedece; tras de las mesas cubiertas materialmente de cascotes de cerveza vacíos, sólo quedamos Planchet y yo; seis o siete individuos al parecer del Puerto, se van acercando a nosotros; sus puños cerrados y la palidez de sus rostros no auguran nada bueno, Planchet se coloca a mi lado y yo le susurro:

—Que no se acerquen a la mesa, vamos a tirarles las botellas.

Así lo hacemos, una verdadera lluvia de cascós vacíos cae sobre ellos obligándolos a poner buena distancia de por medio. La gente se abre de inmediato, nadie quiere sacar gratis la cabeza rota, entonces ellos se apoderan de varias mesas como escudo y avanzan contra nosotros. En ese justo momento se les cae el mundo encima, todos los muchachos los atacan a la vez, sin misericordia son golpeados, son pateados, ruedan de uno a otro lado, nos sumamos a la felpa y Planchet tiene el placer de botarle media dentadura de una patada al tipo que lo descontó. Armando y la Coneja, están hechos una furia, sistemáticamente van agarrando uno a uno a los tipos que nos atacaron y hasta que no les piden perdón los dejan, con todo y esto, la pelea es más bien breve, pronto se oyen los silbatos de la policía, nosotros no queremos nada con ella, usando una mesa, tiramos una rejilla de madera y saltamos a la playa, de ahí corremos hacia los coches.

Tenemos hambre, el ejercicio del pleito nos la ha provocado y acordamos irnos todos a comer a "La Choca", en Boca del Río, con nosotros vienen también Carmen y Élida.

Son cerca de las tres, mientras nos sirven, llamamos a un conjunto jarocho para alegrarnos, pasamos una tarde verdaderamente encantadora, la comida es exquisita, yo repito el chilpachole de jaiba, nunca había probado una comida tan buena. El grupo trae una pequeña que le tupe al zapateado, el Pájaro no se aguanta y salta a bailar los alegres sonos jarochos, baila también Armando y baila el Colas, quien pide una vez y otra, el son jarocho "El Colás":

*Y en medio de la plaza, que en Veracruz está,
bailaban las muchachas, bailaban el Colás,
Y Colás, Colás, Colás y Nicolás,
lo mucho que te quiero
y el mal pago que me das.*

Creo que no menos de veinte veces he oído “El Colás”; a la comida han seguido más cervezas y la euforia del pleito ganado y la alegre música nos tienen borrachos de nueva cuenta.

—Hay que liquidar esto —establece Pipo— y vámonos a la tertulia del Diligencias.

Pedimos la cuenta, de comida y bebida se deben unos sevecientos pesos, de música, como doscientos, pero somos muchos y fácilmente la liquidamos.

La tertulia del hotel Diligencias da comienzo como a las cinco de la tarde, son ya las seis y nos cuesta un poco de trabajo encontrar mesa, tenemos que correr a unos pobres diablos que acertaron a quedar junto a nosotros.

El público de esta tertulia es más escogido que el de medio día en Villa del Mar y por supuesto, del que asiste a bailar en la calle por las noches, hay algunas enmascaradas, pero en general las chicas llevan sus trapitos domingueros y va de lo mejorcito; no se puede negar que en el puerto hay chicas guapas. Pedimos más cervezas y nos dedicamos a bailar; Pipo y el Pájaro que ya llevan sus parejas, después de un rato de bailar y cachondear, se van al cuarto a coger.

En un descanso, ya cerca de las nueve de la noche, la Coneja nos dice que cree haber sido reconocido por alguno de los que golpeamos en la mañana, nos pide que estemos alerta, por si acaso.

Tiene razón, en la siguiente tanda, sistemáticamente lo empiezan a empujar, lo acorralan en una esquina de la terraza, le quitan a la pareja y se le echan encima. La Coneja, aunque chaparro, es muy fuerte y sabe pelear, apenas vemos el tumulto corremos hacia allá y se generaliza el pleito. tal parece que la palomilla de Veracruz ha pedido refuerzos. porque en número, las fuerzas están más o menos niveladas, pero de todos modos tenemos a tipos como Hugo y Arman-

do, que de eso piden su limosna y muy pronto empiezan a hacer estragos en las filas jarochoas. La policía llega y esta vez es imposible escapar tan fácilmente, son apresados Armando, el Cabrilla, Planchet y Toño Alvarado y remitidos a la cárcel de la ciudad. El resto decidimos irnos al baile de Mocambo, sería peligroso andar por 5 de Mayo, expuestos a que cualquier encapuchado nos descuente o pique; en lo tocante a tratar de sacar a los muchachos, ni pensarlo, lo único que lograríamos es que nos encerraran también; tendrán que pasar la noche en la "grande".

Como de costumbre, exigimos las mejores mesas y nos hacemos traer un par de cartones de cerveza para empezar. No pasa mucho tiempo sin que ligue yo una linda jarochita, con la cual me dedico a bailar entusiasmado durante varias tandas. Al regresar a la mesa me encuentro con que ya están con nosotros el Pájaro y Pipo y por supuesto sus chicas, pero ahora están acompañadas de Luna y Torrero.

—Conque rotación, ¿no? —murmuro en voz baja a Pipo.

—Por supuesto, a poco creían que nos íbamos a quedar con ellas todo el tiempo.

—A ver si me toca, ¿qué tal están?

—Aguadas, por lo menos se han comido ya varios kilómetros de verga.

El Pájaro nos interrumpe para señalar un viejo que está en una mesa distante.

—¿Ven aquel viejo prieto y flaco que esta allá?

—Sí.

—Es de Tlacotalpan, es tío mío, le voy a enviar una botella de Potosí y por lo menos nos regresa una de coñac.

Diciendo y haciendo, el Pájaro ordena al mesero que lleve una botella a la mesa señalada y muy pronto el viejo se levanta con otra de whiskey en la mano y tambaleándose se dirige hacia nosotros.

—Sobrino, hijo de puta, ¡cómo estás! —le grita al Pájaro cariñosamente

—¡Quíubole tío, hijo de la chingada! —contesta el Pájaro y se levanta para abrazar a su pariente con efusión exagerada.

—Qué cabrón sobrino, tan vacilador como siempre. ¿Y cómo está Falla?

—Muy bien tío, y la gente en Tlacotalpan, ¿cómo está?

—No sé, todo este año no los he visto.

—¿Dónde te has metido?

—Aquí, soy el comandante de la policía del puerto.

—¡Qué bien hijo de la chingada!, tenemos unos amigos en la cárcel, ¿los puedes sacar, no es así?

—Sí los saco, pero no ahorita, no chingues, ya son las tres y poco falta para amanecer, tempranito mejor ¿eh?

—Donde te vemos.

—No te preocupes, ahorita corto a esa gente con quien estoy y enseguida nos vamos a la Escondida.

Nos explica el Pájaro, en pocas palabras, que seremos muy bien atendidos por el solo hecho de ir en compañía de su tío, en la famosa “Escondida”, el mejor burdel del Puerto.

Tanto Luna como Torrero declaran no tener el menor interés de ir a dicho sitio y junto con las muchachas marchan al hotel; nosotros esperamos todavía una media hora al tío y al filo de las tres y media dejamos Mocambo para ir a “La Escondida”.

Al llegar es reconocido en el acto el pariente, separan unas mesas para su atención; presenta a su sobrino con la encargada y nos presenta como sus amigos, tanto él como el Pájaro, tendrán cachuchazo y bebida gratis, nosotros solamente bebida; el burdel es una casa cuyo patio sirve de pista de baile, se baila con sinfonola y generalmente las putas llevan como único vestido un traje de baño, algunas de una pieza, otras en bikini.

El Pájaro y su tío se ocupan dos veces con diferentes chicas, yo llamo a una, pero me pide cien pesos y pensando que al otro día con Carmen y Élide cogereé gratis, le digo que no. Además, me estoy cayendo del sueño, siento como si en los párpados tuviera una tonelada de arena, o como si me hubiera pasado un turno de ocho horas soldando con eléctrica.

Febrero 17 de 1953 (Martes).

Estoy cansado de bailar con todas las putas de “La Escondida” y de agarrarles sus cosas y tragar cerveza.

Al fin amanece, el Pájaro y su tío alcanzaron a echarse un sueñecito. Les recuerdo que debemos ir a sacar a los muchachos y emprendemos el viaje hacia la cárcel. Llegamos, el Pájaro entra para hacer la identificación y a poco nos reunimos todos.

—¿Qué tal la pasaron? —les pregunta Pipo.

—Todo estuvo perfecto —relata Armando— como no había camioneta disponible nos trajeron caminando hasta acá y a cada rato nos parábamos a cantar y a bailar el cha-cha-chá, “Yo no camino más”. Nos multaron pero no quisimos pagar las multas y entonces nos encerraron. Allá dentro está lleno de rateros y de putos; al principio creyeron que iban a agarrar barco con nosotros, pero al primero que se me acercó le partí la madre en un dos por tres; enseguida los puse a marchar a paso veloz alrededor de la galera durante una hora. No nos molestaron más y pudimos dormir tranquilos.

—Vamos a desayunar mondongo al mercado —ordena Pipo, y todos acatamos la orden. Una fórmula más para curarse la cruda. Mondongo bien caliente y bien picoso acompañado de un par de cervezas heladas. Para que una fórmula de “cura” sea buena tiene que provocar tres reacciones en el cuerpo: sudar, cagar y dar hambre.

Cuando termino mi primera cerveza empiezo a sudar a chorros y a sentir un calor endemoniado por todo el cuerpo. Parece que tengo brasas en el estómago y un reguero de chispas me recorre el esófago desde arriba hacia abajo, pero el mondongo sabe a gloria y las tortillas desaparecen como si fueran soletas.

Estamos almorzando en un puesto de madera situado en la calle y llegan hasta él tres muchachos de Veracruz, uno de ellos con un parche sobre una ceja y otro con un impresionante moretón sobre un pómulo.

José Miguel nota que lo observan cuidadosamente y se lo comunica a Hugo. Éste interrumpe su almuerzo, se les queda viendo de frente y los increpa:

—Que hay socios, cual es su problema.

—Ustedes son los de ayer en Villa del Mar —le dicen. Pipo lo confirma:

—¡Sí, y qué!

Ellos no esperan más, se levantan sin probar bocado y se van, no sin antes amenazarnos:

—Más les vale que se vayan, porque se van a llevar la partida de madre de su vida.

Hugo toma su botella de cerveza a medio vaciar y se las arroja, casi todos hacemos ademán de levantarnos pero ellos echan a correr y pronto dan vuelta a la esquina. Terminamos el almuerzo y nos vamos al hotel. Todos tenemos sueño y deseamos dormir, pero no hay donde. El Pájaro dice que en su cuarto no cabemos todos, pero en la playa no se puede dormir a gusto a esa hora.

—Imbéciles —exclama Pipo— ¿quién es el tarado que quiere dormir en pleno carnaval?, vamos a la botica más próxima a comprar benzedrina.

—Pero en la noche tendremos más sueño —objeta alguien.

—Pues tragas más benzedrina —insiste Pipo.

De todos modos vamos al hotel a rasurarnos y a bañarnos y al llegar al cuarto encontramos a las dos golfáridas con Luna y Torrero, durmiendo plácidamente. Yo ya ni me acordaba de ellas pero aquí están ya, despertando azoradas por la bulla. Hugo tira de las sábanas y los cuatro quedan encuerados protestando ruidosamente, pero no les hacemos caso y empezamos a jugar con ellas mientras ellos se visten. Nos damos gusto nalgueándolas y pellizcándolas y rodándolas por la cama hasta que Pipo marca el alto y decide que se vistan y se salgan para poder bañarnos en paz.

Con muchas incomodidades por lo reducido del cuarto de baño, logramos asearnos y, al salir entran las muchachas a embellecerse. El Colas y yo nos las ingeniamos para arreglar una cita con ellas, como sabemos que andan sin quinto les hacemos una invitación a comer y quedamos de vernos en el café de la Parroquia a las 3 de la tarde.

En alegre tropel, casi bailando, nos acercamos a la estación del ferrocarril de donde parte el desfile de carros alegóricos y que a esta hora, ya debe de estar a punto de comenzar; no es nuestra intención ir a babosear a los carros, sino ver que chicas ligamos para el resto del día. Algunas comparsas se disponen a marchar también. Hay una muy chistosa, la comparsa de Tanislao.

Nos diseminamos siguiendo a varios grupos de muchachas y los más "caritas" logran ligar encapuchadas en su mayoría.

Parte el desfile y nos dividimos en dos grupos. unos llevan encapuchadas en un coche y los solteros en el otro: enfilamos a Villa del Mar, no sé si son falsas aprehensiones mías, pero creo que nos vigilan y nos siguen. Me eximo de dar a conocer mis temores para evitar cuchufletas y sarcasmos. Es temprano aún para la tertulia de Villa del Mar, pero

de todos modos nos instalamos y pedimos otros dos cartones de cerveza para empezar.

Poco a poco se va llenando el salón y mis temores van en aumento al ver el número de individuos que pasan fijándose disimuladamente en nosotros.

Al fin Arturo Nuñez inicia la tertulia con el danzón “La Palma” y los que no tenemos pareja salimos a buscar una. Yo prefiero permanecer a la expectativa porque no deseo recibir un botellazo. Ahora nos encontramos situados en el extremo norte del salón. A la mitad de la tanda, una encapuchada se me acerca y con voz aflautada me pregunta:

—¿Podrás adivinar quién soy?

Todas las voces de falsete son iguales, de modo que sin contestarle me limito a menear la cabeza negativamente.

—Soy yo —me dice muy bajo pero en su tono natural.

Ahora sí la reconozco, al punto me levanto a bailar con ella.

—¿Por qué no viniste ayer? —le reconvegno.

—Vine, pero sólo alcancé a ver que salían ustedes perseguidos por la policía.

—Aprovechemos pronto el tiempo de lapso ruin —le digo y la repego entre mis brazos.

Bailamos un par de tandas y al finalizar la segunda quedo al lado del estrado sur donde no hay orquesta y está lleno de jarochos en cuya cara se lee la tensión de un acontecimiento violento próximo.

Tan a gusto que he bailado con esta chaparrita que además de bailar muy bien se deja cachondear a fondo. Creo que en la próxima tanda se armará la bronca. Los cuento. Cuando llego a 70 me apresuro a reunirme con los muchachos antes de que alguien me reconozca, pero ya la música toca otra vez y sólo encuentro a cuatro, les comunico mis

observaciones y preventivamente, nos paramos a reunir a los demás.

La cabeza rubia de la Coneja es fácil de distinguir y trato de acercármele, pero también es el faro que guía a los enemigos, quienes me toman la delantera y un grupo de 7 cabrones lo rodea y uno de ellos lo descuenta.

Me olvido de mi compañera y me lanzo en su ayuda a patada limpia, la táctica de ellos es aislarnos y atacar a uno solo en grupos no menores de cinco, algunos escapamos a su vigilancia y acudimos en ayuda de todos los demás. Pronto la bronca toma proporciones descomunales, varios bailarines son golpeados sin tener culpa y se suman al pleito generalizándolo. La policía interviene y nosotros optamos por entregarnos para salir lo mejor librados posible.

Hasta que no viene un gran refuerzo de policías no termina la bronca. Es desalojado todo el salón y al que trae huellas de pleito lo detienen. ¡Nosotros encantados!

Otra vez nos llevan a la Jefatura pero ahora en vehículos, todos nos metemos en uno y para su desgracia, seis de nuestros enemigos son subidos ahí. Como la camioneta es cerrada, adentro les ponemos una chinga de perro bailarín en el corto trayecto que efectuamos a la Comandancia.

En esta ocasión sí está en funciones el tío del Pájaro, el cual es puesto en antecedentes del broncón y ordena que separen a los dos grupos de rijosos; a aquellos los multan con \$99.97 y dos días incommutables de cárcel y a nosotros, después de media hora nos deja salir.

Los encerrados son cerca de 20, pero pienso que anda un resto grande suelto por la calle.

—Vamos a los portales —dice el Pájaro al salir.

—Primero vamos al hotel a cambiarnos, mírense como están —acierta Pipo a decir, en efecto, casi todos traemos la camisa rota, algunos hasta los pantalones; lucimos chichones

y no pocos huellas de sangre en la cara; son las huellas de una honrosa derrota, además, ¿cómo quedarían ellos?

—Yo me voy a México, ahorita mismo —declara José Miguel.

—Ya le sacaste.

—No ves pendejo, que a mí es al primero que identifican por ser güero y en consecuencia al primero que le arrean los putazos.

La Coneja tiene razón, es rubio, el único rubio del grupo, y su cara es fácil de retener, de modo que es el primero, como dice, que identifican siempre. Ha traído su coche de modo que no tiene problema, está dispuesto a irse y de seguro se irá.

Nuevamente estamos todos metidos en el maldito cuarto de baño, nuevamente hay empujones y bromas para conseguir arreglar un poco nuestro maltrecho físico; queríamos ir a comer a Mandinga, pero se nos ha hecho tarde, ¿a dónde iremos entonces?

Las opiniones se dividen, unos quieren ir a los portales y otros a la tertulia del Diligencias, pero surge este inconveniente ¿Y si se arma de nuevo la bronca? En los portales es muy difícil, porque continuamente pasa la policía y ahora que de seguro ellos saben que ésta nos protege, lo pensarán dos veces antes de atacarnos; se decide que algunos vayan a los portales y la mayoría se queda en el Diligencias, más tarde todos nos reuniremos con los primeros; en caso de bronca alguien deberá avisar a tiempo, el Colas y yo nos vamos al Café de la Parroquia donde citamos a Élida y a Carmen, ellas ya comieron y sólo nos aguardan para que paguemos la cuenta, les contamos la segunda pelea de Villa del Mar, comemos y como ya son las cinco, las subimos a la Tertulia.

No hay incidentes dignos de contar durante ésta; salvo algunas miradas hostiles, nadie emprende una acción direc-

ta contra nosotros y nos divertimos bastante. Por ahí de las ocho de la noche, el Colas, las muchachas y yo nos vamos al cuarto.

Élida sabe coger muy bien, se mueve como culebra y me ha dejado para el arrastre, mientras entra al baño a lavarse, me va venciendo una gran somnolencia, los ojos se me cierran solos, quiero dormir, pero entra el Pelón Barragán acompañado del Cabrilla:

—Los vimos, hijos de la chingada —nos despierta con ésta tierna alocución el bestial Pelón— y no crean que se van a quedar aquí con ellas toda la noche, ahorita bajan con nosotros a los portales, y ustedes ya pueden ir buscando otra pareja, antes digan que les dimos tiempo.

Inútil discutir, y además, no tiene objeto. Han sido nuestras y es justo que ahora sean de otros.

Del frasco de benzedrina tomamos una pastilla para sostenernos en pie y bajamos al maremagnum de los portales. Con excepción de la Coneja, ahí están todos en una mesa cuádruple en donde nos acomodamos como podemos. Un mariachi está tocando por cuenta de los muchachos pieza tras pieza, se bebe en grande y asisto una vez más al magno espectáculo, la borrachera colectiva más grande de México. ¡los portales del Carnaval de Veracruz!

Pasan las comparsas agotadas de bailar y cantar frenéticamente desde hace más de 72 horas. Una grande, pero media andrajosa se detiene para la foto.

Circulan las rondas de encapuchadas que la semana pasada eran recatadas señoritas que rompieron con su novio para poder entregarse al desenfrenado anonimato que da la capucha. Escoger al macho que les gusta, besarlo y ser besadas, permitirle lo que no se le permite al novio, desbordar el temperamento tropical, untarse a él, restregarse, oprimirse, venirse en la pantalla de caricias y algunas. ¿por qué no? su-

cumbir totalmente al llamado imperativo del sexo. Y otras, ¿por qué?, detenerse a tiempo, huir, escapar, para reintegrarse mañana al escarceo inocente con el novio formal aportando un poco de emoción conmemorativa, siendo un poquito más mujeres, llevando el sexo más despierto, más anhelante, acumulando deseos, esperanzas, amor.

Atraviesan los homosexuales ataviados con sus más ricas galas en este estupendo martes de Carnaval: reparten pícaras sonrisas, arrojan besos atrevidos a los hombres, se contorsionan femeninamente y van dejando una estela de perfume y de gasas que se mezcla con la sonrisa tolerante del otro mundo sexual.

¡Ahí viene la comparsa de Popocha otra vez! Visten sus trajes reales, al estilo oriental, muy acordes con el venerabilísimo Omar de Kayam. *¡Popocha, ya es, el Rey del Carnaval, porque así lo quiso la gente del Portal!* Su grito de guerra, su grito de alegría, Popocha conoce al Pájaro (¿Quién no lo conoce en el Puerto?) Se saludan y Popocha se toma una cerveza nuestra de un solo envión. Bailan Popocha y su séquito un minuto y luego prosigue su marcha. ¡Qué grande es Popocha!

Cruza la madrota de la "Escondida" escoltada por sus dos mejores pupilas y aventando nubes de confeti que se pega a los ojos, se mete por la nariz y la boca, inunda los vasos y forma una suave alfombra multicolor en el suelo. Para las últimas horas, y con mayor frenesí, 10, 15 o 20 conjuntos de mariachis, de marimbas o sones veracruzanos, tocan a la vez y la música unida a los pregones de los vendedores, los gritos de los meseros y el vocerío de los borrachos, forma un inmenso clamor donde nada se distingue porque todo es ruido, porque todo es confusión y caos.

Al otro lado del jardín, en un tablado, está terminando el concurso de zapateado jarocho. ¡Medellín contra Tlacotalpan!

—Gana Tlacotalpan —nos avisa el Pájaro con júbilo cuando regresa de presenciar la final. Cada vez que pasa un grupo de encapuchadas trato de identificar a mi chaparrita, pero es inútil, no lo logro.

El mariachi que tenemos a nuestro servicio sigue cantando de firme, ¿cuánto se deberá ya? Veo pasar a Pancho Berceril que parece buscar a alguien, le llamo, y alegre por el encuentro acude:

—¿Cuándo llegaste? —le pregunto.

—Ayer —me dice— vine con el Súper pero lo perdí y lo ando buscando.

—No lo vas a encontrar —le advierto— quédate con nosotros.

Accede. Desde donde estamos vemos estallar los juegos pirotécnicos. La Plaza de Armas de Veracruz se inunda de claridad, la parroquia aumenta su blancura con las bengalas que la iluminan y destaca su masa contra el negro cielo del Puerto. Luego en lo alto se abren los florones rojos, verdes y blancos de flamígeros y coloridos trazos que se van apagando al descender. El humo de las bengalas que desde las cornisas de la parroquia dejan caer una enceguedora cascada de luz blanca, se cuele en los portales. El jefe del mariachi dice:

—Son quinientos pesos de la música.

Armando saca de la bolsa una moneda de cinco centavos y se la da.

El mariachi insiste:

—Son quinientos pesos.

—No traigo más —le grita Armando.

El resto de los mariachis angosta el círculo y exigen su paga. Nosotros, atentos a lo que Armando hace, nos preparamos para lo peor.

—No traigo un peso —dice insolente Armando.

Pero sé que no es pose, que verdaderamente no trae ya dinero y por lo que respecta a los demás, por ahí andamos.

El jefe de los mariachis al ver que sus reclamaciones no tienen eco y que nadie le hace caso, le dice al trompeta:

—Ve por la policía, Nicasio.

Nos tiene sin cuidado la policía pero este socio tiene la mala ocurrencia de asir por un hombro a Pipo, quien colérico se zafa:

—Quítame la mugrosa de encima, estúpido —le ordena— El mariachi también trae sus copas y en lugar de soltarlo lo aferra más.

El resto de los músicos se pone iracundo.

El Pelón estrella un casco vacío de cerveza en la cabeza del que aprisiona a Pipo, los mariachis entonces quieren coger un rehén para asegurar su paga, pero les llueven botellazos, patadas y puñetazos a ritmo desmesurado, las mesas caen patas arriba, los meseros acuden corriendo, pero ya nosotros nos confundimos entre la muchedumbre y nos disperamos.

Becerril y yo decidimos irnos a 5 de Mayo a ver que pesamos, secretamente alimento la esperanza de encontrarme con mi chaparrita encapuchada.

Hambre. Me asalta un hambre horrible y nos detenemos en un puesto de tacos de longaniza y ccina. Devoramos taco tras taco hasta llenarnos y en seguida iniciamos el recorrido de la calle. Casi a la altura del parque Díaz Mirón, alguien me tapa los ojos y una voz en falsete detrás de mí pregunta:

—¿Quién soy?

—¡Te conocí mascarita! —exclamo alegremente, la veo y su capucha me es familiar, creo que pasaré el resto de la velada en forma encantadora.

Viene ahora acompañada de una amiga que también está encapuchada, y es un poco más alta que ella, inclusive que Becerril que es bien chaparro.

Tomamos una mesa en la esquina donde juzgamos se ubica la mejor danzonera, pedimos cervezas para los cuatro y nos ponemos a bailar.

Bailo con mi dama cadenciosamente, con lentitud, con precisión. Nos interiorizamos en el ritmo, nos acoplamos paso a paso. No me arrebata el quiebre de los metales de la danzonera: los marco y los ejecuto. Me adorno, profundizo en los giros y ambos nos abandonamos hora tras hora al deleite de la música tropical. He sido, soy y seré siempre un buen bailarín.

Querida desconocida, pequeña y enigmática, desaparecerás muy pronto y te olvidaré más pronto aún.

Son las tres de la mañana y el efecto de la benzedrina ya desapareció, los dos últimos danzones los he bailado dormido y ellas opinan que ya es hora de retirarse. Aceptan ser acompañadas hasta su casa.

Por el camino insisto en que se descubra:

—La calle es oscura y casi nadie pasa, déjame ver tu rostro.

—No —es su respuesta.

La compañera de Becerril en cambio se quita la capucha y el faldón.

La envidia me hace nudo ciego en las tripas cuando veo que es un soberano mangazo trigueño. Mi amigo traga saliva y pasándole el brazo por sus hombros continúa caminando.

Llegamos a una esquina de un solar iluminado por la escasa luz que da un foco solitario y nos sentamos en la banqueta a platicar los cuatro. Deseo ver la cara de mi amiga porque quiero saber cómo es ella, con quien he pasado tantas horas. Estoy borracho pero sé lo que deseo. El terrible sueño me baja los párpados, mina mi voluntad y me sume en un abandono que me torna cada minuto más indiferente.

—¿Así que no me dejarás ver como eres? —le digo.

—No tiene caso.

—¿Y por qué dices eso?

—Mañana tú te vas y no volveré a verte nunca.

Supongo que mi amiga es fea, porque de otra manera ya se hubiera descubierto. La vanidad femenina tiene un límite, llegada al cual se desborda. Opto por aceptar la incógnita, creo que es lo mejor porque si es fea, presiento que mi entusiasmo se congelará sin poder evitarlo ni disimularlo y más vale mantener una ilusión y un recuerdo amable de estas horas pasadas. Pero Becerril ha iniciado un romance con la bellísima morena.

—Sabes—me dice— ¿que Julia y yo nos queremos?

—¿Amor a primera vista, eh? —comento.

—Algo así, afinidad, simpatía, atracción, llámale como quieras.

—Háganse novios y en paz.

—Mejor que eso, nos vamos a casar mañana.

—Qué buen chiste —digo incrédulo.

—No es chiste —señala Julia— eso haremos.

Pienso que Becerril nunca jamás tendrá la oportunidad de conquistar otra chica como Julia, pero ni remotamente, pero ni trasladándose a otra galaxia.

—Supongo que habrá que pedirla, verdad, cuenta conmigo para acompañarte.

–Tendremos que ir a Piedras Negras a ver a mi papá –corrobora Julia.

–Eso está muy lejos –flaqueo en mi anterior ofrecimiento.

–Está a dos horas de aquí –corrige Julia.

–En ese caso cuenten conmigo.

–Yo me regreso temprano a Piedras Negras y ustedes llegan en la tarde a hablar con mi papá.

–¿Y si no acepta? –prevengo.

–Me voy contigo y nos casamos en otro lado –le dice resuelta Julia a Becerril.

–Hecho –resumo cabeceando, casi durmiendo– ¡mañana en Piedras Negras!

Con un beso largo sellamos nuestra despedida y mi chica cede con un dejo de incertidumbre:

–Mañana a las 2 de la tarde sube al segundo piso del edificio del Banco de México, ahí trabajo, búscame, iré con un vestido amarillo, si deseas que continuemos, espérame a la salida a las dos y media.

Dan las cinco cuando regresamos al hotel, todavía encontramos borrachos rezagados en el portal, y apenas dos o tres mesas con grupos de fieles a la noche. Los barrenderos arrastran montañas de confeti y serpentinas.

Las sillas muestran impúdicas sus culos y sus cuatro patas flacas apuntando al cielo, el puerto duerme apaciblemente y gesta una cruda colectiva mientras cientos de parejas se regocijan en sus camas como última actividad en homenaje al Carnaval que agoniza.

En el cuarto casi no hay lugar en donde tenderse, en la cama duermen atravesados 7 cuerpos y en el suelo hay desperdigados otros. Terrible olor a sudor recarga la atmósfera y Becerril y yo nos metemos debajo de la cama a dormir.

Me tiendo en el duro suelo que mi necesidad de sueño hace sentir como blando colchón de plumas y al acomodarme alcanzo a tentar un seno femenino. Me acerco al seno, al cuerpo y a la cara que pertenece, y reconozco a la golfa de Carmen, cierro los ojos y ya no sé más.

Miércoles 18 de febrero de 1953

Para las doce del día es imposible seguir durmiendo, los que han despertado arman un barullo infernal en el baño y el Pelón empieza a echar agua sobre los que permanecemos acostados. Las chicas han bajado a desayunar con Luna y Macías. Todo el mundo, con excepción de Armando, Hugo y yo, quiere regresar a Córdoba, pero saben que no hay transporte disponible porque Planchet se queda. Desde las cinco de la mañana ha empezado el regreso tumultuario a la ciudad de México; el ferrocarril partió con una hora de retraso, los camiones de primera no tienen cupo y los de segunda están atascados. Al fin se da con una solución, los que quieren regresar a Córdoba alquilarán un ruletero y lo pagarán llegando al hotel, donde algunos tienen dinero, ya que los bancos estarán cerrados a esa hora. Así se hace y con ellos se van las golfas.

Yo pregunto a Becerril que se apresta a regresar.

—¿Y Julia?

Me contesta con un ademán ambiguo.

—¿La vas a dejar ir? —le reconvento en tono amistoso.

—Con el dolor de mi corazón —me asegura— no dormí pensando en ella, pero llegué a la conclusión de que no ha llegado la hora de que me case.

—Pero tú ya puedes mantenerla, trabajas, ¿es que no la quieres?

—No sé, pero creo que no me ha llegado la hora.

La estupidez de Becerril me indigna y tras de despedirme de él friamente, les digo a los muchachos que se han quedado:

—Ahora nosotros nos vamos a comer a Mandinga.

—No —aclara Pipo—, estamos invitados a un casamiento de putos a las dos de la tarde, se va a poner muy bueno, es gente de dinero.

Un casamiento de homosexuales es cosa nueva para mí, es más, nunca había oído que se casaran, de modo que me preparo a ver cosas “grandes y maravillosas”. Nos aclara Pipo que no estaremos presentes en la ceremonia, porque es de carácter estrictamente privado, pero en cambio tomaremos parte en el festejo.

A la una me llevo hasta el lugar donde trabaja mi ex encapuchada, subo al segundo piso y veo no a una, sino a tres de vestido amarillo. Pero de las tres no se hace ninguna. Apresuradamente me salgo sin cruzar una sola mirada de reconocimiento, sin esbozar una sonrisa de comprensión, me siento duro como mis amigos, inflexible y despiadado, y corro a refugiarme en su mundo que he escogido también como el mío.

Para las dos de la tarde llegamos a la casa donde se celebra el matrimonio, es una casa grande, moderna, situada en una de las nuevas colonias del puerto. Se ve que Pipo es estimado en este ambiente, porque somos muy bien recibidos. Aquí hay gente de “manita caída” para todos los gustos, jóvenes, de edad madura y hasta viejos, chaparros, altos y medianos, delgados y gordos, de ojos verdes, azules, café y negros, la mayoría viste pantalón ajustado y playera, mocasines o huaraches femeninos, algunos traen una mascada en el cuello, otros la portan en la mano con delicadeza, todos, todos, se deshacen en amabilidades para con nosotros. La “novia” todavía viste un auténtico y costoso traje de bodas.

se ve emocionadísimo. El novio viste traje de lino color blanco, inglés legítimo; la sala es espaciosa, una alta fidelidad toca música suave, nos preguntan que deseamos tomar. Todos queremos scotch, con agua natural por favor.

El scotch rompe el hielo fácilmente y al poco rato nos hallamos conversando muy a gusto con nuestros anfitriones; nos dividimos en pequeños grupos y en todos ellos las pláticas versan sobre tópicos diversos, predominando el arte. A las cuatro viene el ambigú, nos hacen pasar al comedor donde cada quien se sirve. La mesa es rica y comemos hasta llenar.

Después nuevamente volvemos a la sala y algunos de los invitados se empiezan a despedir. Estoy desilusionado un poco pues esperaba ver un dégenere en toda forma y la recepción ha transcurrido con toda normalidad.

—¿Esto es todo? —pregunto a Pipo.

—No seas impaciente —me dice— ahorita se van cada quien por su lado a ver el entierro de Juan Carnaval a los portales, y una vez que se haga de noche, regresarán a proseguir la fiesta.

Se decide que también nosotros acudiremos a ver el entierro de Juan Carnaval y prometemos volver para más tarde. Durante el trayecto Armando nos hace observar:

—Fíjense en la clase de ropa que usa esta gente.

—Muy buena ropita —alaba el Cabrilla.

—Pues en un descuido —prosigue Armando— subí a las recámaras y vi los roperos atascados de ropa de lo mejor.

—¿Le ponemos? —pregunta Hugo.

—Claro.

—¿Y Pipo? (Pipo viene en el carro del Pájaro).

—No le vamos a decir nada, del trabajo nos encargaremos el Viejo, Hugo y yo, los demás vigilarán a Pipo y a los putos.

Acordamos para más tarde el planeamiento en detalle del robo de la ropa y nos acomodamos en los portales. Son las seis de la tarde y hay mesas de sobra, aun cuando todavía hay gente, la afluencia de la misma ha disminuido, la mayor parte de los vendedores y fotógrafos ambulantes ya no están, sólo unos cuantos conjuntos musicales, como almas en pena, vagan de aquí para allá ofreciendo sus servicios; la ciudad se ha ido vaciando en el transcurso del día, la gente del puerto ya no se emborracha, pues mañana tendrá que trabajar.

A las ocho un carro alegórico pasa portando el ataúd de Juan Carnaval, la gente que va junto a él, simula llorar; reparten volantes con versos de Paco Píldora que festejan los hechos más sobresalientes del evento, y la chiquillería golpea en latas vacías y se lanzan algunos cohetes; la nota chusca la dan los que gustan de la “cocacola hervida”, la mayoría se ha disfrazado de embarazadas, con almohadas y largos faldones simulan enormes panzas y lloran a moco tendido porque ha muerto Juan Carnaval. Todos, muestran muñecos y aseguran a los transeúntes que aciertan a pasar junto a ellos, que son sus hijos:

–Mal padre, abandonas a esta pequeña criatura que me hiciste –dicen con el tonillo de voz tan conocido.

Durante un buen rato se vuelve a animar el portal con las payasadas de los “delicados”, en distintas mesas se hallan algunos de los asistentes al casamiento; al fin el bullicio va muriendo, las mesas se vacían y uno de ellos se nos acerca y dice:

–Muchachos, ¿qué no van a volver a la fiesta?

–Para allá vamos, en este momento.

–No se preocupen por la cuenta, ya está pagada.

Damos las gracias, nos levantamos y nos dirigimos a la fiesta.

El aspecto de la casa, por lo menos interiormente, ha cambiado; gruesas cortinas ocultan los ventanales, retiraron los focos de las lámparas y solamente en la pequeña cantina, un foco de navidad, de color azul, da escasa luz a quien sirve los jaiboles. Poco a poco me acostumbro a la oscuridad, y noto que algunos de nuestros anfitriones se han vestido de mujer, otros permanecen con sus pantalones y blusas ajustadas pero se han pintado la boca y los ojos, seguramente que esperan que los encontremos como *bocatto di cardinali*, pero, ¿creerán realmente que nos vamos a acostar con ellos? No me imagino a mí mismo, “correteándole las lombrices” a un homosexual. Pipo dice que la técnica adecuada para “no sacar mostaza”, es un piquete a los riñones con la punta de los dedos, el ano se contrae y sale uno limpio, pero la mera verdad confieso que por ahora no me siento atraído a hacerle el favor a ningún homosexual, desde luego, he tenido dos o tres escaramuzas en la adolescencia con tipos que en la oscuridad del cine me han desabrochado la bragueta y me han masturbado, pero hasta ahí, sobre todo, pronto descubrí que las puñetas son más sabrosas cuando las hace una mano femenina que una masculina, por lo que a las de esta última clase empecé a huirles. El baile ha empezado, por lo pronto los homosexuales bailan entre sí, todos tienen una manera peculiar de hacerlo, juntan sus frentes, uno enlaza al otro con las dos manos por el talle y el otro con las dos manos a éste por la nuca, de vez en cuando se dan unos besos largos y apasionados.

El número de las parejas crece, prácticamente los únicos que no bailan somos nosotros, pero el mesero diligentemente nos llena una y otra vez nuestro vaso, tal vez el alcohol disipe pronto nuestras tontas inhibiciones.

El primero que baila es Pipo, pero ha pedido música afro y baila despegado; Planchet lo sigue y enseguida Pancho

García, a poco todos bailamos con los homosexuales. El disco es de larga duración, toca la Sonora Matancera pura música caliente y movida y la bailamos despegaditos, bastante despegaditos. Luego viene un disco de música suave, como para novios, Pipo se atreve a bailar pegado con su pareja delante de nosotros pero exige más música de rumba, entonces le llevan una tumba y un cencerro y uno de los homosexuales, que al parecer es bailarín, quiere rumbear solo. Lo rodeamos todos para verlo bailar pero siento que alguien me hace una seña en el codo. Es Armando, ha llegado la hora de ir por la ropa. En lo más animado del show, subimos a las recámaras, no podemos prender la luz, de modo que parejo hacemos grandes envoltorios de ropa con las sábanas y los tiramos por la ventana al jardín. Hemos corrido con suerte pues nadie nos ha visto. Bajamos y por la puerta de servicio salimos al jardín, metemos la ropa al coche y Hugo se queda a calentar la máquina, Armando y yo regresamos a la fiesta.

Avisamos a todos que el trabajo está hecho y de que ya es hora de irnos; Pipo se quiere quedar, pero le decimos lo de la ropa y aunque se encabrona opta mejor por retirarse. Nuestros anfitriones se muestran desencantados, esperaban que nos quedaríamos a gozar toda la fiesta, pero en fin, si alguna vez queremos continuarla en México, Pipo sabe donde podemos encontrarlos.

El ruido adormecedor del motor y el sueño aún no recuperado del todo, me van sumiendo en un letargo y antes de clavar la jeta pienso un poco en Élida y Carmen, en mi encapuchada que en realidad jamás sabré cómo era, y sobre todo en Julia, en los hermosos 17 años de Julia, en su lozanía y su belleza morena, en sus facciones perfectas, en su cuerpo apetecible.

¿Por qué no me tocó a mí? ¿Por qué?

¡CHAMPAÑA!

Nada me interesa ya: levántate y dame champaña. Esta noche, tu boca es la más bella flor del universo. ¡Champaña! ¡Champaña rosada como tus mejillas! Y que mis remordimientos sean tan leves como tu aliento.

A Flectra

Son seis hombres en total. Se hallan reunidos a la vera de la estación de Quila, sobre el corto ramal del Ferrocarril del Pacífico que une a la sindicatura de El Dorado, perteneciente al municipio de Culiacán, Sin., con la vía principal que corre de Guadalajara a Nogales.

Seis campesinos que trabajan a jornal en el vastísimo latifundio Redo, uno de los últimos baluartes del hacendismo porfiriano, propiedad de la sucesión Redo, compuesta de tres miembros que a toda costa se empeñan en vivir a la manera y usanza de sus padres y sus abuelos.

—Los Redo se van mañana —anuncia escuetamente uno.

—Pa, donde —inquieta otro.

—A los Ángeles y de ahí p' al Japón.

El silencio se hace entre ellos y cada uno rumia con lentitud el alcance de la noticia. El día está por terminar y al oriente las montañas se oscurecen minuto a minuto mientras los grillos y las ranas se atreven a levantar sus sonidos cada vez más fuertes. El enorme Valle de Culiacán se calcina y ni la llegada de la noche hace más fresco el ambiente.

Otro más pregunta:

—¿Qué habrán arreglado?

El primero dice:

—Todo, no tenemos esperanza.

—Bonito chiste ese de la presa y del riego. Para nosotros como si no fueran a hacer nada.

—Más valía, no que a mi hermano Andrés que tenía sus tierras cerca de Navolato se las quitaron porque sus títulos no eran buenos y se las dieron a un político de esos que llaman agricultores nylon.

—En balde fue nuestra ida a México —reconoce el de mayor edad.

—Más nos tardamos en denunciar las tierras baldías de la hacienda, que los Redo lo vieron al día siguiente de su llegada.

—Parecíamos limosneros.

—¡Qué bien largo era ese licenciado Alemán!

—El día que nos recibió dijo que no nos preocupáramos que todo iba bien y hasta el pasaje de regreso nos dio.

—¡Y se lo creí todito!

Las sombras se alargan y se condensan en noche y con ella se difuminan dos de los hombres.

El blanco y silente transcurrir del tiempo se contrae y el chirriar de los grillos y croar de las ranas dejan de ser puntos para convertirse en rayas infinitas en el telégrafo de las horas.

Los cuatro hombres se miran a través del espesor de la oscuridad y uno de ellos dice:

—¡Qué grande y qué bonita quedó la presa! Dicen que va a regar doscientas mil hectáreas.

—Y nosotros no tenemos ni una —se queja otro.

—Son listos los Redo. Hicieron cachitos sus tierras y las pusieron a nombre de otros.

—Ahora ya no podemos reclamarlas.

—En Costa Rica sí repartieron.

—Las mejores para los nylon.

—A ver si con este nuevo presidente...

—De todos modos sigue siendo mucha tierra para ellos y siguen sin trabajar la que solicitamos para nuestro ejido.

—Habíamos de ir a México otra vez a ver si ora nos hacen caso.

—Quien quita y sí...

—Habíamos de ir, la noche se traga las palabras, se lleva los ideas y las esperanzas. El calor brota de la tierra del vasto valle que recibe a lo largo y a lo ancho, las heridas cortantes de los canales que fueron cauterizadas con el agua abundante, portadora de la fecundidad.

El hombre más joven habla de nuevo:

Tampoco este presidente nos hizo caso, pero tan siquiera no nos engañó como el anterior y por lo menos regresamos pronto. ¡Qué mala suerte la nuestra! A los ejidos de Costa Rica les va bien con la caña y los agricultores nylon se hacen millonarios con la siembra del jitomate. Sólo nosotros permanecemos pobres, sólo nosotros no tenemos tierras, tantísimos que somos y tanta tierra de los Redo, pero nadie nos oye.

—Mañana se van los Redo para México y de ahí para Francia.

—Yo creo que debíamos de hacer lo que en otras partes, meternos a la fuerza en las tierras sin producir.

—Paracaidistas creo que les dicen a quienes así lo hacen. A veces los echan y pierden todo lo logrado, pero a veces ganan y se quedan y yo creo que eso es lo que tenemos que hacer. Aprovechando que se van los Redo por seis meses, nos metemos pasado mañana y ni modo que se regresen luego. Con suerte y pega. ¿No les parece?

Ni los grillos, ni las ranas, ni el eco en las lejanas montañas, ni los ruidos anónimos de la campiña le responden.

La negrura es opaca y al débil resplandor de los astros se da cuenta de que está solo.

Echa a andar a lo largo de la vía, dejando que la estación se haga chiquita a sus espaldas hasta que sólo es un bulto

más, perteneciente a las cosas de la noche. Se desvía por una vereda angosta que lo conduce hasta su chiname, hecho de paredes de varas y techo de palma seca. Abre la puerta y se detiene unos segundos en el umbral contemplando minuciosamente los detalles de su hogar, hasta que su mirada se posa en los hijos que duermen en el petate y en su mujer que vela su sueño aguardándolo.

—¿Cenas?—le pregunta ella en voz tan baja que la pregunta más parece haber sido hecha con la mirada que con los labios.

—Sí —musita tan sólo, y se desploma en una de las dos duras sillas.

Ella sopla sobre mortecinas brasas donde calienta una olla con el “café” negro hecho de garbanzo y haba tostada, y le llena un pocillo de peltre, después pone el comal para calentar el único par de tacuarines que quedaban envueltos en una deshilachada servilleta y luego de servirlos le hace compañía.

Lo presente inquieto y preocupado, pensativo, y no quiere interrumpirlo. Al cabo de un buen rato de haber terminado la frugal cena, él cede ante la expresión interrogadora de la mirada de su mujer y le dice en tono de voz que no admite discusión:

Mañana voy a tumbar el chiname, recoge todas tus cosas porque nos vamos de paracaidistas, “ai” Dios dirá si nos ampara o nos abandona.

El Aeropuerto Internacional de México se hallaba plétorico de pasajeros; los altoparlantes anunciaban la llegada del avión de la Western y la salida del avión de la Panamericana para Nueva York, así como la llegada y salida de vuelos locales.

Los Redo habían terminado ya de documentar su pasaje y se dirigían a la sala de Migración cuando se toparon con “Parrita”:

—¿Los eternos viajeros se marchan nuevamente? —les preguntó con afabilidad

—En efecto, don Enrique —respondió el mayor— pensamos pasar en Italia unos meses, si usted va por allá esta temporada, no tiene más que preguntarle al embajador por nosotros y será un placer tenerlo como huésped todo el tiempo que le plazca.

—Gracias, gracias —murmuró impaciente “Parrita” mientras con el rabillo del ojo atisba una multitud congregada a la salida de la sala de Migración.

—No hemos olvidado —continuó Diego Redo—, su oportu-
nísima intervención ante el licenciado Alemán respecto a nuestras inafectabilidades y aún le estamos reconocidos, por lo que insisto.

—Sí, desde luego —farfulló desesperado al ver que salían los primeros viajeros procedentes de Los Ángeles, —los visitaré sin duda alguna, pero discúlpenme ahora, debo ir a recibir a un personaje muy importante, que tengan buen viaje.

—*Au revoir* —contestaron los Redo y se marcharon.

“Parrita” hizo una seña a un chamaco que a prudente distancia lo había estado aguardando con una inmensa canasta colmada de rosas rojas en cuyo centro lucía una orquídea blanca llegada esa misma mañana desde Colombia por avión. Mientras se abría paso entre la multitud que obstruía el pasillo hacia la puerta de la sala, revivió en una porción infinitesimal de segundo, la visión del bello cheque que su secretario particular le había entregado a cambio de los certificados de inafectabilidad a favor de la familia Redo, de rancio abolengo porfiriano, y sus hombres de paja.

Luego que traspuso la barrera policíaca que contenía a la gente que esperaba la llegada de unos actores gringos, su atención fue fijada por la fina figura de la diosa que Hollywood acababa de enviar como su representante principal a la Reseña de Festivales Cinematográficos.

¡Kim Novak! Nada menos, nada más.

La mansión que “Parrita” poseía en Acapulco era una de las pocas que contaban con playa privada, precisamente playa privada, o sea, adonde nadie sino sólo los dueños y sus invitados pueden llegar porque está custodiada por soldados. Palacetes así no había en Acapulco arriba de 4 o 5 y en la Bahía de Puerto Marquez un par a lo sumo. Enrique Parra Hernández se lo había ganado ejerciendo como Secretario de Estado sin cartera, factótum del presidente. Por su extrema obsequiosidad, en todos los círculos sociales y políticos del país se le conocía familiarmente como “Parrita”.

Un telefonema puso en actividad a la servidumbre que se encargaba normalmente de asear la casa y a dos o tres criados más que fueron contratados con rapidez en el puerto para abreviar los preparativos que con carácter de urgentes se ordenaron desde México.

Efectuaron un aseo concienzudo, cambiaron cortinas, manteles y ropa de cama; limpiaron la cuchillería de oro y las vajillas de finísima porcelana europea y asiática.

En un primer avión DC-3 privado llegó el “Chef” en jefe del restaurante “Ambassadeur’s” de México, escoltado por dos ayudantes cocineros y portando un impresionante cargamento de vituallas y vinos que servirían para preparar una especialísima cena para dos.

Nada había sido descuidado, un discreto maitre arribó a medio día a preparar el escenario de la cena, hizo un breve examen a los meseros que se encargarían del servicio, deseó

comprobar si las lámparas de alcohol estaban lo suficientemente bruñidas, revisó y plegó él mismo las servilletas de tenue color lila (el preferido por Kim en esa época), que habían sido encargadas ex-profeso para la ocasión; verificó la resistencia de los pabilos de las velas que destilarían finísimo perfume al ser quemadas, y a partir de las cinco de la tarde no quiso separarse del Chef sino sólo para ver si la raya de su pantalón listado conservaba su rectitud o si su pequeña corbata blanca no se había ladeado. A las 7 en punto de la tarde llegaron los 12 violinistas del restaurante Villa Fontana de México.

A las 8 llegó Kim acompañada de "Parrita". Ella lucía un sencillo vestido cuyo corte la hacía aparecer como vestal griega, su cabellera rubia platinada se movía ligeramente a impulso de la brisa que se colaba por las persianas de vidrio. Él vestía de rigurosa etiqueta. "Parrita", diplomático natural, era un hombre apuesto, sibarita no muy joven, pero de ninguna manera viejo.

Se instalaron en la terraza para admirar la pequeña bahía de Pichilingüe, a descansar un poco y saborear un par de copas.

El maitre, obsequioso, les preguntó si deseaban un aperitivo:

Ella quiso un Martini y él, sumándose a la petición dio sus órdenes, altivamente:

—Sirvanos vermouth Martini, con vodka Wolfschmidt de Riga en copas heladas.

El Maitré asintió aprobando la elección y respetuosamente hizo una sugerencia:

—¿Desean ustedes algún bocadillo?, podemos confeccionarles unos canapés con Caviar Poterfield, de Beluga.

—Sí, puede traerlos.

“Parrita” dominaba bien el inglés y la conversación entre ellos era exclusivamente en ese idioma. Comentaron las bellezas del puerto y surgió la inevitable comparación con otros centros turísticos del mundo, coincidiendo en que Acapulco tenía lo que a cualquier otro le pudiera faltar.

Bebieron sus martinis con delectación y apenas si probaron dos o tres canapés de una charola rebosante de ellos y regiamente presentada. Luego pasaron al comedor y se instalaron en una mesa redonda alumbrada por un par de candelabros de plata forjada a mano.

Desde que estaban en la terraza, los violinistas ejecutaban viejas melodías norteamericanas y ya en el comedor cambiaron a aires parisinos e italianos. Situado a una distancia conveniente de la pareja y fuera de su ángulo visual, el maitre empezó a ofrecer el servicio.

A una seña suya, un mesero les sirvió espárragos con salsa holandesa, a comer de obligación.

Un suave chasquido de los dedos del maitre hizo avanzar un bello carrito con las siguientes viandas para escoger:

Tournedos con sauce bearnaise y coeur d'artichaut.
Rognon de veau (a la parrilla).
Cabrito de vientre al carbón (de Monterrey).

Otro mesero efectuó con destreza el rito de descorchar las botellas de vino.

Un Piesporter Goldtrapchen, 53
Un Mouton Rotschild, 34

Las copas en que fueron servidos, eran de lo mejor salido en este siglo de las fábricas de Murano.

Mientras ellos se decidían, el mesero del carrito regresó a la cocina para presentarles una fuente de cristal de Praga

con *pommes souffles* con las cuales podían acompañar cualquiera de los platillos.

La bella, por indicación de “Parrita”, eligió un poco de cabrito y se hizo servir una copa de clarete Rotschild. Por su parte, la bestia, es decir, él, se inclinó por los tournedos. Los platos de ambos fueron decorados con las *pommes souffles*.

Rápida y eficazmente fueron retirados los restos, no sin un elogio amplio por parte de Kim hacia el norteño platillo.

De nuevo el silencioso carrito fue arrastrado por el no menos hierático mesero, esta vez con un par de succulentos platillos de la cocina mexicana:

Langostas de Ensenada asadas con mantequilla derretida
Pámpano de Campeche, empapelado.

A esa altura y mientras picaban un poco de cada platillo, “Parrita” anunció a Kim que vendría enseguida lo que consideraba el máximo exponente de su bien surtida bodega de vinos:

Champagne rosado Pommery, 50
Champagne Tattinger, 40
Champagne Dom Perignon, 46

Una botella de cada marca, arropadas con una alba servilleta lucían sus golletes en lo alto de tres hieleras de plata provenientes del mejor artista de Taxco. Las clásicas copas champañeras de cristal fueron sustituidas por pesados vasos chatos también de plata que, a decir del anfitrión poseían la singular facultad de retener el auténtico sabor de la dorada bebida por un lapso apreciablemente más amplio.

Y bebieron de las tres, con lo cual se olvidaron del café de Huatusco estilo Mokka y de las Fresas de Irapuato a la Kirsh que quedaron en la cocina para pasto de los lacayos.

De algún modo recordó con vaguedad el hombre al arrojar el diario a un lado, que la noticia referente a una invasión paracaidista en el latifundio de los Redo, se ligaba con un “negocio” que su jefe “Parrita” había hecho con esos señores hacía ya algún tiempo. Desechó sus nebulosos recuerdos al respecto y dirigió su atención hacia algunas facturas que le habían sido presentadas.

La suma que resultó de las cuentas provenientes de la cena que su jefe obsequió a la estrella de Hollywood arrojó la cantidad de 21 mil pesos en números redondos, exorbitante en ese tiempo.

Una sonrisa de comprensión iluminó su rostro.

RON AÑEJO

*Caeremos en la ruta del amor,
y nos pisoteará el destino.
¡Oh, mi pequeñuela!
¡Oh, mi precioso trago
Levántate y dame tus labios
antes que me convierta en polvo.*

Desde lejos, muy lejos, llegó la señal a mi inconsciente; al principio era indefinida, se repetía y aumentaba en intensidad una y otra vez, vértigo de sombras, aullido del sonámbulo; pasado un tiempo, mi inconsciente no pudo interceptarla más, parecía estirarse como un hilo de cristal al rojo fuego haciéndose más y más delgado, la luz que lo atravesaba se rompía en reflejos multicolores hasta ser el adelgazamiento muy fino, convertido en un punto brillante de luz blanca que finalmente desaparecía por completo y daba paso a la respiración externa de la oscuridad del cuarto donde me hallaba durmiendo, y a las señales transformadas en ondas sonoras detectadas al principio débilmente por mi esqueleto-cerebro, pero luego captadas, analizadas y registradas conforme al código archivado en mis neuronas:

¡Gritos! Gritos funambulescos que tropezaban con los bordes lunares de la noche exterior cayendo cien metros debajo de todas las distancias.

Ya podía identificarlos ahora, gritos de mujer, de mujer joven rompiendo el silencio cartilaginoso de mi noche interior. Y ruidos de carreras, hipo de francotirador en el disparo dirigido a la olla de barro que tengo en vez de cabeza.

Podía percibir ya claramente voces jóvenes, palabras en inglés.

Y desperté dentro del ataúd intratelúrico: hotel "Freeman" de Mazatlán donde hasta hace pocos segundos me encontraba durmiendo. Estiré mi mano y cogí el reloj, a la escasa claridad que se filtraba por mi ventana miré la hora: las dos de la madrugada de una calurosa noche de julio; breve alucinación. En el pasillo del tercer piso, donde se ubicaba mi cuarto, algunos desvelados armaban un bonito escándalo, y arrimando una silla junto a la puerta subí para ver por la ventila superior esperando un mar alharaquiento de esqueletos rumberos.

El pasillo mediría ocho metros de largo por tres de ancho; los elevadores quedaban justamente en medio y frente a ellos, las escaleras. Pasando los ascensores vi la luz procedente de dos puertas abiertas y también de ahí salían las voces que ya distinguía mejor. Detrás de un agudo grito, mas bien alegre que angustiado, y por la puerta a la derecha, salió una chica en bikini perseguida por un muchacho rubio y muy alto... ¡jugaban!, a esa hora.

Del elevador salieron dos hombres que fueron directamente al otro extremo del pasillo donde yo me encontraba, abrieron la puerta de su cuarto y ya no la cerraron, pude ver como se instalaron cómodamente en una mesa, sacaron un dominó y se prepararon a jugar... y a ver. Les hallé traza de agentes viajeros, y como esa clase de gente por lo regular es muy sociable, calculé que si el ruido no iba a permitirme descansar, bien podría entretenerme y también... ver. Ni por asomo pensé en quejarme a la administración, porque la chica que revoloteaba por debajo de mi puesto de observación era muy atractiva, y un espectáculo así bien valía la desvelada.

Me suele dar cable que late alta tensión, sentí la proximidad de la fuerza fermentando en mi respiración.

Bajé de la silla, me puse pantalón y camisa y descalzo, dejando abierto mi cuarto, fui a ver a los supuestos viajeros. Esgrimiendo mi mejor sonrisa, les lancé un cordial saludo, el cual tuvo como respuesta otro idéntico. Me apresuré en seguida a explicar:

—Me despertaron los gritos y como ya no podré dormir, creo que podríamos hacer un “tres”.

—Seguro —admitió uno de ellos— siéntese aquí con nosotros.

Tomé asiento donde me indicaban y no pude menos de esbozar una plenterísima sonrisa al ver una botella de brandy corriente abierta y en espera de ser consumida. En seguida vinieron las presentaciones, las hizo el más joven de ellos:

—Él es mister Kennedy, baterista del Rincón Brujo, de aquí del hotel, y acaba de terminar su actuación.

Mi clasificación profesional se vino abajo estrepitosamente. Mis dos pretendidos viajeros eran realmente empleados del hotel; Mr. Kennedy, el baterista, hombre como de unos 28 años, se llamaba Pancho Gómez, lo de Kennedy le venía por una lejana semejanza con el difunto presidente de Estados Unidos; Mr. Daniels era unos cinco años más joven que su amigo y se llamaba Daniel Lizárraga.

—Pues yo soy mister Grillas —les dije para no quedarme atrás en el tratamiento de “Mister”—, y trabajo casual y temporalmente para la Secretaría de Hacienda.

Una vez enterados de nuestras verdaderas personalidades, Mr. Kennedy me comunicó:

—De un momento a otro sube Mr. Carmona con el hielo, es el cantinero del Rincón Brujo.

No había terminado de decirlo, cuando del elevador vimos surgir a Mr. Carmona, un individuo grueso, cuarentón, de rasgos indígenas y achaparrado. Se hizo la presentación

de rigor y rápidamente nos servimos nuestro brandy con refresco de toronja y nos sentamos a jugar la primera partida de dominó. Poca vigilancia dimos al juego que iniciamos, pues en realidad nuestra atención estaba dirigida a los gringuitos que seguían evolucionando en el pasillo; a la pareja ya descrita se unió otra no menos bullanguera.

Despachamos un cuarto de botella durante los cuales me enteré que el señor Carmona era sobrino o algo así de Damián Carmona, el tipo que se hizo famoso con su “cabo de cuarto, estoy desarmado”, supe que Mr. Kennedy tenía un contrato de 6 meses en el hotel junto con Tico Andrade, pianista de polendas, y que Mr. Daniels esperaba que terminara la temporada de verano para largarse a Estados Unidos a residir; a mi vez les aclaré que venía de Culiacán y calculaba pasar una semana en Mazatlán, tiempo suficiente para terminar mi trabajo, al cabo del cual me iría al Defe.

Nos disponíamos a iniciar la tercera ronda de dominó y la enésima de alcohol cuando, con gran satisfacción nuestra, irrumpieron en nuestro cuarto los alegres alborotadores trayendo a rastras una garrafa de ron acomodándose los cuatro en la cama. Hubo una nueva serie de presentaciones:

Ellos eran: Sue, Lavonne, Rick y John y ninguno pasaba de los 19 años. Sue era un estupendo ejemplar del sexo femenino, mediría 1.70 de estatura, pelo cobrizo, ojos de color verde con iridisaciones doradas semejantes a las que brillan en los ojos de las panteras, facciones finamente cinceladas a excepción de su boca, la cual era de labios gruesos y sensuales, la décima sinfonía de Beethoven compuesta por Mozart; su bikini amarillo con motitas blancas dejaba ver sin la menor sombra de duda, que estaba perfectamente bien formada; aún cuando se encontraba sin peinar y sin pintar, derrochaba por lo bajo una docena de megatones de eso comúnmente llamado “sexy”.

Lavonne era unos diez centímetros más baja que su compañera, su pelo era rubio natural, casi amarillo y su cuerpo, delgado. No era tan bonita ni tan bien hecha como Sue, pero tampoco estaba mal... tampoco. Blancas, quemadas por el sol y las lociones bronceadoras, imágenes inéditas como una letra, de una sílaba, de una palabra, de un verso, de un poema, de un libro sicalíptico intraducible.

Rick era un muchacho alto, 1.80 cuando menos, rubio, de complexión atlética, cara redonda y agradable. John era un poco más bajo, trigueño, usaba lentes y esto lo hacía parecer medio serio.

Les invitamos de nuestra botella y su contenido desapareció con rapidez, brandy coronado con espinas, inicio del vía crucis de la cruda.

Mister Carmona, quien alguna vez residió en Los Ángeles y mal hablaba inglés, se trenzó con los "boys" en una fogosa discusión acerca de la intervención de Estados Unidos en Vietnam, en su punto fuerte por esos días, y los tres restantes tratamos de entablar conversación con las chicas. Pero lo avanzado de la hora, y las dificultades inherentes del idioma que ni ellas ni nosotros dominábamos respectivamente con fluidez, atrajeron el aburrimiento y su pareja el sueño y se fueron a su cuarto a dormir. Eran las cuatro de la madrugada y todavía durante una hora más nos dedicamos a vaciar la garrafa del ron, propósito noble que no logramos porque al dar las cinco los muchachos le bostezaron descaradamente a Mr. Carmona y nosotros acordamos suspender el jolgorio pues pronto sería hora de trabajar. Me retiré a mi cuarto con una regular borrachera y apenas caí en la cama me disolví en un vaso de agua, fui humo derramado y fui voz que abandona a la palabra.

Mi habitación daba a la parte posterior del hotel, y a las 8 de la mañana los rayos del sol y el pendiente laboral, me

despertaron: rémoras de la esclavitud en la hacienda de los Redo, de donde venía.

La cruda no fue muy rigurosa, ni dolor de cabeza ni trastornos estomacales. Me puse el traje de baño y me fui a la playa cercana a darme un chapuzón y a asolearme un poco, así quemé los restos de vapores alcohólicos que todavía cazaban neuronas desvalidas y me sentí despejado. Pensé en Sue mientras caminaba lentamente por todo el malecón de Olas Altas hasta el hotel, y en lo gratificante que resultaría acostarse con ella una noche de las que me quedaban por delante; Sue tenía la lengua de dios en sus ojos, enroscándose en sus piernas, lamiendo su nebuloso cuerpo que dormitaba y bostezaba a esta hora sobre el negro paño de la eternidad; decidí intentar la aventura fomentando la convivialidad (la convivialidad que se desliza, invisible pero segura y que vuelve posibles los amores imposibles; la convivialidad, familiaridad que suaviza las asperezas y salva las barreras de orden estético y moral que se presentan; hace que seamos primero tolerados, luego aceptados y más tarde amados; lo feo desaparece en el roce cotidiano y lo bello se humaniza primero y luego se hace asequible y natural, y respecto a las situaciones escabrosas, adulterios, amasiatos, incestos, la convivialidad las naturaliza, las domestica y las hace aceptables pasando inadvertidamente sobre los preceptos religiosos y las disposiciones legales. ¡Viva la convivialidad!)

Desayuné cualquier cosa y luego fui a los muelles a trabajar.

A las cinco de la tarde llegué otra vez a la playa para aprovechar la última hora del sol y tostarme gradualmente. La gabachiza no estaba y cuando regresé al "Freeman" hallé sus cuartos y no salía el menor ruido. Dejé mi puerta abierta con el doble propósito de gozar de una fresca corriente de aire y de oír si llegaban, mientras, me puse a leer *El Poeta* y

los Lunáticos, de Chesterton, el cual concluí a eso de las nueve de la noche; y recordé que había prometido a Mr. Kennedy ir a oírlo, bajé al Rincón Brujo y me instalé en el piano-bar, justo a un lado del baterista quien me reconoció al instante, aceptó una cuba de ron añejo que le ofrecí y me preguntó muy atentamente:

—¿Qué gusta que le toque Mr. Grillas?

—Algo de Lara —pedí mientras saludaba de lejos al descendiente de un héroe nacional que preparaba nuestras cubas en la cantina.

El compañero de Mr. Kennedy, Tico Andrade, era un pianista joven muy flaco y muy pálido, sus dedos largos y huesudos hacían maravillas en el piano; por su parte Kennedy dominaba bastante bien la batería.

A esa hora, el lugar estaba casi solo, tenía la forma de una "T" alumbrada discretamente. La columna de la T estaba ocupada por mesas con una pequeña pista central para bailar, en los extremos del eje se alojaban la barra y el piano bar y en medio de éstos había dos o tres mesas más. En el piano bar yo era el único, en el salón bailaban dos parejas y en la barra se emborrachaban tres tipos. Después del popurrí de Lara, pedí otras melodías y ordené más cubas para Kennedy y para mí, luego terminó la tanda y felicité a mi amigo:

—Toca usted bien este aparato.

—¿Usted cree? —me dijo no sabiendo a que atenerse acerca de mis conocimientos musicales.

—Claro —le aseguré con acento de saber lo que decía— en el Metropole de Nueva York he oído a Kruppa, en el Birdland a Elvis Jones y en el Manne-Hole de Hollywood al propio Shelly Manne y a un negrito del trío Less Mc'Cann, que es al único que me atrevo a comparar con Ricardo Lemus, nuestro paisano, al cual considero ni más ni menos como el mejor baterista de este sistema solar.

Es muy bueno —concedió precavidamente Mr. Kennedy.

—Extraordinario —afirmé de nuevo y apuré mi cuba ordenando en seguida más ron, pero en las rocas.

Junto a mí se sentaron varios muchachos, reconocí a Johnny y Johnny me reconoció; enseguida me presentó a Dave, Gary y Garath. Cualquiera cosa en las rocas dura muy poco, así que ordené otra para mí y para Mr. Kennedy, pero éste prefirió pasar.

El lugar se animaba más y más. Tico Andrade insinuó en el piano la melodía de “El Cumbanchero”, conga que me enloquece, así que Kennedy comenzó a marcar el ritmo, Tico se empujó un tequila doble entre pecho y espalda y con verdadero frenesí prosiguió la melodía. ¡Ah, lo que pueden hacer juntos un baterista y pianista buenos!

Improvisaron un popurrí tropical con secciones de inspiración pura y personal que me enervaron. ¡Rumba quinta esencial!, el cumbanchero, “Para Vigo me voy”, “Oye negra”, “Capullito de Alhelí “ y “Zun zun babaé” se entrelazaban y mezclaban en una orgía de ritmo caliente que se fue alargando durante toda la tanda hasta que los dos ejecutantes terminaron bañados en sudor y... sedientos.

Al piano bar llegó más gente, entre ella, otros tres extranjeros que se presentaron solos. Michelle, una preciosa rubia de unos 25 años, de nacionalidad belga y que llamaba la atención por su pelo recortado como hombre, y dos acompañantes cuyos nombres en inglés ya no estaba en condiciones de retener ni me interesaban.

Cambié de lugar y me senté junto a Michelle en un descuido de sus acompañantes. La conversación se generalizó y tornóse algarabía hasta el reinicio de la música. Yo le sonreía a las mariposas de sus senos calzando estrellas para no

dejar pisadas, ella hablaba casi un perfecto español y preguntó a Tico si sabía "Misty".

Tico se las sabía "de todas, todas"; así que comenzó a tocar esa suave y encantadora melodía. Michelle la cantó a medio tono y el polvo de su voz en aguas límpidas ahogó corazones y llenó armarios con el piar de los pájaros, todos bebíamos como si se fuera a acabar el alcohol. Largas ovaciones se llevó la pareja al terminar, y Tico, encantado, preguntó cual otra deseaba. Michelle sugirió "Marea Baja".

Entonces Tico se desempeñó en un alud de impresionantes arpegios de introducción y al dar la primera nota melódica, Kennedy inició un suavísimo acompañamiento rítmico de blues, otra vez Michelle se fugó en el canto de ángeles retirando la noche de los sueños y acunada en los pechos de las púberes canéforas dibujó signos del cielo; al calor de ese ambiente, oí una "Marea baja" que ya quisieran ejecutarla así Errol Gardner y Peter Nero.

Al concluir, arrebatada, Michelle se volvió y me plantó un beso de puro entusiasmo, correspondido con toda rapidez. Todos reímos y brindamos a salud de Tico, Kennedy y ella. Y a continuación, para agradecer las copas que les enviamos, nos dedicaron una "Jornada Sentimental" interpretada con el más puro estilo ellingtoniano, y ya no descansaron, siguieron tocando de corrido hasta las dos de la madrugada, hora del cierre, cuando el deseo hace el inventario del cielo y el mar y desenfrenadas mujeres corren desnudas por la playa. Michelle y sus acompañantes se fueron y Johnny y yo, con una borrachera de órdago, subimos a nuestros cuartos. Yo, condenado en tinieblas, iba arrastrando el aliento de Michelle.

Esta vez sí me desperté hasta las 10 de la mañana; sufría un ligero dolor de cabeza que desapareció debajo de la rega-

dera fría, fui a contabilizar cientos de toneladas de melazas, sin desayunar porque mi estómago no soportaba bocado.

A eso de la una de la tarde, náufrago del tiempo, válvula de nubes invisibles, regresé a Olas Altas, a esa hora desierta, seguí tostándome y un par de horas después fui al “Mamucas”, el mejor sitio de Mazatlán para comer mariscos. Mi plan de convivialidad para con Sue estaba ya atrasado en un día y proyecté acecharla esa noche, de modo que pasé al centro y compré una botella de ron añejo y una cajita de preservativos, ésta para allanar posibles pretextos puritanos. Luego me lancé otra vez al mar con la esperanza de verlas, pero no estaban, así que regresé al hotel a leer un libro de Malaparte, dejé la puerta abierta para oír a mis amigos cuando llegaran y a eso de las siete de la tarde los oí entrar. Pasaron unos minutos y luego me asomé al pasillo, los cuatro estaban en el cuarto de ellos y haciéndome el simpático me metí de rondón. Los saludé, Rick y John me reconocieron en el acto, no así ellas, ambas me miraron extrañadas, colegí que no me reconocían, entonces me auxilié de mi inglés chapucero construido con frases cortadas, infame pronunciación y gestos que dejaban para completar y comprender el resto. Cuando repasé los sucesos de la primera noche el semblante se les iluminó. Les pregunté cuánto días tenían en Mazatlán ellos aclararon que habían llegado hacía poco al puerto y que pensaban pasar dos semanas más. Sue habló en español, haciéndolo muy despacio y contó que ellas habían estado siete semanas en Guadalajara estudiando español en un curso de verano.

John se dirigió a mí:

—*Do you drink?*

Esa invitación a beber era lo que estaba esperando, así que me apresuré a aceptar.

Cuando John sirvió noté que el garrafón estaba a punto de terminarse. Sue, Lavonne y Rick se hallaban trepados en la cama, él en medio de ellas; John estaba sentado en un sillón y yo me acomodé en la única silla disponible. Sue vestía ahora de pantalones y blusa, Lavonne llevaba el mismo atuendo de la noche en que la conocí, una blusa blanca de confección artesanal mexicana, hecha de tejido grueso, muy amplia, y unos pantaloncillos cortos. La habitación era más pequeña que la mía, el centro lo ocupaba una cama ancha en frente de la cual se hallaba el tocador. A un costado de la cama se abría una ventana que daba a un cubo de luz y frente a la piecera de la misma, se hallaba el baño. Había poco espacio para moverse porque las petacas de las chicas obstruían el paso, desde donde me encontraba vi las plantas de los pies de Sue y Lavonne impregnadas de plastas de chapopote adherido en la playa al igual que a todos, pero las mías lucían limpias porque había tenido precaución de adquirir una botella con gasolina para lavarlas. Vi la oportunidad de prestarles un servicio y me dirigí a Sue señalando sus pies.

—Tengo gasolina para limpiar tus pies.

—*¡Good!, Where is it?*

—*In my room, voy por ella*

Ya de vuelta, saqué del baño una buena tira de papel sanitario, lo impregné de gasolina y lenta, muy lentamente, fui limpiando los pies de Sue, al terminar señalé sus hermosas piernas:

—*And your legs, too?*

Se echó a reír entusiasmada.

—Oh, no, están limpias.

Las piernas de Sue no tenían manchas, husmeaban mi rostro, iban y venían, firmes en el centro de esa tarde, proyectando su sombra en mis manos impacientes, aún vacías.

Pasé la gasolina a Lavonne y me serví otra cuba, todos se volvieron a servir y el garrafón se agotó.

—Nada —observó John tristemente mientras volteaba el garrafón del cual escurrieron unas cuantas gotas

—*I have one bottle in my room* —les anuncié alegremente y sin más la traje.

Ellos no conocían el bacardí añejo, pero no se preocuparon gran cosa de su sabor, lo importante era beber. Ya no había refrescos, los ordené por teléfono, los trajo Mr. Daniels a quien invitamos un trago que aceptó gustoso.

Luego continuamos bebiendo y charlando, así me enteré de que ellas venían de Seattle y ellos de Los Angeles. También me enteré de que Sue trabajaba y estudiaba, que tenía 18 años y en Guadalajara tuvo un novio que probablemente vendría a visitarla el domingo próximo, en las calles los hombres y los muchachos le decían “Que buena estás mamacita”, “Olé por tus curvas, preciosa” y otras entusiastas y espontáneas exclamaciones que arrancaba a su paso.

Lavonne no era tan comunicativa y sólo pude averiguar que tenía 17 años, la comida de Mazatlán no le caía bien y casi siempre tenía diarrea y mal humor.

Y respecto a Rick y Johnny, uno tenía 18 y el otro 19 años, Rick estaba becado en una universidad de Chicago pues era un buen jugador de béisbol, y Johnny estudiaba leyes en Indiana. Los cuatro fumaban y bebían como gente mayor y procuraban divertirse en grande. Estaban de vacaciones ¡qué diablos!, y no era cosa de desperdiciarlas en gazmoñerías.

Cerca de las diez y media de la noche dimos cuenta de mi botella y ya todos nos sentíamos medio ebrios; se me ocurrió entonces recitar:

—*I know a beatnik poem* —advertí.

Ellos se pusieron muy contentos y me animaron a decirlo. Es parte de un show completo que consta, además, de una parodia en español de la canción *La casa del sol naciente* de Eric Burdon y la Animaliza, con la cual he cosechado grandes ovaciones, una decena de chistes –siempre los mismos– dichos con virtuosismo de mímica que eran hilarantes. En mi faceta de comediante divo me arranqué con el poema *beatnik*. El tal poema es de inspiración propia y por muy borracho que me encuentre, siempre lo recuerdo porque sólo consta de dos palabras.

Wample y Dimple, a la vez título y contenido.

Primero empecé muy suave:

“Wample, dimple, wample”

Haciendo una pausa leve para marcar los versos:

“dimple, wample”

“wample, wample, wample; ¡dimple!”

“dimple, wample, dimple”

“wample”

Poco a poco fui subiendo y agravando el tono de voz:

“wample dimple”

“dimple wample”

A la vez gesticulaba y manoteaba in crescendo:

“wample dimple, dimple wample”

“wample, wample”

“dimple, dimple”

“WAMPLE DIMPLE WAMPLE”

De la voz alta pasé a los gritos, de los manotazos a las contorsiones y todo cada vez más rápido, más rápido.

“wample dimple, wample dimple”

“dimple, dimple wample, wample”

“wample, wample, wample, wample”

“dimple, dimple, dimple, dimple”

Luego, mesándome los cabellos lancé un grito estentóreo:

¡OOOOH!

Y rematé con un vibrante, efectivo, seco y dramático:

“¡¡WAMPLE!!”

Me felicitaron calurosamente en medio de fervientes exclamaciones de admiración.

—*¡Its good, its good!* —repetían frenéticos, pues nunca en su gabacha vida habían oído algo tan inspirado e insuperablemente dicho.

Pasado el entusiasmo, las chicas manifestaron que debían arreglarse porque tenían una cita y entonces Rick nos sugirió a John y a mi ir al Capri. John declinó la invitación porque estaba cansado y con sueño, de modo que Rick y yo fuimos al Capri, un cabaret enclavado en la zona de tolerancia de Mazatlán. Me hallé ahí a disgusto, detestaba los lupanares por sistema, en vez de nadar en esas miasmas debería de flotar entre los pechos de Sue. Mi sobreactuación del poema *beatnik* fue inútil, la gringa se largó quién sabe a dónde y con quién, subestimando mis grandes dotes histriónicas.

El lugar me aburría, en medias lenguas supe por Rick que ya se había acostado con Sue y Lavonne. Cuando extrañado, le pregunté qué hacíamos aquí entonces, me explicó que le gustaban las putas mexicanas por ardientes. Colegí que Rick no se había pisado a sus paisanas, era pura fanfarronería.

Brindamos una vez más y anunciaron el inicio de la variedad. Rick por su parte llamó a una de las chicas disponibles y la sentó con él. A media variedad se fueron al cuarto y yo todavía bebí unas cubas más. Cuando Rick regresó hicimos cuentas y le presté cien pesos porque no ajustaba.

El reloj del hotel marcaba las cuatro de la madrugada al pedir las llaves de nuestros cuartos.

Ni el calor, la sed, la luz ni las ganas de orinar, pudieron hacer que me levantara antes de las once de la mañana. Al despertar, vagamente recordé que era domingo y que no tenía que ir a la planta de embarque de melaza. Ni duda cabe que estaba pasando por una inmejorable época de aguante, porque la cruda apenas si me hizo efecto; hice el remolón en la cama y por ahí de las doce del día me fui al mercado a comer mariscos. Además quería comprarles un regalito de recuerdo a las chicas y en el mercado vendían muchas chucherías. Me di un atracón de almejas gigantes por \$7.50 y las bajé con dos grandes vasos de agua de cebada tostada, luego entré en el mercado donde había bellos ejemplares de iguanas, armadillos y peces globo disecados; para regalar compré dos piezas de alfarería pulida de Guadalajara que representaban un pato (para Lavonne) y una paloma (para Sue) y de pronto vi a Michelle entrando al mercado a curiosear.

La saludé a la vez que inicié un examen concienzudo de su persona. Michelle no guardaba semejanza con Sue; delgada, etérea, de facciones perfectas, la superaba kilo a kilo en belleza pura, pero tenía un megatón menos de sexy, y eso, amigos, ¡vaya que contaba! Me miró un momento fijamente tratando de ubicarme. Le ayudé un poquitín aludiendo a "Misty", su canción predilecta. Entonces me reconoció nebulosamente pero al parecer aquel beso etílico no le hizo mucha impresión porque no pasó de algunas frases corteses de rutina y tampoco aceptó salir conmigo. Vivía en Hollywood y pronto volvería a su país porque gabacholandia no le gustaba. Nos despedimos con un besito de cachete y un "hasta pronto".

Del mercado marché al hotel y luego a la playa, dispuesto a quemarme bajo el duro sol del medio día y llevé el libro de Malaparte que no había terminado de leer. Acostado en la breve playa de Olas Altas, entre párrafo y párrafo pensaba en Sue. El próximo martes tendría que irme al Defe y no había avanzado mucho. Ciertamente, éramos ya buenos amigos, además Rick afirmaba que yo le gustaba a ella, pero no era suficiente el terreno ganado como para proponerle una salida a parrandear solos. Haría una tentativa esa misma noche, muy leve, para no retroceder si la convivialidad no estaba madura.

Como a las seis llegó Sue a la playa; mi corazón deshabitado encendió su cielo, en mi cabeza mar embravecido y espumoso apareció una gotera que destilaba ansias. Esta vez no portaba su bikini amarillo, sino un traje de baño de blusa holgada. Había adquirido ya ese tono de piel canela que tan bien cae a las gringas, y a ella le sentaba perfecto; el aire, alborozado, jugaba con su pelo, la luz dejó de huír, se detuvo en sus ojos, y en su escote, un par de flores frescas buscaban el espacio vital. Sólo 3 o 4 bañistas se hallaban en la playita, pronto me descubrió y se acomodó junto a mí.

—¿A nadar? —pregunté confianzudamente

—Oh no, quiero ver el *sunset* —manifestó sonriéndome

—La puesta del sol —corregí

—Yeah.

—¿Y Lavonne?

—En el hotel, *sick*.

—¿Estómago?

—¿*What?*

Como no entendió, señalé su estómago y traté de explicarle al estilo “Tarzán”:

—¿Lavonne, enferma, estómago?

—Oh, yeah.

Estirando su toalla se tendió boca abajo.

—Tienes unas nalgas preciosas, comenté en voz alta seguro de que no me había entendido.

—¿Qué?

—Que estás muy buena.

—Oh, sí, ya sé.

—¿Tienes hermanas?

—Una.

—¿Tan guapa como tú?

—Es fea.

En el libro de Malaparte había un largo párrafo en inglés, que, aún cuando yo lo entendía quise que Sue lo leyera para conocer su reacción.

Se lo mostré:

“The war is as ridiculous as Sweeney Todd, the Demont Baber. It is not related to the true feelings of real people. Only the sufferings are real. The causes for which we suffer are contemptible an ridiculous”.

Me miró alarmada, la ominosa sombra del macartismo oscureció sus pupilas:

—¿Is this communism?

—¡Oh no! —le aseguré con firmeza.

—*Is this book communist?* Insistió con visible inquietud.

Traté de darle una somera explicación de la clase de libro que era:

—*This book is a italian story of postwar.*

Tomó el libro en sus manos, pero su inspección no le aclaró nada. Según le parecía, el contenido del párrafo era avieso y prefirió librarme de su posible influencia:

—*I can't translate*

—*I'm sorry* —repuse.

Transcurrió un largo rato en silencio. Se sentó nuevamente de cara al mar pero la puesta de sol no prometía nada extraordinario. Prendió un cigarrillo y decidió:

—*Let's go*, Pedro.

—*OK*—convine.

Lentamente regresamos al hotel a todo lo largo del malecón de Olas Altas; de vez en cuando la reventazón de una ola sobre las rocas nos llevaba una fina lluvia de agua pulverizada, y la bella figura de mi compañera atraía indefectiblemente las miradas de los transeúntes con quienes nos cruzábamos.

Mr. Daniels nos recibió sonriente en su elevador y comenté con él:

—Estuvimos a ver la puesta del sol, pero no promete mucho.

—Desde el palomar se ve mejor, ¿quieren subir?

Consulté con Sue:

—¿Quieres subir, *at the top*?

—*Shure*—respondió entusiasmada.

Mr. Daniels nos condujo a través del arruinado club nocturno que tan sólo funcionaba en carnaval, hasta la azotea; la puesta del sol no mejoró gran cosa, pero desde ahí se dominaba todo Mazatlán. El crepúsculo caía con rapidez ensombreciendo los tejados, la brisa soplaba muy fresca. Su silueta se destacaba a contraluz y los débiles tonos amarillos del atardecer hacían más cobrizos sus largos cabellos y más verdes sus ojos. Cerca de diez minutos permanecimos silenciosos, ella sumergida en sus pensamientos y nosotros paladeando los detalles de su hermosura. Increíble que esta preciosa mujer habite en la fría nieve del norte lejano y sea hija de aquellas ciudades heladas y muertas. Ahora está junto a mí, llena de mar. De ese mar que emerge en sus ojos, mientras lejanos barcos enchapopotan la arena y cruzan,

inútiles puertos, se van y vuelven. El sol se metió tontamente, sin asombros.

Cuando bajamos, ella entró en su cuarto y yo me disponía a lo propio, pero Mr. Daniels me detuvo con una proposición tentadora:

—¿Quiere verlas encueradas?

—¿Por dónde? —Asentí con avidez, aunque el voyeurismo no fuese mi punto fuerte, no obstante, ver a Sue en cueros me atraía, como quien se deleita viendo un pastel antes de darle la primera tarascada.

—Por el cuarto de junto. Está desocupado, déjeme ir por la llave.

No tardó gran cosa en volver y con mucho sigilo nos introducimos al cuarto 31. Mi amigo me condujo hasta una ventana que daba a un pozo de luz, quedamos frente a la de ellas, a poco más de un metro. Las cortinas de nuestra ventana tenían un par de agujeros por donde se podía atisbar sin ser visto y las de ellas estaban corridas unos 20 centímetros. Teníamos un buen puesto de observación. No esperamos mucho, porque Sue iba a ducharse y en pocos segundos pasó y repasó por nuestro campo visual completamente desnuda. En el cuadro mural de esa ventana, soñando caprichos raros, parecía una indolente cortesana; por su carne juvenil mi deseo rondaba en éxtasis vagos diluidos en mi mirada encendida por las negras ostias de una misa negra imaginada. Era poseedora de un par de senos puntiagudos como sólo se ven en el *Playboy* y lo demás no le iba a la zaga; un vientre terso horadado por un ombligo profundo y oscuro, la cintura bien modelada, la curva de las caderas exquisitamente delineada, los promontorios de su grupa como dos mitades de melocotones gigantes y ... Mr. Daniels, con exclamaciones ahogadas terminó la descripción.

—Mire, mire que pelusada tiene.

—El vellocino de oro no siempre es dorado —señalé.

—Bárbara —corroboraba Mr. Daniels.

—¡Está bruta! —prorrumpí complacido y emocionado.

Al parecer él ya había atisbado en otras ocasiones, además sus deberes para con el elevador eran ineludibles, y se fue no sin recomendarle que le devolviera la llave. Para poder contemplar a mis anchas el hermoso espectáculo, tenía que estar trepado en una pequeña mesa y torcer el cuello continuamente, el cuarto estaba bien cerrado y el calor, pasado el primer momento, me empezó a envolver en oleadas viscosas que muy pronto me hicieron brotar el sudor por todo el cuerpo como si estuviera en un baño de vapor, y Sue, después de bañarse se instaló frente al espejo a admirarse. ¿De qué madera hicieron sus contornos? ¿De qué fruto era la miel de su vulva? ¿De qué tierra se nutrió para encender mi libido de esa manera? ¿Cómo alcanzar su corazón, su huella, su sonido de música en el agua, su detenida entrepierna cobriza, su verde mirada? Como también en su cuarto hacía calor no se decidía a vestirse y por lo tanto tampoco yo a retirarme de mi escondite tan incómodo, hasta el cuello me dolía y también la excitación provocada por la larga contemplación de lo que tanto deseaba desde hacía días y tal vez, con seguridad desde hacía muchos años, ahora materializada, manifestándose también el intenso deseo en una prolongada erección acompañada de un dolor de testículos en aumento conforme los minutos pasaban, y transcurrían muy lentos en ese cuarto oscuro donde descubrí su morada que se evanesería muy pronto como un telar de horno.

Por fin empezó a vestirse muy lentamente y aún cuando esperaba que Lavonne también se desnudara para bañarse o cambiarse, no lo hizo, al parecer ya estaba lista cuando Sue llegó. Cuidadosamente salí del cuarto y toqué en el de ellas. Me abrió Lavonne sonriendo afablemente.

—Supe que estás enferma.

—No es nada. Ahora bien.

—¿De fiesta? —insinué.

—Salimos con Rick y Johnny.

Por lo visto mi día completo no era ese, me resigné un tanto decepcionado y enfadado sobre todo porque el tiempo disponible se acertaba en una noche más.

—Que se diviertan —les desee blandamente y me fui a mi cuarto.

Me bañé con agua fría hasta que despejé la impresión pasada y decidí refrescarme el interior con un par de añejos después de haber refrescado el exterior

Naturalmente, bajé al Rincón Brujo. Otra vez fui de los primeros en llegar; aún se encontraba Mr. Kennedy colocando su batería cuando me vio.

—Buenas noches Mr. Grillas

—Buenas noches Mr. Kennedy, ¿todo listo?

—Ya merito ¿Qué dicen las gringas?

—Por ahí andan. Somos muy amigos ya.

—Son a todo dar.

—Si pues —acepté y añadí como corolario— son sus costumbres, lo que las hace tan agradables, costumbres tan diferentes a las de nuestras mujeres, fuman, beben, van a la cama y hacen camaradería con los hombres desde muy temprana edad y eso está muy bien... en ellas, porque en lo que atañe a las nuestras, no nos gustan que sean así, y eso nos viene de raza, de tradición, y no lo podemos remediar, de modo que seguimos fieles a nuestros hábitos y procuramos, cuando la ocasión se presenta, amoldarnos a los de las gringas, pero exclusivamente con ellas.

—Pero en las ciudades grandes, esas costumbres se nos están metiendo —observó Mr. Kennedy

—Cierto —admití sin ambages

Mientras afinaba su batería, alcancé a tomarme dos buenos tragos. Kennedy prefirió cerveza para empezar despacio y como era domingo, el local se llenó rápidamente con quienes acudían a bailar.

Tanto Tico y Kennedy me complacían con las melodías que les solicitaba y si al principio mi intención era de no pasar más allá de un par de copas, la música mágica de esa pareja me retuvo en mi asiento y al correr del tiempo y de los tragos empecé a emborracharme de nueva cuenta.

—Vamos a ver como sale ahora el *Maintenant* —me avisó Kennedy como a las once de la noche.

—No olvide llevar el ritmo al estilo...

—Del caminante del Mayab —concluyó mi frase— ya va a ver.

Muy quedo empezó a marcar el ritmo aludido en el platillo suelto con una sola baqueta; con la otra mano y la escobilla, sobre la tarola, fue aumentando la intensidad del sonido hasta que se oyó en la calle; luego, bruscamente bajó la intensidad y fue el momento aprovechado por Tico para iniciar la melodía a medio tono y continuar subiéndolo con lentitud. Cuando llegó al fortísimo me destapé cantando trozos que le había oído al gran “Vivi” en un café cantante de México y ni poco ni mucho me importó que mi voz fuera destemplada; la música la opacaba y fuera de Mr. Kennedy y dos parroquianos a mi lado, nadie la oía:

—*¿Por qué te vas, porque te alejas de mí, por qué te vas. Que voy a hacer si tu me dejas. Que voy a hacer sin ti...*

Al terminar, una verdosa sensación de sentimentalismo me invadió y deseé intensamente emborracharme hasta el fin de la noche.

Siguió la música y seguí tomando, Mr. Kennedy me alcanzó un par de maracas y un gringo orate pidió el güiro y la fiesta tomó más y más impulso. ¿Pensaba en Sue? No, sino

en mi mujer, mi adorable mujer de 26 años con tres hijos. Hermosa, bella, más que Sue; me sentí desprotegido como marino enterrado sin mar, velando mi propio cadáver rodeado de espejos y de música fúnebre, sólo espejos y música pero con los ojos vivos, que son el pasillo del manicomio, sólo, abandonado. Tal vez sería la una de la madrugada cuando Mr. Kennedy me sacó de mi nostalgia señalando hacia una mesa:

—Mire quien llegó

—Nada menos que Sue, Lavonne y Johnny. Rick no aparecía. Levanté mi vaso, abandoné el piano bar y me senté de sopetón con ellos.

—¿Y Rick? —les pregunté.

—Cansado —contestó Lavonne —durmiendo.

Johnny y Lavonne estaban juntos, así que quedaba vacante Sue y sin perder más tiempo la saqué a bailar. La melodía era un blues, el gran amigo Kennedy la inició así porque en el estado burro en que me encontraba, un “surf” o un “watusi” me hubiera mandado al suelo. Sue se pegó a mí como lapa; llevaba un vestido muy sencillo y muy ligero, y debajo de él, yo bien lo sabía, sólo sostén y pantaletas; repartiendo el sentido del tacto en todo mi cuerpo sentí sus senos, su vientre y sus piernas pegadas a mí, ¡delicioso conjunto apenas admirado al natural unas pocas horas antes!

La hora que transcurrió se fue con la ligereza de los sueños y a las dos se acabó la música, que yo hubiera querido prolongada toda la noche. Cuando Sue y yo volvimos a bailar ya Johnny había pagado la cuenta de ellos y me anunció:

—Al O’Brien, síguenos.

El mesero tardó conmigo porque no había cobrado mi consumo y el de Kennedy en el piano bar, por eso hasta unos diez minutos después llegué al “O’Brien”, distante del “Freeman” unos 30 metros.

Había mucha gente en el "O'Brien" y amenizaba un conjunto tropical. El lugar estaba poco iluminado, pero al fondo distinguí a mis amigos. Sue estaba bailando, de modo que me senté con ellos. La pieza terminó y Sue vino hacia nosotros, pero el tipo con que bailó, en lugar de irse arrimó una silla y se acomodó. Con mi pésimo inglés le pregunté a ella:

-He is your friend?

-I don't know - respondí

-He want dance whit you all the night -le advertí a tiempo. Se encogió de hombros y me aseguró riendo:

-The next is for you.

Y, en efecto, la próxima pieza la bailamos muy a gusto pero al regresar a la mesa, el tipo continuaba ahí y se adelantó a pedir la siguiente, a lo cual Sue accedió con indiferencia. Por lo visto le tenía sin cuidado bailar con uno u otro; desde luego, el giro de la situación no era de mi agrado, pero aguardé a saber que decisión tomaría ella al respecto.

El tipazo no tenía mi paciencia, y al volver me interpeló rudamente:

-No me gusta esto.

Hasta entonces lo vi bien. Alto, fornido, joven y, lo que más contaba... ¡mucho menos ebrio que yo! Según la actitud que adoptaba parecía no querer compartir conmigo a la linda Sue, adolecía de machismo posesivo y barrunté una bronca próxima. En medio de la niebla alcohólica en que me hallaba inmerso, percibí vagamente lo peligroso de mi situación en caso de llegar a las manos, y al acercarse el mesero, por vía de precaución pedí una cerveza en botella para romperle el gollete y usarla como arma. Cuando se rompe teatralmente y en el momento psicológico adecuado, por lo general el contrario se amilana, y si no, da ocasión a que el escándalo atraiga a la policía, la cual es una aliada decorosísima y ya había visto un par de uniformados en el salón.

Si nada de lo anterior sucedía, no me quedaría otra alternativa que romperle la botella en la cara al menor descuido, pero esto me llevaría tarde o temprano a la delegación y ¡oh, imbécil de mí!, en la bolsa traía una buena suma de dinero que por ningún motivo estaba dispuesto a perder. Todo eso lo intuí más que lo pensé, y lo más fácil hubiera sido dejarle el campo libre porque ella no hubiese ido con él, pero aunque sucediera lo contrario, poco me debería de importar si la gringa no daba muestras de darme la preferencia. Sin embargo, ese impalpable tan fuera de sentido común que se llama amor propio, me mantenía clavado a mi silla, con una mano asiendo la botella y con la vista fija en mi ocasional y espontáneo enemigo. La adrenalina comenzó a cortarme la borrachera.

No iba a dejar el campo. No podía pelear. ¿Qué hacer?

¡Persuadirlo! Si, eso era, persuadirlo a que depusiera su actitud y siguiéramos bailando... los tres. Empresa difícil porque el pegote era un machín de mollera cerrada.

—¿Si? ... ¿Qué cosa? ...—indagué vagamente.

—Que llegues aquí, te sientes, y bailes con ella —corroboró enfadado.

—Es mi amiga —aclaré en tono conciliador.

—También mía, y estoy con ellos de toda la noche, de modo que no tienes por qué estar aquí —machacó amenazadoramente don Juan Tenorio.

Presentí que era peligroso desmentirlo en forma rotunda y le advertí muy suavemente:

—Hace un rato estábamos en el Rincón y no te vi.

—Nos volvimos a encontrar aquí después de perdernos.

—Igual me pasó a mi —coincidió jubiloso— pero eso sólo hace unos minutos.

—Me da igual —dijo con altanería— te vas a tener que ir.

Mi propósito de persuasión se iba desvaneciendo, la cólera comprimía ya mi vesícula y ponía mi hígado a trabajar desbocadamente. Con el mismo tonito empleado por él le previne:

—No voy a irme.

Él también tenía una botella de cerveza en la mano, pero con la ventaja de su parte que la asía con la derecha (debido a la posición en la mesa) y yo con la izquierda. Me separé un poco para tener libertad de movimientos. Johnny y Lavonne bailaban a pocos pasos de ahí. Sue callaba y nos miraba un poco inquieta. De la masa que bailaba se desprendió otro tipo y la invitó a bailar, y ella, naturalmente, se levantó.

—Ves lo que haces —me reclamó el machín.

—Por eso mismo no debes de tomar la cosa tan a pecho —traté de convencerlo— las gringas son así, lo mismo bailan contigo que conmigo o que con Juan de la Chingada, ahorita mismo estás creyendo que te eché a perder la oportunidad de acostarte con ella, pero óyelo, vivimos en el mismo piso del Freeman, los conozco bien, ella va a regresar a su cuarto y ahí la está esperando un gringo con el cual probablemente se acostará, tenlo por cierto que ni contigo ni conmigo.

—Puede ser —insistió tozudamente Juan Charrasqueado— pero por lo pronto me molesta tu presencia.

—Pues ya te dije que no me iré —persistí cortante.

—¿Cómo te llamas? —me interrogó aparentemente intrigado y ¡oh estúpido!, caí en el garlito

—Grillas —le contesté a secas— ¿y tú?

—Mi nombre es para mis amigos —exclamó ufano el hijo de puta — pero sábeta esto, soy del Distrito Federal.

—Yo de Timbuctú —le aseguré burlándome en mi interior de su petulancia.

—Soy ingeniero.

—Yo astronauta.

—Tengo 27 años.

—Y yo 36 —contesté tranquilo.

—Desciendo de una familia de vascos de muy pocas pulgas.

—En suma — le corté ahorrando los datos de estatura, peso y méritos deportivos con que amenazaba agobiarme — me puedes partir la madre muy fácilmente.

—No veo como no pueda hacerlo... —dijo haciendo ademán de levantarse.

—¿Y por una gringa? —le atajé con cierto menosprecio— ¿no vez que ella es una gringa a quien, te lo repito, ni tú ni yo le interesamos? ¿No ves que vas a hacer el ridículo y que lo único que vas a conseguir es ir a la cárcel junto conmigo?

Algo de lo argumentado hizo mella en Valentín de la Sierra, pero no estaba dispuesto a ceder del todo, y aprovechado que Sue acababa de llegar, sacándola a bailar me aclaró:

—Quédate si quieres, pero sólo yo voy a bailar con ella.

No estaba dispuesto a permitirlo y sólo temía que se quedaran en la pista, porque de los dos parados, se derivaba una situación desventajosísima para mí.

Pero regresaron a la mesa y ya me disponía a tomar a Sue de la mano para bailar, cuando ella misma despejó la tirantez:

—*Let's go Pedro, I'm tired.*

Cada quien pagó su consumo. Me atrasé un poco, esta vez con todo el propósito de evitar un choque con Valente Quintero, y los alcancé al entrar al vestíbulo.

El hijo de su chingada madre todavía perseveró hasta dentro y hasta la misma puerta de la habitación de ellas. Lavonne entonces tocó la puerta de Rick y éste salió frotándose los ojos; en un inglés rapidísimo lo puso al tanto de la situación y Gumaro Sotero optó por retirarse al ver que Rick, malhumorado, iba sobre él. Todavía estaba esperando

el elevador cuando todos nos metimos al cuarto de las chicas. Había ya un garrafón nuevo de ron, pero sólo encontramos refrescos para una tanda. Sue se echó en la cama dejando su vaso lleno en el tocador; luego que Rick me hubo explicado que estaba ya dispuesto a parar al tipo en caso de insistir en quedarse, me senté en la cama junto a Sue para proponerle que se fuera a mi cuarto a dormir, ya que Lavonne y Johnny estaban trezados en un beso que describía muy a las claras sus intenciones de quedarse solos, pero ¡maldita sea! Sue yacía profundamente dormida (o fingía), la sacudí, pero en vano. Rick salió y Johnny y yo de mala gana lo seguimos. Me tumbé en mi cama maldiciendo por lo bajo su poco aguante. Huérfano de mi propio espectro, muy pronto me quedé dormido.

La mañana del lunes la cruda fue acumulativa, las lombrices de hierro recorrían mi gañote, las lombrices de vidrio bailaban en mis pupilas, las lombrices de cobre reptaban sobre mi lengua, las lombrices de bilis horadaban mi hígado. Mi hígado...mi hígado se había declarado en huelga y desperté aún mareado. Una abundante y prolongada ducha fría asesinó a la mitad de las lombrices, pero cuando salí a la calle para ir a los muelles a trabajar, el sol las revivió y me pareció como si anduviera en un plano irreal, sabía que estaba en las dimensiones normales, pero yo era, un espectador lejano de lo que hacía y de mi ámbito, pero al mismo tiempo me inundaba una intensa satisfacción de vivir la vida plenamente y me sentí, no contrariado ni molesto por las sensaciones desagradables que emanaban de mi estómago, sino feliz y autosuficiente, no importaban las lombrices, el cielo era yo, me sentía capaz de matar a mi padre, me sentía un inmortal que pasa a través del espejo, capaz de destruir la estrella-fantasma con alma de fuego negro, capaz de alcanzar el cero absoluto, de calcular con precisión indiscutible, a la

vez el momento y la velocidad del electrón dentro del átomo.

Ni siquiera puse a consideración de mi cerebro la posibilidad de desayunar, parecía no necesitar alimentos, y al llegar al despacho, acometí con bríos la tarea de terminar el trabajo pendiente y así lo hice. Por ello, a las doce entraba en el hotel de nuevo. Al llegar al tercer piso oí ruido en el cuarto de Rick y entré a platicar. Además de mis dos amigos estaban Dave, Gary, Garath y otro más a quien fui presentado: Bill. También por supuesto, estaban ellas; ambas se hallaban encaramadas en la cama de Rick y a éste lo mimaban y agasajaban lindamente, lo cual era visto con perfecta naturalidad por los demás, excepto por mí, devorado por la envidia; los demás se hallaban desparramados en la otra cama, en las sillas disponibles y en el suelo. La mayor parte de lo que se decían no la entendía por la rapidez con que hablaban, pero cuando se dirigían a mi lo hacían comedidamente en forma lenta.

Me contaron que muy por la mañana habían ido a pescar el marlín y me mostraron sus trofeos que consistían en dos puntas de regular tamaño de dicho pez. Bill había llegado de Los Ángeles con un par de deslizadores de plástico y fibra de vidrio, pero estaba de paso ya que las playas de Mazatlán no se prestan para practicar el "surfing". Iba más lejos, hasta Cuyutlán, en la costa de Colima, en donde, según experiencias pasadas, en el lomo de la famosa ola rayo verde, prácticamente volaba en su deslizador.

Esta vez el garrafón permanecía quieto y yo no sentía deseo alguno de trasegarlo, por lo que la reunión transcurría en estado seco por completo. Les anuncié que al día siguiente partiría de Mazatlán y mis jóvenes amigos lanzaron algunas exclamaciones que denotaban sentirlo. Sue permaneció

inalterable, pero en cambio Lavonne, en un español clarísimo exclamó:

—¡Qué lástima!

Entonces propuse:

—Esta noche haré una fiesta de despedida en mi cuarto, los invito a todos.

Sue tradujo con alguna dificultad, pero la idea fue aceptada con beneplácito prometiendo todos no faltar. Pero insistí con Sue:

—¿Vendrás esta noche?

—Vendré, Pedro.

Y por cortesía con Lavonne

—Claro —confirmó entusiasmada.

Luego platicamos de su guerra en Vietnam, hubo disparidad de opiniones, se hallaban ostensiblemente mal informados de la realidad o perversamente engañados por su plutocracia.

Pero en lo que todos estuvieron de acuerdo, cuando les insinué la posibilidad (no muy remota) de que al llegar a edad militar, la guerra en Vietnam continuara y ellos fueran enviados allá, fue en su preferencia por Europa, o cualquier otro lugar del mundo en que hubiera tropas de E. U., menos en Vietnam.

Como a las cuatro de la tarde les anuncié que iba al centro a comprar lo de la fiesta y quedamos muy formales de vernos en la noche.

Consideré que la fiesta era mi último recurso para convivir durante unas horas más con Sue y que en ella se presentaría forzosamente la oportunidad de allanar el camino hacia su posesión. Tenía la premonición de que todo saldría acorde con mis deseos y veía ya resolverse favorablemente la inquieta obsesión que me torturaba desde mi llegada a Mazatlán. Fui primero a los muelles y durante el trayecto

iba masturbándome mentalmente con visiones eróticas cuyo *leiv motiv* era una y otra vez la joven gringa deseada.

Cuando me despedí del personal, resolví invitar al jefe de la estación de bombeo de melaza, Carlos Santoyo, con quien había trabado buena amistad. Éste me llevó en su coche al "Mamucas" donde comimos unos riquísimos camarones a la "Castro Ruz" y un enorme robalo al mojo de ajo cada quien; de ahí llegamos a una tienda de la calle Zaragoza y ordené que llevaran al cuarto 35 del "Freeman", una caja de ron añejo, queso, embutidos, dos o tres latas y galletas.

A las siete de la noche inicié una siesta de hora y media, que mi cuerpo pedía desesperadamente.

A las nueve llegaron todos en tropel a mi cuarto. Mr. Daniels subió enseguida con dos cubetas con hielo y cocacolas. Santoyo llegó poco después y fue presentado a todos.

Sue, quien traía puesto un vestido corto y muy ajustado, tomó posesión de la cama, precisamente frente a donde estábamos Santoyo y yo, y no tardamos ni diez segundos en admirar (una vez más por mi parte), lo torneado de sus piernas y el bonito encaje de sus pantaletas blancas. Lavonne seguía vistiendo su sarga blanca y se acomodó con Rick en el balconcillo; prontamente circularon las primeras cubas y la rapidez con que fueron consumidas, denotaba que todos estábamos dispuestos a embriagarnos hasta escupir tinta en los zapatos. Por segunda vez en el día, compuse *in mente* una serie de cuadros imaginarios en donde la figura desnuda de Sue, tal como la había visto 24 horas antes, se retorció en medio de la cama que ahora ocupaba vestida y me solazaba con fantasías eróticas; acariciarla empezando a besar desde las patas de la cama y como lamería, cual si fuera un perro en el desierto, lo que se me antojaban deliciosos conos de nieve y fresa de sus senos, estaba frente a mí, tentadora, vo-

luptuosa y alegre; la garganta se me secó y de un viaje apuré mi vaso y otro. Santoyo, colocado a mi izquierda, me susurró muy quedo admirativamente:

—¡Oye, pero qué cosa!

Un alud de lugares comunes atravesaron el silencio opalescente de mi afiebrada cabeza: Boccato di Cardinali, Incienso de la India, Fruta azucarada de Esmirna, Perlas de Samoa, Esmeraldas de Colombia, Mármol de Italia, Aurora Boreal, Hielo del Polo, Mares del Caribe, Árbol de Santa María del Tule, la Esfinge, el Arco, los Volcanes, cuántas y cuántas cosas bellas eran al mismo tiempo Sue.

Borracha, serena, riendo, seria, acostada, tirada en la arena, sentada, caminando, fumando, gritando, vestida, desnuda... ¡cómo la deseaba!

Y los minutos pasaban sin sentir, el Vino de la Primavera se iba, vino rojo, vino dulce y de dulces recuerdos y el vino dorado del estío, seco, fuerte... ¡ah!, las horas encantadoras que quedaban en la innombrada maleta del tiempo disponible e invaluable. Evocaba los momentos perdidos, la sabiduría de Omar con sus líquidos rubíes y la adoración a Baco.

Quise que el vino fuerte y dorado pusiera fuego en mi cabeza y encabritara mi corazón, que me transformara para siempre, mediante su lento y querido veneno... ¡hasta destruirme!

A las once de la noche Lavonne me pidió que recitara Wample Dimple.

—*Later dear. Only drunk* — farfullé.

A las doce Dave fue por su cámara fotográfica y todos nos trepamos a la cama para posar.

A la una, con una borrachera tope, dije *Wample Dimple* a un auditorio de ebrios. Me sobreactué y fui felicitado con calor y admiración.

A las dos arrojamos la sexta botella vacía por el balcón y el administrador subió a decirnos que todo el hotel se quejaba de nuestro gran escándalo. No subiría más refrescos, quería cerrar la puerta, no lo permitimos porque pese a estar con pantalón corto y la camisa desabrochada, el calor era insuportable.

Tico y Kennedy llegaron detrás del administrador y todos nos fuimos al departamento que Santoyo tenía cerca del aeropuerto. Las chicas, Rick, Santoyo, subimos al coche de éste y los demás nos siguieron en un ruletero; por el camino Sue y Lavonne iban cantando “Cuando calienta el sol” deliciosamente desafinadas, agabachadas y borrachas.

Llegamos y Santoyo puso el tocadiscos a funcionar pero nadie bailó; las muchachas se tiraron en la cama, exigieron cigarrillos, más cubas y siguieron cantando tonadillas en inglés intercaladas con un “Cuando calienta el sol” cada vez más desafinado; entonces me deslicé junto a Sue y le susurré suavemente:

–Tienes ojos de pantera, muy lindos.

–De tigre – quiso corregirme ella.

–De tigresa – proseguí– los más bellos ojos de tigresa que jamás vi. Pero, ¿eres realmente una tigresa? ¿Sales en las noches de luna llena a devorar hombres? Ha de ser delicioso morir en tus garras, sobre todo si antes de tirar el zapazo mortal, acaricias ... y dejas que te acaricien... así.

Muy lentamente fui subiendo mi dedo índice por su brazo desnudo hasta el hombro, luego seguí el contorno de su clavícula izquierda sobre su piel y pasando sobre la tela del vestido me detuve en su seno, ahí descansé mi mano completa e iniciaba un nuevo movimiento de exploración hacia su regazo cuando exclamó:

–Oh, Pedro, estoy muy borracha.

—Todos los aquí presentes estamos muy borrachos —le señalé sin cejar, entonces se levantó y avanzó hacia el pasillo y me deslicé junto a ella, pero Gary o Bill, no sé a ciencia cierta quien, la detuvo para bailar. Me paré justo junto a Lavonne quien se apoderó de mi mano y levantándose ordenó lacónicamente:

—Bailemos

A la altura de mis ojos quedó el brillo amarillo de su cabello; bailaba muy bien y se abandonaba completamente en cada giro. A los demás también se les antojó bailar y hubo que turnarse con gran fastidio de mi parte, veía huir, una vez más, la oportunidad de conquistar a Sue.

Poco antes de las cinco el cansancio hizo presa de casi todos y Santoyo pidió un ruletero por teléfono. Regresaríamos repartidos en la misma forma que a la venida, a excepción de Dave quien se encontraba en el baño “poniendo plaza”. Después de esperar un rato a que Dave se computara, emprendimos el regreso al hotel y mientras viajábamos, hacía planes para meter a Sue en mi cuarto.

Al llegar a la puerta del hotel nos topamos con Michelle y sus dos amigos, los tres tan o más borrachos que nosotros, que salían del O’Brien e iban al hotel Belmar donde se hospedaban. Tico y Kennedy al parecer nos esperaban e iban a decirnos algo, pero Michelle se adelantó gratamente sorprendida al reconocernos y declaró enfáticamente:

—Tengo ganas de nadar.

—Michelle, *let's go* —apremió uno de sus acompañantes.

—Oh, no, yo voy a nadar —neció ella.

Miré hacia el mar y le expliqué pacientemente:

—Aquí en Olas Altas la resaca es muy fuerte.

Santoyo intervino con su oportunidad característica:

—Podemos ir a la Isla de Piedras —sugirió.

—Eso es, eso es —aprobó jubilosa Michelle que hubiera aceptado lo mismo de haberle propuesto ir a Hawaii que a la Isla de Piedras— ¿Vamos chicas?

Inesperadamente aceptaron ellas, no así los amigos de Michelle, quienes prefirieron irse a dormir porque salían a Los Ángeles ese mismo día. Tico y Kennedy se nos unieron.

La Isla de Piedras está frente al muelle de Mazatlán, a unos quinientos metros de distancia, y hasta los muelles llegamos cargando al lastre de Dave, inmóvil en el coche.

Al llegar nos encontramos con la novedad de que no había manera de atravesar la rada. Las lanchas no se hallaban amarradas al muelle, sino aboyadas o bien ancladas a unos 30 metros. Pero ya se nos había metido en el magín de borrachos, ir a la isla. Todos nadamos hacia la más próxima, cantando y besando otra botella de ron.

No hacía nada de frío, pero Michelle propuso que encendiéramos una hoguera para secar nuestras ropas después del chapuzón. Rick y Lavonne se fueron por un lado a buscar palma seca y Sue y yo por otro; Santoyo y Michelle quedaron en la playa recogiendo madera, y Kennedy y Tico se sentaron en la arena a hacerle los honores a la botella.

Faltaba poco para amanecer, pero todavía estaba oscuro y nosotros de la mano llegamos a un macizo de palmeras tropezando de continuo, más a causa de nuestra terrible embriaguez que de los obstáculos que hallábamos. Ella se recargó en una palmera y presionándola ligeramente contra el tronco, acerqué mi rostro al suyo y la besé golosamente gustando con fricción la voluptuosidad de sus labios y el sabor de su saliva. A ese beso siguió otro, también lento, deslizando mi boca por sus mejillas hasta trepar con los dientes el lóbulo de su oreja, y después otro y otro más. Sue no decía nada y ambos pegados nos deslizamos por la palmera hasta quedar sentados. Me disponía a proseguir con la segunda

parte del asedio, que intuía breve, pues ella iba ya colocándose en el punto emocional deseado, cuando la voz fuerte de Santoyo, en la cual vibraba un ligero matiz de miedo, llegó hasta nosotros:

—¡Michelle, se ahoga Michelle, vengan!

Pensé que Rick estaba mejor calificado que yo físicamente para el salvamento y esta vez, con verdadero frenesí besé y besé mientras hundía mi mano en el generoso escote de ella. Pero los gritos se hacían más fuertes y angustiosos, y segundos después, con voz suplicante, Sue propuso angustiada:

—*Later, Pedro later.* ¡Michelle!

Nos incorporamos y echamos a correr a la playa, Santoyo estaba dentro del agua, Rick y Lavonne no aparecían, así que me vio, me indicó con el pánico fluyendo en su voz:

—Vete por allá, aquí yo.

Casi de un golpe me quité camisa y zapatos y corrí por la playa unos 100 metros atisbando las olas con la esperanza de verla u oírla; me metí al agua y sentí la dirección de la corriente de la resaca. Un súbito golpe de miedo a perderme también, me azotó las corvas, pero sobreponiéndome a él me entregué a la corriente y nadé en su dirección con la fortuna de oírla débilmente en un compás de espera de las olas. En realidad no zozobraba lejos de mí; la corriente la había arrastrado paralelamente a la orilla de modo que a cinco o seis metros después de perder fondo la distinguí y la así del cabello, pero sin fuerzas para hacerla flotar, justo en el momento en que ella perdía el sentido.

Luché contra la resaca y grité desesperado:

—¡Ya la tengo!

La tenue claridad de la alborada permitió verme y ya con Santoyo no fue problema sacarla. Creo que yo sólo no hubiera podido hacerlo, nos hubiéramos ahogado juntos.

Rick llegaba y empezó a darle respiración artificial y, junto con una regular cantidad de agua salada, Michelle devolvió el ron y todo lo que albergaba en su estómago. Yo me di vuelta hacia el mar y “puse plaza” también, por el agotamiento.

Tico y Kennedy se había desparramado al lado contrario al mío y se nos unieron asustados, pero contentos de que la hubiéramos sacado. Habían pasado tan sólo 3 minutos desde que Santoyo diera el primer grito de alarma y 10 minutos después Michelle volvió en sí.

—¿Cómo sucedió? —traté de saber.

—Se metió un poco, pero una ola la hizo perder el equilibrio y como estaba oscuro, sólo nos dimos cuenta cuando empezó a gritar —explicó Kennedy.

—Pues otro poquito... —comentó ominosamente Tico.

Abandonamos la idea de la fogata; además la claridad del día iba en aumento y acordamos regresar al hotel después de exprimir nuestras ropas. Todos nos encueramos para ello; las chicas se la llevaron abrazada y regresamos silenciosamente. No fue sino hasta que estuvimos en el coche de Santoyo, que Tico rompió el mutismo general con un alegre:

—Para el susto —y le dio un buen trago a los restos de una botella que quedara en el auto.

—Para el mal sabor de boca —dije y me mandé un buen fajo.

—Para los nervios —brindó Kennedy.

—*For the life* —brindaron Sue y Lavonne.

—*For you* —dijo Rick e hizo que Michelle pasara un gran trago— *and for me* —prosiguió y apuró lo que quedaba.

La tensión se deshizo y Santoyo arrancó la máquina. El sol salió y todos a una (excepto Michelle y Dave) rompimos a cantar “Cuando calienta el sol”.

Al llegar al Freeman, Kennedy propuso:

—Una última copa, y una última canción.

Tico tenía guardada una botella chica en el piano y tomamos asiento a su alrededor. Pero Rick prefirió subir a Dave a su cuarto. Muy distante, pero muy distante, empecé a oír a mis amigos tocar alusivamente “Marea baja”; Santoyo me pasó la botella y después de beber un gran trago, sentí “el golpe del aire” y abaté la cabeza entre mis brazos. Estaba ahí y no estaba.

Michelle se estiró y sacó de la camisa de Tico un bolígrafo y tomándome un brazo me dijo, despidiéndose:

—Por si alguna vez vas a París.

Y escribió en mi brazo:

*8 Rue Saint Vincent,
Montmartre,
París.*

Sue también tomó la pluma y escribió a su vez:

*Sue Johnston
103 NW 200 th.
Seattle, Wash.*

Ambas, tambaleándose de borrachas, salieron.

Lavonne me tomó del pelo y volteó hacia ella mi cara; dificultosamente dijo en español:

No te dejo dirección... esto es mejor —y me dio un prolongado, suave, cariñoso, profundo y apasionado beso en la boca.

Al fin me soltó. Su largo pelo amarillo resbalaba por mi cara. Se despidió con una promesa intangible:

—*Farewell. ¡I never forget you!*

Aporreando piano y batería, mis amigos me dedicaron una última pieza:

¡Adiós!, de Eric Madriguera.

Tenía una hora para cambiarme, irme al aeropuerto y liquidar la cuenta; ellos cantaban enronquecidos por el alcohol y la desvelada:

Adiós. Adiós, adiós, adiós...

Adiós, me voy mi linda muñeca, me voy de aquí....

AUTOENTREVISTA

*Y tú también, viajero, si por ventura un día
en el festivo curso de tu fugaz orgía,
en el lugar te encuentras en donde yo fui uno...
¡Invierte sobre el césped una copa vacía!*

Siempre he sido muy pendejo para dar entrevistas; oralmente no sé expresar bien mis ideas, y mucho menos bajo la presión del entrevistador. Por eso, cuando Nacho Trejo e Ixchel Cordero Chavarría me pidieron una autoentrevista para el libro *Acta de nacimiento (autoentrevistas de escritores mexicanos)*, me alegré; con calma, corrigiendo las estupideces que mi lengua profiere, borrando, revisando una y otra vez, así cambia el panorama y puedo salir decorosamente del paso.

La entregué en el plazo estipulado a mediados del 2004. Cuando se me ocurrió añadirla a los textos de *Los líquidos rubies*, hacía ya un año que la había entregado, sin que apareciera el proyectado libro. En un año hubo cambios, no muchos, pero los hubo y, por lo tanto, la modifiqué un poco para la revista *Siembra. Revista de Artes y Humanidades* de la Universidad Autónoma Chapingo, aparecida en septiembre de 2006; luego asumió otra leve modificación para el presente libro; hela aquí:

Me hallaba tecleando en mi estudio, cuando sin previo aviso se presentó un tipo como de mi edad que dijo llamarse Mario Trejo, con el fin de hacerme una entrevista. Al instante me chocó algo de su persona; primero, esa

desfachatez tan inusual, segundo, que el muy infeliz copiaba mi estilo de vestir; colores vivos, fuertes, chispeantes y ¡el colmo!, usaba sombrero. Sí, desde que comenzó a avanzar mi repugnante calvicie, yo uso sombrero. Mi educación oxfordiana me impidió expulsarlo en el acto, así que, no sin cierta reluctancia, pregunté, secamente: “Para quién y para qué”. El desaprensivo septuagenario declaró: “Muy señor mío, sépase que soy Mario Trejo, secretario auxiliar del segundo secretario del doctor Nephasto Cortéz, Presidente de la Comisión de Revisión de Anteproyectos de Tesis para Doctorado en Letras de la Facultad de Chilosofía y Lepras de la Punam, quien me envía porque le han presentado una exégesis de su obra para tesis doctoral y como en la Comisión no lo conocen, tengo el encargo de hacerle una entrevista. Previamente he leído la noticia que sobre usted traen algunos diccionarios de escritores, de modo que algo sé sobre el asunto”. Aquella confesión me ablandó. Depuse mi actitud fría. El sujeto, ciertamente, no carecía de inteligencia y hasta simpático me iba pareciendo. Acepté ser entrevistado: “Me reservo el derecho a no contestar preguntas inconvenientes”, agregué procurando restarle arrogancia a mi advertencia y le pedí tomara asiento. Señalé, con extrañeza, la falta de una grabadora. “No la necesito, tengo memoria fotográfica”, aclaró el investigador. Entonces comenzamos:

Dado su inmenso talento y la vastedad y variedad de su obra, me veo precisado a resumir esta entrevista la cual, normalmente tendría que ser de 518 preguntas.

(Esa introducción me conquistó de plano. He aquí uno de los pocos que han hecho justicia a mi obra) “Comprendo y apruebo”, alenté, y empezó:

¿Cómo es que un polígrafo de sus dimensiones inabarcables tuvo que publicar su primer libro *Los endemoniados* en edición de autor?

Cuando terminé esos relatos era ingeniero químico en activo y me hallaba yo afuera de la “Republiquita de las Letrinas”; sin contactos y sin modo de penetrarla. Fui a Mortiz, la única opción real y me dieron de plazo tres años para resolverme. Algo no les gustó en mi libro. Como para ese entonces tenía 37 años de edad, no podía darme el lujo de perder el tiempo y vi a Bartolomé Costa-Amic quien pasaba por una época en la doble “A” y como todos mis relatos llevaban por título el nombre de una bebida embriagante, los rechazó. Además insistió en que todavía demandaban unas 15 correcciones más. Por falta de tiempo no podía esperar, amén de que no sabía como hacer una sola.

(El sujeto me señaló con índice de fuego): **Señor mío, ¿cómo creyó usted que iban a publicarle así porque sí, un libro obsceno y pornográfico?** (Su cambio de actitud me desconcertó, pero repuse):

Porque no lo es, pero a casi todos, antes y después de su publicación les irritó el uso de la violencia verbal y física unidas al erotismo y la sátira. Me pegaron la etiqueta de pornógrafo con engrudo cargado de moralina. Tuve que publicarlo por mi cuenta en 1967.

(El tipo volvió a agredirme). **Entonces, ¿la crítica literaria lo trató como merecía?**

La mojegata crítica literaria de esa época me tildó de pornógrafo. Unos cuantos que hacían reseñas me alabaron: Gustavo Sáinz, Xorge del Campo, René Avilés, José Agustín, Manuel Blanco, jóvenes que con sus primeros trabajos rompían los moldes artríticos de la literatura mexicana. A la crítica se unió la Liga de la Decencia (lo que hoy es Provida), y exigió a mi distribuidor Klee Madrid retirara esa por-

quería del mercado o se atuviera a las consecuencias. Los amigos antes citados me defendieron, por eso Klee no lo hizo y finalmente, aunque con mucha lentitud, vendí aquella edición. En el 2007 se cumplen 40 años de su aparición. He preparado una revisión de los textos, muy necesaria porque adolecían de defectos formales. Espero, si aún ando por aquí, celebrar dicho aniversario con esta edición revisada. *La podé.*

¿Se arrepiente de su pornografía infame?

¿Cómo puedo arrepentirme de algo no hecho? Ya se lo dije, nada más falta que sea medio sordo, como yo. Le hice lo que en la jerga editorial se llama “corrección de estilo”, y al contrario, conservé intactos aquellos pasajes que ofenden a los mojigatos.

Supongo que aprendió usted la lección y en lo sucesivo escribió obras decentes, como Arreola, Rulfo, Pitol... (El tonito usado iba haciéndome perder la paciencia).

Siento decepcionarlo, porque en 1970 un editor aventurero me publicó *Safari en la Zona Rosa*, mi primera novela.

(Cuando iba a expulsarlo de mi estudio se tornó amable)

¡Me gustó mucho! Una soberbia novela urbana, tan buena como *La región más transparente*. Sátira erótica, ¿eh?, picarón.

Mejor que la del “Dandy Guerrillero”, porque la suya fue fusil de *Manhatan Transfer* de Dos Passos, y la mía es original, con más conocimiento de causa. No producto aséptico de gabinete. Fue la primera novela que exploró la Zona Rosa, ese submundo donde la clase media tepuja pretendía sentirse como en Greenwich Village o la North Beach de San Francisco, quería ser *beatnik* a fuerza de frecuentar algunos cafetines y dos o tres antros nocturnos.

¿Cómo le fue con la crítica?

De nuevo me pegaron la consabida etiqueta porque tuve la osadía de tratar el homosexualismo de forma natural y también incluí una sátira contra los intelectuales dominantes del cotarro letroso.

Usted se puso todos los obstáculos en su carrera literaria. ¿Qué le costaba ajustarse a los moldes vigentes? ¡Talento le sobraba! Vea usted a Fuentes, a Pacheco, están en la cumbre, van por el Nobel.

Yo no nací para adocenarme ni adecentarme. No comencé a escribir para los escritores ambicionando obtener un ingreso a la Academia de la Lengua, o figurar como candidato ya no digamos al Cervantes, ¡ni siquiera al pinchurriento Villaurrutia!

¡No chingue, Martré! A que si le dieran el Villaurrutia ahorita bien que lo agarraba. (Respingué, indignado):

Me ofende esa suposición pendeja, señor Trejo. Aceptarlo, sería una deshonra. Lo rechazaría. Otra puntadita de esas y lo saco a patadas de mi casa, ¡belitre!

Calma, Martré, debe reconocer que esa su primera novela está muerta y olvidada. Cuando se trata de analizar la novela urbana del Defe nadie la cita. No existe.

Mejicalpan de las Tunas, osaduelo. *Los endemoniados* es sátira, *Safari en la Zona Rosa* satiriza a los currutacos de la intelectualidad. Mi sátira no perdona, por eso es imperdonable.

Como también lo es el fluír de la obscenidad y su pornografía. ¿Martré, puede alegar algo en defensa de *Coprofernalía* y *Jet Set*? (El tipo se proponía encolerizarme de nuevo, pero hice acopio de sangre fría).

Coprofernalía es una novela corta escatológica. Singular.

Asquerosa, nauseabunda. (Busqué con la vista algún objeto inservible para arrojárselo a la cabeza).

La escatología constituye un tema tabú para los escritores. Es un reto para cualquier escritor de cualquier época recrear cosa tan sucia y pestilente, salir airoso del intento no es fácil, pero salvé el escollo con el humor. La novelita es hilarante. Escatología con humor negro, esa fue mi fórmula.

A la crítica no le hizo ninguna gracia, supongo.

¿Cuál crítica? En 1973 ningún reseñista o crítico se atrevió a darle cuerpo no obstante que el tomito circuló profusamente en la República de las Letrinas. Tan sólo registré tres notas; la de Saúl Belkis (nunca supe si era seudónimo) en "El Nacional" extraordinariamente favorable y las de dos muy amigos míos por aquel entonces: René Avilés Fabila y Gerardo de la Torre. Posteriormente y nada más, otro amigo mío, Ignacio Trejo Fuentes, no desaprovechaba ocasión para citarla como ejemplo de humor negro y exigir su reedición. En el 2001 le di gusto con una edición corregida y aumentada. Más hedionda.

Descubro coincidencias sospechosas entre Rubem Fonseca y usted, Martré. *Secreciones, excreciones y desatinos* y *Coprofernalía* parecen escritas por una sola persona. (No le arrojé un pisapapeles porque me di cuenta de que sí conocía mi obra, lo cual es infrecuente y motivo de perdón).

El de los desatinos es usted, Trejo, porque desconozco el portugués por un lado, y por el otro, no es sino hasta 2003 que el brasileño llega traducido (Ediciones Cal y Arena) a México. Lo que sucede es que Fonseca y yo, casi de la misma edad, cagamos del mismo grueso. La escatología de Fonseca no fue óbice para que le dieran el Premio Juan Rulfo de Literatura Latinoamericana y del Caribe de la FIL de Guadalajara en 2003. Lo que a Fonseca se le acepta y cele-

bra a Martré se le niega y reprueba. ¡La vida es una mierda, carajo!

No se exalte. Encontré otras referencias escatológico-satíricas en su obra. No desaprovecha la ocasión ¿eh?

Decididamente no. Hay un tratamiento escatológico en el segundo capítulo de mi novela *Los símbolos transparentes*. No es difícil identificarlo. También tengo un cuento claramente escatológico y de humor negro titulado "Diarrea". De los más recientes.

Usted no entendía la realidad de la literatura. Usted escribió las memorias de una ladilla. Usted no es escritor serio. (Otra vez a fustigarme, ¿dónde está el pinche pisapapeles?)

En efecto, no lo soy. México tampoco es un país serio. Ambos existimos, pésele a quien le pese. Me propuse satirizar a la alta burguesía de principios de los setenta y lo hice con singular regocijo, *Jet Set* fue el resultado. Utilicé el humorismo del absurdo para eludir la pornografía y además le metí una buena dosis de crítica social.

Y de nuevo, con sobrada razón, la crítica lo vapuleó.

Nada de eso, Sucedió lo mismo que con *Coprofernalía*. Se hizo alrededor un silencio ominoso. Escribieron favorablemente sobre *Jet Set* los pocos que creían en mí: Manuel Blanco, René Avilés y "El Booker" y tan sólo en *El Nacional* Resultado natural del subdesarrollo mexicano: *Lolita* de Nabokov fue abominable e incordiante en las manos de un pequeño editor: unos meses más tarde *Lolita* era respetable y por lo tanto admirable en las manos de un editor, cuya cifra de tiraje era de 50 mil ejemplares por cada reimpresión. Mas para mí jamás llegó el gran editor. Siempre he publicado en editoriales no situadas en el gran sello comercial.

¿Y qué esperaba, Martré? (El sujeto recobró su insufrible impertinencia).

Lo natural por haber nacido en México y en 1928. Hacia 1973 ya había pasado el 68, *Hair*, O'Leary, la época hippie, la generación *Beat*, ¡y en Mexiquito beato todavía se escandalizaban o le hacían el silencio a mis textos satírico-eróticos!

Que quede claro, nunca escribí pornografía, fue erotismo y sátira. Cuarenta años después, ahora, esa etiqueta está deslavada. El pornocine, el pornovideo y las pornorrevistas actuales hacen de mis primeros cuatro libros, devocionarios para cartujas.

Aretino, Bocaccio, Chaucer y el humilde Martré de aquel entonces nada tienen que hacer con lo que la literatura actual se atreve.

Usted dice ser cuentista, además de novelista. ¿Puede demostrarlo? (Me repantigué en mi sillón. La respuesta iría con dedicatoria a don Nephasto).

¡Ah, pero como chingados no! Sesenta y cinco cuentos publicados lo confirman. Aquí va la lista de los volúmenes de cuentos: *Los Endemoniados* (7), *La noche de la séptima llama* (14), *Dime con quien andas y te diré quien herpes*, (25), *Apenas seda azul* (3), *La emoción que paraliza el corazón* (13) y *Cuando la basura nos tape* (3). Además otros 13 cuentos infantiles inéditos y otro cuento inédito que salió un día de un viejo cartapacio. En su mayoría cuentos satíricos. (¿Cómo iba a quedarle el ojo a don Nephasto?).

Todos esos cuentos son muy malos, porque no figuran en ninguna antología respetable del cuento mexicano. Obviamente tampoco del cuento latinoamericano. Usted no es cuentista, Martré. No se haga ilusiones, no fantasee. (La actitud provocativa del hombre me exasperó otra vez).

¡Óigalo bien, mentecato! No vayamos más lejos de mi segundo libro de cuentos *La noche de la séptima llama*. De-

duzco que usted no lo ha leído, porque el cuento que le da el título al libro es uno de los más impresionantes y mejores que he escrito. ¿Por qué no figura en las antologías del cuento mexicano?

Es necesario traer a colación un comentario de Octavio Paz que viene muy bien al caso:

“Pues en materia literaria –y no sólo en ella: en todas las relaciones sociales– México es un país que ama la carne humana. Salvo unas cuantas excepciones, no tenemos críticos, sino sacrificadores. Enmascarados en esta o aquella ideología, unos practican la calumnia, otros el ‘ninguneo’ y todos un fariseísmo a la vez productivo y aburrido. Las bandas literarias celebran periódicamente festines rituales durante los cuales devoran metafóricamente a sus enemigos. Generalmente esos enemigos son los amigos y los ídolos de ayer. Nuestros antropófagos profesan una suerte de religión al revés: sus festines son también ceremonias de profanación de los dioses adorados la víspera. No les basta con comerse a sus víctimas: necesitan deshonrarlas”.

Víctima soy del “ninguneo” que cita el Pope, siempre lo he sido, hasta la fecha. A tal sistema de descalificar escritores yo he respondido agresivamente. El resultado ha sido más ninguneo. Pero el Archimandrita practicó en vida lo que proclamó como malsana costumbre caníbal. Él y sus corifeos como el Chóforo y Fito Kosteño han bloqueado sistemáticamente todo comentario, reseña o crítica acerca de mi obra, y de otros amigos míos. Sin embargo, si acaso llegan a ocuparse de nosotros, lo hacen en forma extremadamente peyorativa.

Pero existe otra corriente crítica, la oficial, digamos.

Siendo yo un crítico agresivo del sistema político mexicano, tampoco por ese lado existo.

Casos así abundan en la historia de la literatura universal, son de todos conocidos, y en todos, el tiempo ha puesto a cada quien en su lugar. ¡Ah, el tiempo!

¿Y la crítica independiente?

Algunos reseñistas y críticos independientes se han ocupado de ciertos libros míos, pero a su vez también son ninguneados. No obstante, estoy incluido en nueve antologías con los siguientes cuentos: *Los Gamas*, *Misión burocrática*, *Samba*, *macumba y muerte*, *Acero verde*, *La noche de la séptima llama*, *Fantasma de Tlatelolco*, *El clóset*, *Los antiguos mexicanos a través de sus ruinas y sus vestigios*, *Dicen que las gringas son frías* y *Una tarde en "Califa"*. En la Ciencia Ficción mexicana, soy maestro.

Además, la ENP-UNAM me publicó una antología personal titulada *Misión en China* (2006); ¡léala para que se limpie las chinguiñas! (Le entregué un ejemplar).

¡Bah! Antologías menores. Usted nunca ha jugado en ligas mayores, Martré. Usted no es nadie. (Le aventé un pequeño busto de Pazcárraga, pero el hijo de puta lo esquivó).

Sólo soy totalmente Martré. Tres de esas antologías son universitarias; UNAM, Universidad Veracruzana y Universidad Autónoma Chapingo. Otra de CONACULTA y una más transnacional: Lumen. ¿Cómo la ve?

Usted se hace llamar "El último de los Libelungos". Presume de ser un escritor satírico de tiempo completo. Pero yo no veo su sátira por ningún lado. ¡Usted ni siquiera sabe quienes fueron Juvenal y Séneca!

¡Un momento mamarracho miope! (Hice intento de abofetearlo pero me derrumbé, sofocado) Con ambos cabalgo, no importando los siglos. Sépalo, cabroncito, que además de las sátiras mencionadas antes, comencé en forma abierta y directa con el capítulo "Sus Satánicas Majestades" invitan

de mi novela *Los símbolos transparentes*, quinta obra de mi bibliografía; ese capítulo es una paráfrasis del *Satyricon*.

¡Muy original! Plagiando a Petronio.

Nada de plagio. No hice el menor intento de disfrazar la analogía. El diseño puede ser detectado desde la primera página por cualquier lector de cultura mediana. Lo contrario ocurre con el plagio, en donde el plagiario procura ocultar su delito al máximo. Ejemplo, *Aura* del “Dandy Guerrillero” con *Los papeles de Aspern* de H. James.

Entre la sociedad romana corrompida y desenfrenada y la decadente sociedad mexicana del siglo XX no hay diferencia apreciable. Yo tenía que ahondar en las raíces del movimiento del 68, una de ellas era la corrupción generalizada imperante; no olvide que el banquete de Trimalción es tan sólo un capítulo del *Satyricon*, al igual que Sus Satánicas Majestades... lo es de *Los símbolos transparentes*, ambos denuncian con igual fuerza la corrupción rampante de épocas similares a casi 20 siglos de distancia.

Nadie antes ni después ha satirizado a la clase política mexicana como yo en ese capítulo. Desde el Presidente hasta el gendarme de punto, nadie se salva. Por eso, y nada más por eso la aparición de *Los símbolos transparentes* fue obstaculizada sistemáticamente y después criticada con saña por los cagatintas del sistema.

Se me criticó porque yo “daba nombres”, práctica inusual en la literatura mexicanita. ¡Es panfletario!, señalaban coléricos.

El libro sacudió un poco al país, pero no pasó del 5º grado de Mercalli. ¿Por qué?

Porque vivimos en un país de quinta, un libro como ese debió de haber sido una bomba política. Y no pasó de cuete chino. ¿Se puede esperar otra cosa del traspatio bananero como lo es México? El ambiente literario estaba contamina-

do por los intereses políticos, así como ahora lo está por los comerciales.

Publicarla no me fue fácil. Después pasaron más de 20 años para que reapareciera en "Lecturas Mexicanas" de CONACULTA. Las broncas que tuve por esa novela constituyeron otra novela de la novela. Las mismas que ahora tengo para que el Fondo de Cultura Económica me publique mi trilogía picaresca de *El Chanfalla*. No ignoro que la mercachifle de libros que es la directora actual no la publicará. Pero cuando "La cantante de rancheras" se vaya, yo, o mis hijos, volveremos a la carga.

Definitivamente, *Los símbolos...* fue su consagración. Si no me equivoco fue su primer gran éxito. ¡Y el único!

Sí, mi gran éxito satírico, pero no por la sátira, sino por el tema general.

El país no estaba para literaturas satíricas.

Más bien, quien no estaba para ello era (y es) el sistema político mexicano, antes el PRI, ahora el PRIAN. Apenas se inicia la apertura. Pensé que me sería difícil escribir otro texto satírico tan lacerante (para el sistema) como *Sus Satánicas...* pero no, en vez de hacerle al Pitolocowzky y congraciarme con las buenas conciencias literatosas, escribí *El Pornócrata*, una novela satírica sobre el absolutismo presidencial a la mexicana.

¿Lo ve usted? ¡Hasta el nombre revela su pornografía!

La pornografía como secreto de Estado. Procuré ridiculizar al máximo la tradicional solemnidad oficial mexicana, desacralizar las instituciones, vejar el rastrero respeto al "señor presidente" en turno, y regodearme con el servilismo abyecto de diputados y senadores de la mayoría priísta. No se salvan la Iglesia ni el Ejército, tabúes hasta entonces, hace 30 años.

¡Otro vulgar panfleto!

De ser así, la crítica literatosa me hubiese hecho pedazos. Pero guardó silencio.

Un silencio piadoso.

El silencio de la impotencia rabiosa. El freno se tasca en silencio.

Pero no callo. En el 2005 me convertí en virtuoso de la sátira. Junto con mi viejo amigo José Luis Colín lanzamos al ciberespacio “La Avispa Roja”, revista satírica virtual. Diez o doce páginas por correotrónico cargadísimas de vitriólicos comentarios a sucesos y personajes de la “República de las Letrinas”, inédito, inusual y difícilmente repetible. Al cierre de esta autoentrevista, Juvenal y yo (el Anarcólín dejó “La Avispa” por un lamentable accidente que lo sacó de la circulación un trimestre, le cambiamos el nombre a “La Rana Roja”), vamos en la edición quincenal número veintidós. Remitimos a 500 direcciones electrónicas del mundillo artístico.

Usted, Martré, es un escritor raro, absolutamente solo en su lugar y su tiempo y en la historia de nuestra literatura. ¿Está satisfecho con ello?

Le contestaré con un aforismo cuántico: El electrón es el único que está insatisfecho de su posición.

¿Qué cosa es *El síndrome de Huitzilopochtli*?

No es cosa, es otra sátira. Cuando creía haber llegado a la cima satírica, ¡que se me ocurre escribir este libro! Sátira impregnada a fondo de humor negro, muy negro. La deturpación de la cacareada valentía del mexicano. Dígame Trejo, ¿ha leído algo semejante? ¿Ha encontrado algo tan profundamente de humor negro como este libro en nuestra literatura?

Este...este...

¡Hable, miserable! ¡Haga memoria! Revise sus historias de la literatura mexicana, de la latinoamericana, sus antologías, sus diccionarios. ¿Quién en español y en el siglo XX escribió algo de humor negro tan virulento como el mío, en este libro? Gómez de la Serna, Max Aub...

Respetables, pero no tan corrosivos, tan vitriólicos como este humilde escriba otomí. Creo que no me veo mal entre estos dos, ¿eh?

Se podría ver, lo que se llama ver, si alguien lo conociera. ¡Pero usted, Martré, es un perfecto desconocido! El hombre invisible es un dechado de tangibilidad junto a usted.

En efecto, jamás me han otorgado un premio literario, ni por concurso ni por méritos en campaña, nunca he obtenido una beca, tampoco he sido invitado a formar parte de alguna ilustre asociación académica; jamás me han otorgado un reconocimiento nacional ni rendido homenaje público por parte de la Cultura oficial ¡ni de la privada! Únicamente en mi entidad natal, la “Asociación de Escritores Hidalguenses” se acuerda de mí; en el 2005 me hizo un modesto homenaje.

Como dijo Petronio, los satíricos somos así. No se nos ve, no se nos palpa, pero a la postre quedamos como testigos incorruptibles de la época.

Pero en su Trilogía del Chanfalla, encuentro débil esa sátira que usted insiste en ver desbordada a través de su obra.

No es tan obvia, no es tan directa, pero ahí está. Claro que comparada con la de los libros ya citados resulta débil, pero no inexistente. Recuerde, desde el principio, *Tequila y Cervezas*, parte de *Safari...*, luego *Coprofernalia* y *Jet Set*, posteriormente *Los símbolos...*, la mayoría de mis cuentos, el *Síndrome...*, *Apenas seda azul*, hallará usted desde toque

satíricos pigmentados con humor absurdo y humor negro hasta sátira de lo más virulenta y cruel para llegar a un máximo en *El Címbalo de Oro*, la primera novela mexicana del año 2001 y del siglo, novela épica que cierra el ciclo de mi narrativa novelesca satírica. La más extensa de mi bibliografía.

¿Cuánto tiempo le llevó escribir esta novela?

La comencé en el 93. Luego, en el 94 la suspendí porque me dediqué a otros libros y no fue sino hasta 1998 que la continué. Para ese entonces ya tenía una idea clara de lo que quería: una novela en la cual utilizara yo todos los recursos de la sátira, siempre he sido un apasionado de la mecánica cuántica, de modo que urdí meterla. ¿Pero cómo? Doté a mis tres personajes principales, los que llevan el hilo narrativo de la novela, de poderes cuánticos, inventados por mí, naturalmente.

Aquí en su estudio tiene varias fotos de los hermanos Marx. ¿Influyeron sus películas en esta novela?

Sí, y mucho. Soy un apasionado de los Marx desde que los descubrí hace 60 años. Por eso mis personajes —que son indígenas— fundamentales son tres, Kuxub encarna a Groucho, Ximdó a Chico y Bac a Harpo. Mis personajes, como los Marx, se mueven en un entorno compuesto de farsa, absurdo y surrealismo. Son destructores —como ellos—, de la moral oficial, de la religión, de las conveniencias sociales, son irreverentes absolutos y caóticos hasta la locura. Todo lo atacan, pero en su lenguaje no está el humor corrosivo, sino en sus actos. A veces se permiten diálogos irreverentes y sin sentido con gente en apariencia muy respetable pero que en el fondo es miserable.

Se enfrentan a un mundo que los obstaculiza y lo someten con tanta facilidad como Superman acaba con sus más terribles enemigos. Atacan furiosamente a la hipocresía,

pomposidad, pedantería, vanidad y condescendencia ajenas. Son indígenas épicos y cómicos; demolidores e intolerantes, implacables y a veces, crueles.

Y rabelasianos también. ¿O no?

¡Rabelais! Ese es otro de mis gigantes literarios. Rabelais, feroz satírico de su tiempo, urdió un país de gigantes para eludir las embestidas de los aludidos en su obra. Así se libró de la persecución y la cárcel. Yo situó a mis antihéroes en un mundo paralelo donde todo es muy similar al nuestro, nombres, hechos históricos, hechos comunes se parecen mucho pero jamás son idénticos. Rabelais y los Marx fueron mis modelos para crear esta novela épica-indigenista-cuántica-satírica.

Vayamos a sus novelas policíacas. No hallo mucha sátira en ellas.

Porque usted es un analfabeto funcional. La sátira está ahí, para quien sabe leer. No es tan agresiva como las ya citadas, pero ahí está también. Satirizo al narcotráfico, a la iglesia, al ejército y a la policía. Abierta, hilarantemente en *El cadáver errante*; sutilmente, casi subluminal en *Cementerio de trenes*, *Los dineros de Dios*, *La casa de todos* y *Pájaros en el alambre*.

¡Usted no cuenta en la literatura policíaca mexicana! Nunca se le cita. (Pensé que ya estaba suave de aguantarle esas salidas gritonas. Cortar la entrevista. Pero tocó un punto importante).

Porque en México, el dueño del género es Paconaco Ataibo II, un sujeto que me odia gratuitamente. Se ha apoderado también de la llamada "Semana Negra" de Gijón, España, de la cual me excluye sistemáticamente. Tal vez porque la peor novela mía es superior cien veces a la mejor suya. Quizá por eso. Comprensible, ¿no?

Más respeto por el Circo Ataibo, por favor. Volvamos al asunto de su futuro literario. ¿Insiste en que no escribirá otra novela?

Usted no entiende. Insisto en que *El Címbalo de Oro* es mi obra satírica mayor. Un creador sensato debería retirarse una vez dada a conocer su obra mayor. Añadir algo es además de inútil, estúpido; sin embargo, la tentación es irresistible, ya terminé una novela romántica, no de gran aliento como *El Címbalo de Oro*, se titula *El Último Libelungo y la Walkyria*. No escribiré otra porque con ésta cierro mi tarea de novelista. No más novelas, dedicaré mis ocios a la revista satírica virtual "La Rana Roja", medio de divertirme, a costa de algunos prevaricadores e inverecundos de la República de las Letrinas.

¿Pero y el cuento? Usted es cuentista. 65 cuentos responden de ello. ¿Ni un cuento más? También considera haber escrito un cuento-obra maestra?

He publicado varios cuentos que tengo por muy antologables y sin embargo, salvo *Los antiguos mexicanos a través de sus ruinas y sus vestigios*, no figuran en una antología bien apoyada y difundida del cuento. Sin embargo, quizá termine un cuento que tengo escrito desde hace unos veinte años y que de repente descubrí en mi archivo. Me reservo su título y tema. Quizá algún día lo termine y lo publique. Pero tengo cuentos en unas diez antologías menores.

¿Resistirá ese delirio de persecución que lo aqueja? Se me hace que usted no es sino un pobre infeliz a quien nadie pela. (Esta vez me alegré de su ex abrupto, porque tengo las pruebas en la mano. Con mucha calma, lo rebatí):

Ponga atención, investigadorzuelo del reyezuelo. El distribuidor de *Los Endemoniados* sufrió intimidación por parte de unos moralistas de a peso para que retirara el libro de la circulación; padecí el muy real ultraje de ver cancela-

dos dos veces contratos para la edición de *Los símbolos...*, una por parte de la extinta editorial Novaro y otra de Grijalbo; primero Víctor Flores Olea y luego Rafael Tovar y de Teresa impidieron por diez años que esa novela fuese publicada por CONACULTA en "Lecturas Mexicanas"; mi novela *El Pornócrata* fue retirada de la circulación y su saldo en la bodega de Posada hecho trizas; al *Síndrome...* se le recibió con un silencio mortal; Planeta retiró de la circulación la primera reimpresión de mi libro-reportaje *Costureras debajo de los escombros*; así mismo Planeta no quiso publicar cuatro novelas negras que ya me había pagado, hube de esperar a que los respectivos contratos caducaran para liberarlas; también eludió publicar mi crónica satírica de la corrupción institucionalizada mexicana titulada *Sabor a PRI*, esta crónica está vetada en todas las grandes editoriales mexicanas; pero la actualicé y lancé al ciberespacio aprovechando la época de elecciones en el 2006; J. Erasto Cortés, sedicente eximia autoridad máxima del cuento mexicano se niega a leer mis cuentos e incluirlos en las reuniones anuales de Tlaxcala, por su parte Alfredo Pavón eximio ídem promete que hará un ensayo un día de estos; Arturo Salcido de la DGP del IPN postergó cuanto pudo la publicación de un ensayo-catálogo-antología de la Ciencia Ficción mexicana, Lourdes Parga, presidenta de Cultura-Hidalgo canceló la publicación de un libro de cuentos infantiles ya en proyecto y, finalmente, caso del dominio público, el Fondo de Cultura Económica rechaza injustificadamente la publicación de mi trilogía de *El Chanfalla* en su colección "Letras Mexicanas", donde está todo el mundo –menos yo–, pese a que reúne todos los requisitos y condiciones para ello.

Y para terminar brillantemente este ciclo infamante, pedí a Marcial Fernández, director de la Editorial Ficticia que publicara el libro que ustedes están acabando de leer. Me

contestó: "No, porque caería de la gracia de la Cantante de Rancheras". Y eso que Marcial se dice mi cuate; pero por encima de eso, los negocios.

Ya tan sólo me falta inmolarme como bonzo. ¿Quiere usted prender el cerillo?

Con gusto lo haría si con ello le publica la Cantante de Rancheras. Finalmente, Martré. ¿Para quién escribió durante estos 40 años?

Para todos aquellos que detestan y odian a los inverecundos, prevaricadores, farsantes, verracos y degenerados. Especialmente para quienes aborrecen a la clase política mexicana.

(Dicho lo cual, Mario Trejo se marchó por donde vino, desvaneciéndose en el aire como lo que era: un fantasma).

Soy de las pocas personas en el mundo que han visto al fantasma de sí mismo.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Los endemoniados*. Relatos satíricos, edición de autor. México, 1967. 205 p. (agotado).
2. *Safari en la zona rosa*. Novela, Ed. Edamex, México, 1970. 212 p. (Recreación del ambiente gay de la época) 3ª edición en 1973 (agotado)
3. *Jet-set y Coprofernalía*. Dos novelas cortas erótico-humorísticas-satíricas. "Fem" y Edamex, México, 1973. 113 p. 5ª edición en 1981 (agotado). 6ª edición en "La Tinta Indeleble", México, 2001.
4. *La noche de la séptima llama*. Cuentos satíricos o perturbadores, Edamex, México, 1975. 86 p. (agotado).
5. *Los símbolos transparentes*. Novela del 68 mexicano, editorial V Siglos, México, 1978. 435 p., (6 reimpresiones en 1979); 2ª y 3ª Ed. Claves Latinoamericanas, 1993. 4ª Ed. en "Lecturas mexicanas", Conaculta, 2001.
6. *El pornócrata*. Novela satírica sobre el absolutismo presidencial mexicano, Ed. Posada, México, 1978. 333 p. (agotado).
7. *El Chanfalla*. Novela picaresca de los años '30, Ed. V Siglos, México 1978. 279 p. 3ª edición en Gernika en 1993. (1ª parte de la trilogía "Tres décadas en el Centro Histórico de la ciudad de México).
8. *Entre tiras, porros y caifanes*. Novela picaresca de los años '40, Edamex, México, 1983. 360 p. 2ª edición en Gernika en 1993. (2ª parte de la trilogía antes citada).
9. *Dime con quién andas y te diré quién herpes*. Cuentos satíricos, especulativos y perturbadores. Ed. "Claves Latinoamericanas", México, 1985. 190 p. (agotado).

10. *El movimiento popular estudiantil de 1968 en la novela mexicana*. Ensayo-guía. Publicaciones UNAM, México, 1986. 236 p. 2a edición, colección "Diversa" de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, 1998.
11. *El síndrome de Huitzilopochtli. (El perfil del mexicano moderno y su incultura)* Ensayo profusamente salpicado de humor negro. Edamex, Méxic, 1986. 236 p. (agotado).
12. *Apenas seda azul*. Cuentos especulativos, satíricos y perturbadores. Ed. Gernika, México, 1988. 105 p.
13. *Guadalajara mártir*. Libro reportaje ilustrado sobre las explosiones de Guadalajara en 1992. Edamex, México, 1992. 112 p.
14. *¿Tormenta roja sobre México?* Novela política picaresca de los años '50, Gernika. México, 1993. 410 p. (3ª parte de la trilogía chanfalleca)
15. *El cadáver errante*. Narconovela negra del género policiaco-negro-humorística. Ed. Posada. México, 1993. 160 p.
16. *El debate*. Libro-documento del momento político. Ed. Planeta, México, 1994. 296 p.
17. *El gabinete*. Libro-documento del momento político. Planeta, México, 1994. 245 p.) Coautoría con Laura Quintero.
18. *La emoción que paraliza el corazón*. Cuentos especulativos, satíricos y perturbadores. Edamex, México, 1994, 187 páginas.
19. *El desafío*. Libro-documento del momento político. Ed. Planeta, México, 1995. 181 p. (Coautoría con Laura Quintero).

20. *Costureras debajo de los escombros*. Libro-reportaje Ed. Planeta, México, 1995, 153 páginas. (Coautoría con Angélica Marval).
21. *Rumberos de ayer*. Crónica-reportaje (La migración a México de músicos cubanos en las décadas del '30 al '50) Instituto Veracruzano de Cultura, México, 1997. 167 p.
22. *Los dineros de Dios*. Narconovela del género negro policiaco, Cofradía de Lectores "La Tinta Indeleble", México, 2000. 108 p.
23. *Pájaros en el alambre*. Narconovela del género policiaco negro, Cofradía de Lectores "La Tinta Indeleble", México, 2000. 112 p.
24. *La casa de todos*. Narconovela del género policiaco negro, Cofradía de Lectores "La Tinta Indeleble", México, 2000. 112 p.
25. *El címbalo de oro*. Novela épica-satírica, Cofradía de Lectores "La Tinta Indeleble", México, 2001. 504 p.
26. *Cuando la basura nos tape*. Tres cuentos especulativos, satíricos y perturbadores. Cofradía de Lectores "La tinta Indeleble", México, 2001. 112 p.
27. *Cementerio de trenes*. Narconovela del género negro. Ed. Selector, México, 2003. 120 p.
28. *La ciencia ficción en México*. Investigación literaria. Recopilación de historia, ejemplos de cuento de CF y Catálogo general de la CF mexicana. Ed. del Instituto Politécnico Nacional. México, 2004. 150 p.
29. *Misión en China*. Cuentos ya publicados en diversos libros y antologías. Revisados para esta antología personal. ENP-UNAM, México, 2006. 202 p.

Libros de texto para el bachillerato

1. *El balanceo de las reacciones químicas*, libro de texto a nivel bachillerato, Edamex, México, 1983. 75 p. Firma Ing. Quím. Mario Trejo González. Método de la igualdad electrónica proporcional.

2. *La estructura del átomo*, Publicaciones Cultural, México, 1986. 103 p. La estructura del átomo a través del tiempo y sus modelos atómicos. Interpretación del modelo cuántico. Firma Ing. Quím. Mario Trejo González.

3. *Elementos de los enlaces químicos a través de sus teorías*. Publicaciones Cultural, México, 1986, 100 páginas, cada uno. Firma Ing. Quím. Mario Trejo González. Teorías de Lewis, del Enlace de Valencia, del Orbital Molecular y del Enlace Metálico.

4. *Periodicidad de los elementos*, Publicaciones Cultural, México, 1986. 103 p. Una revisión basada en la Tabla Periódica Cuántica. Firma Ing. Quím. Mario Trejo González.

Periodismo

Articulista en el periódico *Excélsior*, página editorial, 1976/1980.

Articulista en el periódico *El Universal*, página editorial, 1980/1994.

Articulista en el periódico *Excélsior*, página editorial, de Oct 2000 a Dic-2001.

Cuentos

Los siguientes volúmenes contienen los cuentos y relatos que a continuación se especifican:

Los endemoniados: Rajojú, ¡Tequila!, Ron Cubilete, Mezcal, ¡Cervezas, ¡Champaña! y Ron añejo.

La noche de la séptima llama. La noche de la séptima llama, ¡Entre perros!, Boinas verdes con aureola, El viernes es día de aborto, Mujer de magia verde, Dicen que las gringas son fias, El "Tlaconete" Pérez, La estatuilla de oro, El hexólogo, Las emperatrices de Puerto Vallarta, Acero verde, Las guerrilleras, Comportamiento colectivo, Samba, macumba y muerte, Repetidos y obsesivos números circulares.

Dime con quien andas y te diré quien herpes. La corona de la ciudad, Llanto de recién nacido, A la Zona no, A la Zona sí, Ahí, empezando la Atzacualco, El oro de los dioses, Cumpleaños de Marilyn, El hombre que fue al cine dos veces, Opus Excelsum, Desvalimiento; Tawa, Jolopo, Billy, Judy; *Efficiun daemones ut quae*, Las gordas de Chicago, El don envidiable, Extracciones sin dolor; El cerdo y el perro, Los tres deseos, Leyenda negra; Granos, El centenario del prócer, Dime con quien andas y te diré quien herpes, Los antiguos mexicanos a través de sus ruinas y sus vestigios.

Apenas seda azul. Apenas seda azul, La señora de la calle Poe, Los tres viajes de Juanito, Una tarde en el "Califa".

La emoción que paraliza el corazón. Emociones fuertes, En Alabama no quieren a los Panchitos, Deseo cumplido, Telépatas, La chiva dentro de la cristalería, ¡Qué verde era mi mota!, Fantasmas de Tlatelolco, ¡Cadacoles!, No tan sólo los nobles tienen sangre azul, Los alienígenas son simpáticos, Cruce de líneas, bifurcación de chingadazos, La Cínología no es una ciencia exacta, La emoción que paraliza el corazón.

Cuando la basura nos tape. Cuando la basura nos tape, Las barrenderas que limpiaron el cielo y Diarrea, mas otros cuentos ya publicados antes.

Misión en china. Cuentos ya publicados pero revisados para esta edición: La emoción que paraliza el corazón, Telépatas, Misión en China (Misión burocrática), El Hexálogo, Diarrea, El don envidiable, Dime con quien andas y te diré quien herpes, Cuando la basura nos tape y La noche de la séptima llama.

OBRAS INÉDITAS

Quedan en el archivero, las siguientes:

1. *Sabor a PRI*, crónica de la cultura de la corrupción en México. De Miguel Alemán a Fox, 4 tomos, 1300 cuartillas.

2. *El día en que México ganó el Mundial*. Novela de Ciencia Ficción. 190 cuartillas.

3. *La literatura satírica de Gonzalo Martré*. Crítica, entrevistas y selección de textos. 900 cuartillas.

4. *Viaje hacia la sentina del subdesarrollo mexicano*. (A través de los artículos satíricos de Gonzalo Martré), publicados durante 20 años de ejercicio del periodismo de opinión. *Excelsior* y *El Universal*. 900 cuartillas.

5. *El abuelo, la cigarra y la hormiga*, 12 cuentos infantiles. 50 páginas.

6. *El último de los Libelungos*. Recopilación de tres libelos, una lotería de sátiras en realidad virtual, un tianguis de dedicatorias, un versario satírico y algunos textos más., 365 páginas.

7. *El último Libelungo y la Walkyria*, novela romántica. 230 páginas.

8. "*La Rana Roja*", revista satírica virtual. Sigue publicándose por el correo electrónico.

(Los libros 6 y 7 ya en negativos, serán publicados inmediatamente después de mi fallecimiento)

ÍNDICE

Rajojú	7
Tequila	37
Ron cubilete	62
Mezcal	87
Cervezas	102
Champaña	144
Ron añejo	154
Autoentrevista	193
Bibliografía	212
Obras inéditas	218

En cierto modo, este libro conmemorativo de los 40 años del oficio de escritor de Martré, es también un homenaje a Rubén Salazar Mañen quien en 1932 fue demandado penalmente por las buenas conciencias, debido a que en su novela *Cariatides* (cuyos dos primeros capítulos publicó Jorge Cuesta en su revista "Examen") se permitió la pequeña libertad de utilizar expresiones del habla popular consideradas en aquel entonces como impropias de un escritor "serio". Por fortuna el juez que conoció el caso no era tan venal como los de ahora y lo absolvió. Treinta y cinco años después, Martré repitió el numerito con *Los endemoniados*, relatos y cuentos cargados de "eso" que tantos problemas ocasionó a su antecesor

Martré aclara que *Los líquidos rubies* era el título original de este cuarentón y que ahora retoma para esta edición conmemorativa. Cambió el título, pero los textos que escandalizaron a los mojigatos de aquella aldea literaria quedaron intactos, los demás tuvieron pequeñas modificaciones de forma, así el libro conserva el espíritu lúdico que lo animó desde un principio.

Ante el avance incontenible de la leperatura, este libro resulta ahora un devocionario para cartujas, pero su valor como pionero es irreversible.



CENTRO
TOLUQUEÑO
DE ESCRITORES



Molino de Letras

Asociación
de Escritores
Hidalguenses A.C.